Venga a nosotros tu reino

Mons. Tihamer Toth

Mons. Tihamér Tóth
Obispo de Veszprém (Hungría)

Venga a nosotros tu reino

Resumen adaptado por
Alberto Zuñiga Croxatto

Este libro está directamente traducido del original húngaro

"JÖJJÖN EL A TE ORSZÁGOD"

por el

Dr. D. Antonio Sancho Nebot, Magistral de Mallorca.

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO

LA IGLESIA ES EL CRISTO QUE VIVE ENTRE NOSOTROS

Carta a los Gálatas 9,1-9

Si preguntásemos a la gente qué entienden por la Iglesia católica recibiríamos, por ventura, respuestas de lo más variado. No son efecto de prejuicios o de mala voluntad. Con frecuencia se contesta a semejante pregunta: la Iglesia católica es la organización más admirable del mundo..., es la realización más asombrosa del principio de autoridad..., es el instrumento con que mejor se propaga el pensamiento cristiano. No hay que atribuir estas respuestas a que se tenga mala intención; son sencillamente superficiales y no se fijan en lo principal.

Porque debe afirmarse en primer lugar que lo esencial de la Iglesia católica no es su organización, ni el principio de autoridad, ni tampoco sus méritos culturales.

La Iglesia católica es, en realidad, —lo sabemos por la fe— *Cristo, que sigue viviendo en medio de nosotros.*

Esto es lo esencial; lo demás son cosas secundarias.

Los creyentes lo entienden así. Ellos bien saben lo que simboliza el altar de la santa misa; lo que significa ir a comulgar, confesarse o asistir a la santa misa. También saben que la Iglesia es Cristo, que sigue viviendo en medio de nosotros. Saben que Cristo y la Iglesia son una misma cosa. ¿Podemos probarlo? Si, podemos.

I
LA IGLESIA ES CRISTO VIVIENTE ENTRE NOSOTROS

Queda fuera de duda por la vida y las enseñanzas del apóstol San Pablo.

Antes de su conversión, Pablo *desolaba la I*glesia (Hechos 8, 3) y *perseguía a la Iglesia de Dios* (I Cor 15,9). Pero en cierta ocasión en que se preparaba una vez más —y ésta iba a ser la última — para desencadenar

la persecución, JESUCRISTO se le apareció en el camino de Damasco, le detuvo y le preguntó: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos 9, 4).

Fíjate bien, lector. Saulo persigue a los *cristianos*, y no obstante, JESUCRISTO le pregunta: ¿por qué me persigues? ¿No queda claro que perseguir a la Iglesia significa perseguir a Cristo? ¿No queda claro que la Iglesia —según las palabras del mismo Redentor—es realmente Cristo, que sigue viviendo místicamente en medio de nosotros?

San Pablo ya no pudo librarse jamás de esta impresión y de la gran lección que recibió. Se dio realmente cuenta de que aquella sociedad visible, estructurada jerárquicamente, llamada "Iglesia", era a la vez un organismo invisible, un organismo que sólo por la fe se puede conocer, un organismo vivo: el cuerpo místico de aquel Cristo que, rodeado de una claridad deslumbrante, le habló a él en el camino de Damasco.



En cuanto San Pablo conoció esta verdad, empezó a predicarla sin descanso. El fue quien escribió a los colosenses: *"Dad gracias a Dios Padre, que nos ha hecho dignos de participar de la muerte y herencia de los santos, iluminándonos con la luz del Evangelio; que nos ha arrebatado del poder de las tinieblas, y trasladado al reino de su Hijo muy amado"* (Col. 1,12-13). Los cristianos, por tanto, pertenecen al reino del Hijo de Dios, al reino de Dios, la Iglesia.

Esta relación entre Cristo y la Iglesia es tan íntima e inquebrantable que SAN PABLO llama a Cristo sencillamente Cabeza del cuerpo; y así como no se concibe el cuerpo sin la cabeza, tampoco se concibe la Iglesia sin Cristo (Col. 1,18). "Abrazados en la verdad, en todo crezcamos en caridad, llegándonos a aquel que es nuestra cabeza, Cristo, por quien todo el cuerpo, trabado y unido por todos los ligamentos y vasos que lo unen y nutren según la medida correspondiente a cada miembro, va obrando el crecimiento propio del cuerpo en la caridad" (Efesios 4,15-16).

SAN PABLO encontró otra imagen aún más tierna y expresiva, para significar esta unidad íntima: Cristo *es el esposo de la Iglesia, a la cual se entregó*. Y la Iglesia, los cristianos, por su parte, deben entregarse a Cristo, haciéndose semejantes a Él. Cristo y la Iglesia forman un solo cuerpo y una sala alma; están unidos como los esposos. “Gran misterio es éste —el matrimonio—, pero yo lo aplico a Cristo y a la Iglesia.” (Efesios 5,32).

Si esto es así, que la Iglesia es verdaderamente el mismo Cristo que vive entre nosotros, de este hecho brotan importantes enseñanzas.

En primer lugar, aunque el día de la Ascensión Cristo se marchó de nuestro lado en forma visible, *no nos* dejó *solos, no dejó de hablarnos, no se apartó totalmente de nosotros.* Dondequiera que actúe su Iglesia, dondequiera que se bautice, se absuelvan pecados, se administre la Santa Eucaristía, se conforte con la Unción a los enfermos, dondequiera que se enseñe y predique... allí obra Cristo; Cristo perdona, Cristo conforta, Cristo bendice, Cristo manda.

Por tanto, quien obra en la Iglesia es el mismo Jesucristo. Hombres son los que actúan en la Iglesia, mas no reciben su poder de los hombres. Pongamos por caso un obispo, o el mismo Papa; son hombres como nosotros, con sus debilidades y pecados, y como nosotros se arrodillan arrepentidos ante el confesor. Son hombres... Pero si los observo más detenidamente, mirados a la luz de la fe, veré en su rostro a Cristo; oiré en su voz a Cristo, percibiré en sus movimientos a Cristo.

El pueblo cristiano lo sabe muy bien. Y porque lo sabe, siente un profundo respeto ante los sacerdotes, y los mira con tal confianza y adhesión filial, que los no creyentes no llegan a explicárselo.

II
ASÍ YA SE COMPRENDE LO QUE ES LA IGLESIA

¿Qué es la Iglesia? Uno de los más grandes doctores que ha tenido la iglesia, SAN AGUSTÍN, contesta de esta manera: “La Iglesia actual, presente entre nosotros, es el reino de Cristo y el reino de los cielos” (*De civitate Dei,* 20, 9,1). La Iglesia —según él— es la verdad y la gracia de Dios con ropaje terreno. El “yo” propiamente dicho de la Iglesia es el mismo Jesucristo.

SAN AGUSTÍN afirma también: “El cuerpo de la cabeza es la Iglesia..., no acá o allá, sino aquí y en toda la redondez de la tierra; no hoy o ayer, sino desde Abel hasta el último de los cristianos; todos los que nace-

rán en este mundo y creerán en Cristo hasta el final de los tiempos. Todo el pueblo es ciudadano santo de la misma comunidad: y esta comunidad es el cuerpo de Cristo, y su cabeza es Cristo" (*Sermo* 156,2)

¿Es posible expresarlo más claro?

Vuelvo a preguntar: ¿Qué es la Iglesia? Es el mismo Jesucristo. Es la mano de Cristo, que bendice, es la lengua de Cristo, que habla; es el pie de Cristo, que siembra la paz; es el corazón de Cristo, que arde en amor. El Padre "ha puesto todas las cosas bajo sus pies y le ha constituido cabeza de toda la Iglesia, la cual es su cuerpo, y en la cual aquel que lo completa todo en todos halla el complemento de todos sus miembros" (Efesios 1, 22-23).

Así se comprende también la doble cara de la Iglesia, la visible y la invisible.

De la misma manera que el alma humana es invisible, pero necesita un cuerpo visible para formar un hombre, así también el alma de la Iglesia es invisible, pero necesita a la vez una forma visible, palpable, para poder manifestar el reino de Dios en la tierra.

El reino de Dios en la tierra es también un fenómeno histórico, un acontecimiento de tiempo y lugar, que comenzó en el momento en que la Virgen Madre tuvo por vez primera a su Hijo Divino en sus brazos. El reino de Dios bajó a nosotros en el silencio de esa noche bendita de Navidad y como una pequeña simiente ha crecido muy lentamente. Sus primeros pasos han sido la elección y la formación de los apóstoles. ¡Cuánto tiempo, cuántas fatigas dedico Cristo a la formación de los Doce! Ante todo tenía que plantar el reino de Dios en sus almas. ¿Dónde estaba en aquel tiempo este reino? Donde estaba Cristo con sus doce Apóstoles y sus discípulos; por donde ellos iban, enseñaban y oraban... allí estaba el reino de Dios.

Por desgracia, ya en esta primera manifestación del reino de Dios hubo cizaña; entre los Doce estaba Judas, y junto a la maldad obstinada y horrenda, del traidor, vemos la cobardía de Pedro y la incredulidad de Tomás.

Después del primer brote empezó la expansión. Llegó Pentecostés con el fuego del Espíritu Santo; a las palabras de Pedro surgen los primeros convertidos, y por qué no decirlo, también pronto aparecen en la vida de los primeros cristianos, junto al amor mutuo que se tienen, discusiones y escisiones.

Va creciendo el reino de Dios. Las provincias romanas se rinden una tras otra a la Cruz de Cristo; pobres y ricos, en secreto y abiertamente, se

alistan entre los seguidores de Jesucristo; en vano decretarán persecuciones sangrientas los césares romanos; la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos.

La antigüedad toca a su término y desaparece el imperio romano. ¿Perece también el reino de Dios? De ninguna manera. Nuevos pueblos doblan su rodilla ante Jesucristo: los godos y longobardos, los francos, anglosajones y germanos entran a formar parte como ciudadanos del reino de Dios; de suerte que podemos, concebir toda la Edad Media como una realización incesante de esta petición del Padrenuestro: "Venga a nosotros tu reino."

Y el reino de Dios siguió creciendo. Suya era entonces casi toda Europa, y empezaba a penetrar en los lejanos continentes. Primero en Asia, después en América, luego en África, de suerte que hoy no queda un país en el mundo sin un altar dedicado a Cristo.

Y una expansión de tal naturaleza necesita de la correspondiente organización. Cuando en la Última Cena Cristo reunió en torno suyo a los doce apóstoles, la sala del cenáculo constituía en ese momento toda la Iglesia. La Iglesia actual es el desarrollo histórico de ese pequeño cenáculo, la cual ha tenido que pasar por múltiples tempestades, ha conocido muchos imperios, pueblos y dinastías ya desaparecidos, mientras ella sigue impertérrita su camino.

Y esto no es más qué el aspecto exterior de la Iglesia. Tiene *otro aspecto interior*, y por cierto, mucho más importante. Por desgracia, sólo unos pocos lo conocen.

Esta afirmación podrá sonar a novedad aun para muchos creyentes; y no obstante, es completamente cierta. En el reino de Dios, que llamamos Iglesia, no es el exterior lo más importante, sino lo interior. El exterior es la parte visible de la Iglesia: sus organismos, organizaciones, prescripciones, pastores, fieles. Y lo íntimo, lo invisible... lo más importante.

Fijémonos en el fluir continuo de la gracia divina, en la actividad vital y silenciosa de sus corrientes en el fondo de las almas, en la unión de la vid con los sarmientos, en la conexión de los miembros con la cabeza. Aquí es donde late el corazón de la Iglesia, aquí es donde se robustece y se renueva el reino de Dios.

Bien es verdad que el reino de Dios ha de ser también visible, ha de notarse por fuera, ha de dictar normas, disponer de una jerarquía visible...; porque trabaja entre hombres limitados y sujetos a cambios culturales; pero

ha de moldear principalmente el alma de estos hombres, y por esto su aspecto invisible, y espiritual es más importante.

Quien examine este aspecto interior, notará con asombro su gran hermosura. Se asombrará del carácter singular que tiene la sabiduría de la Iglesia, del todo diferente a cualquier otra sabiduría humana, porque su sabiduría es *la locura de la cruz* (I Corintios 1,23). Sentirá la fragancia de su santidad, la cual brota de la cruz de Cristo. No podrá menos de advertir el amor ardiente que palpita en ella, porque arde en ella el fuego que Cristo vino a prender en el mundo (Lucas 12, 49). Oirá la voz del buen Pastor que llama a las almas, el cual no ha venido sino para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia (Juan, 10,10*)*. Este es el aspecto interior de la Iglesia.

III
ASÍ SE COMPRENDE EL PROCEDER DE LA IGLESIA

Si es cierto cuanto llevamos expuesto; si es indudable que Cristo y la Iglesia son una misma cosa, se comprende no solamente lo que es la Iglesia, sino también su modo de pensar y de proceder.

Sólo así se comprende la confianza inquebrantable que siempre ha manifestado la Iglesia; *aquella tranquilidad, incomprensible a primera vista, y aquella confianza* de victoria que ha tenido, aun en las horas más sangrientas de su historia.

Como cristianos también nosotros tememos el dolor y los tormentos. Cuando nos amenazan el oprobio y la persecución, la cárcel y las torturas, nos estremecemos, como Jesucristo se estremeció en el Monte de los Olivos y llegó a sudar sangre viendo y presintiendo su sagrada Pasión. Somos hombres, y en los momentos de bonanza juramos con SAN PEDRO: “Aun cuando todos se escandalicen por tu causa, yo jamás me escandalizaré de ti” (Mateo 26,33); y al mismo tiempo, nos da ciertamente escalofríos el pensar que podamos llegar a ser débiles y cobardes cuando se desencadene el huracán...

Todo esto es verdad.

Pero aunque temamos por nosotros mismos, no tememos por la Iglesia. La Iglesia no es sino el mismo JESUCRISTO, que llegó a decir: *Tened confianza, Yo he vencido al mundo* (Juan 16, 33). La Iglesia es JESUCRISTO, el cual afirmó que se le había sido dado *todo el poder en el cielo y en la tierra* (Mateo 28,18). Y prometió a la Iglesia que *las puertas del*

infierno no prevalecerán contra ella (Mateo 16,18), porque Yo *estaré siempre con vosotros hasta la consumación de los siglos* (Mateo 28,20).

Este es el motivo supremo por el cual la Iglesia no pierde nunca su confianza y su paciencia. Si fuera una obra humana, y no el reino de Dios, habría tenido que perderlas ya mil veces, y mil veces habría tenido que renunciar a la difícil tarea de educar el alma humana. ¡Cuántas veces ha visto derribado en una sola noche de revolución lo que había edificado con larga paciencia durante siglos! ¡Cuántas veces un falso lema, un malévolo *slogan*, lanzado al mundo, corrompió poderosamente las costumbres, desbaratando cuanto ella había ennoblecido con arduo trabajo!



¿Cómo se comprende que en tales circunstancias la Iglesia siga cantando el *Aleluya*? Solamente lo puede comprender quien sabe que la Iglesia es el mismo Cristo, viviente entre nosotros; Cristo, que sigue llevando entre los hombres su cruz de Viernes Santo con la seguridad de que llegará otra vez la resurrección pascual.

Sí; sólo así se comprende la confianza inquebrantable de la Iglesia.

Y se comprenden también la misión de sus ministros, los sacerdotes, los cuales deben extender por la tierra el reino de Dios y dar a conocer a Jesucristo a los hombres.

Sólo así se comprende la misión y los deberes de sus ministros. Pero ¿es que el mundo actual necesita todavía de sacerdotes? Parecería que sólo necesita de economistas y agricultores, de banqueros e ingenieros, de profesionales e investigadores, de artistas y médicos... pero ¿de sacerdotes?

Sí, también los necesita.

Porque... ¿es, por ventura, el mundo esto y nada más que esto? Bancos y fábricas, imprentas y hospitales... ¿Es esto el mundo? Podrá llegar un

tiempo, quizá, en que se podrán resolver muchos de los problemas que obstaculizan el desarrollo, en que se puedan curar muchas de enfermedades que hoy nos afligen.
¿Necesitaremos entonces sacerdotes?

¡Sí! Porque los grandes problemas de la vida seguirán siendo los mismos de siempre. ¡Son tantos los ciegos que van a tientas por las calles, sin saber para qué están en la vida!... ¡Son tantos los paralíticos que siguen sentados a la vera del camino, paralizados por su egoísmo!... ¿Y no se van a necesitar sacerdotes?

Sí, se necesitan, porque hay cuestiones y problemas que no se pueden resolver en los laboratorios, ni en las fábricas, ni en los ministerios, ni en las editoriales..., sino únicamente en los templos, donde se derrama la gracia de Dios. ¿Y no se van a necesitar sacerdotes?

Sólo así se comprende también la actividad misional de la Iglesia*;* el afán que la espolea continuamente y la mueve a trabajar.

¿Por qué debe ser misionera la Iglesia?, podría preguntar alguno. ¿Por qué no dejar a cada uno que siga su propia religión? Al fin y al cabo, todos adoramos al mismo Dios. Lo principal —dirán— es que los hombres sean honrados. Apenas importa la religión con que se adora y se honra a Dios si el hombre cumple con sus deberes morales.

¡Cuántas veces se dicen semejantes superficialidades! Pero, realmente, ¿es indiferente seguir ésta o aquella religión?

No. De ninguna manera.

Cristo vino precisamente para darnos a conocer a Dios, para que le podamos tributar un culto verdadero.

De esto se trata precisamente*:* de conocer a Dios. El corazón presiente y la razón humana descubre por sus propios medios que por encima de nosotros hay un poder creador que debemos honrar como corresponde. Pero honrarle como Él quiere ser honrado es algo que el hombre no puede descubrir por sí mismo, si Dios mismo no se lo enseña. Para esto vino Cristo, ésta fue su misión.

Y esta misión de Jesucristo la lleva ahora la Iglesia.

Es conocida la escena en que el Señor encargó a Moisés que representase al pueblo delante de Faraón. Moisés se excusó con miedo diciendo: “Señor, te suplico tengas presente que yo no tengo facilidad de palabra” (Éxodo 4,10). El SEÑOR le animó: “¿Quién hizo la boca del hombre?...

¿No he sido Yo? Anda, pues; que Yo estaré en tu boca, y te indicaré lo que tienes que decir” (Éxodo 4, 11-12).

“Te enseñaré lo que tienes que decir”, tal es la misión, y la fuerza también, de la Santa Iglesia.

La religión que se fabrica el hombre es un fenómeno subjetivo. En cambio, la religión que enseña Dios es una verdad absoluta... Es la religión verdadera, la “religión” en el sentido pleno de la palabra.

No hay más que una religión en la que está la plenitud de la verdad: la que enseñó Jesucristo. Por esto la Iglesia de Jesucristo siente este deber que no la deja descansar; extender el reino de Jesucristo por todo el mundo. Por esto siente que, si no quiere mostrarse indigna de la misión que le encargó el mismo Dios, ha de procurar ganar para el Cristianismo a todos los que aún no han entrado en su seno, y así promover también de esta manera el cumplimiento de la oración dominical: “Venga a nosotros tu reino...”

* * *

¿Sabes, lector amigo, en qué momento sobre todo me di cuenta, por una gracia especial de Dios, de que soy ciudadano de su reino en la tierra, de este reino suyo, que se llama Iglesia católica? Cuando una vez entré en la Basílica de San Pedro.

¡Impresión inolvidable! Se llega a la plaza de San Pedro; se pasa cerca del surtidor; se pasa por delante del obelisco milenario, se sube por la escalera... ¡se entra en la basílica!

Aquí palpita el corazón del Cristianismo. Turistas y peregrinos entran y salen incesantemente y no se dan cuenta de esto. No me impresiona el arte admirable que muestran las columnas y las paredes. Tan sólo siento una cola cosa: me cautiva la vida que palpita aquí: la vida de la Iglesia, que trasciende la Historia y el tiempo. Cristo sigue viviendo en su Iglesia.

Me detengo ante la tumba de San Pedro, el sepulcro de aquel hombre como nosotros, pero que fue el primer apóstol de Cristo, el primer jefe de la primitiva Iglesia, que hoy cuenta con millones de fieles, entre los cuales figuro también yo, por la gracia de Dios.

Y mientras me paro silencioso ante la tumba del Pescador de Galilea, rezo como nunca fervientemente por toda la Iglesia, por la extensión del reino de Dios.

En torno mío hay turistas que escuchan con atención las observaciones del *guía* y que no se imaginan que la historia de la Iglesia y la historia universal se asientan sobre aquella roca, el apóstol Pedro, de la cual dijo JESUCRISTO que las puertas del infierno no prevalecerían contra ella.

Veo claramente que la Iglesia es Cristo viviente entre nosotros, y sigo de rodillas rezando: Haz, Señor, que sea digno ciudadano de tu reino e hijo fiel de tu Iglesia.

CAPÍTULO II

EL REINO DE DIOS, PERSEGUIDO

San Juan 16,1-4

El Padre celestial, con bondad infinita, nos invita a todos a su reino eterno. Invita, mas no obliga. Nos ha creado corno seres libres, y hemos de acudir a El libre, amorosa y voluntariamente. Si con desamor, frialdad y terca rebeldía le volvemos la espalda —en esto consiste el pecado—, entonces nos alejamos de Él y de su reino.

El mismo Hijo de Dios bajó a la tierra para salvarnos de la servidumbre espantosa del pecado, mas él tampoco quiso imponernos a la fuerza su redención, sino que quiso y quiere que le sigamos libremente, que abiertamente tomemos postura a favor o en contra del reino de Dios.

Si meditamos los planes de Dios, veremos que la historia universal desde Jesucristo no es otra cosa que una gigantesca lucha en favor o en contra del reino de Dios... De un lado están los que luchan a favor de él; del otro los que luchan en su contra.

A lo largo de la Historia, tanto en tiempos de paz como de guerra, millones de cristianos han dado testimonio de Dios venciendo su egoísmo y siendo fieles a Dios con una vida coherente y de amor al prójimo, aun en medio de dificultades y persecuciones.

La tempestad que sacude al árbol de la Iglesia continúa; la lucha no cesa ni terminará hasta el juicio final. Desde que existe la Iglesia siempre ha tenido que luchar; precisamente es ésta una de las pruebas de haber sido instituida por Dios, ya que Jesucristo lo predijo.

Pero en medio de todas las luchas, y a pesar de todos los ataques, la Iglesia se sostendrá hasta la consumación de los tiempos, y ésta es la causa de nuestro optimismo.

I
LA IGLESIA DE CRISTO LUCHA

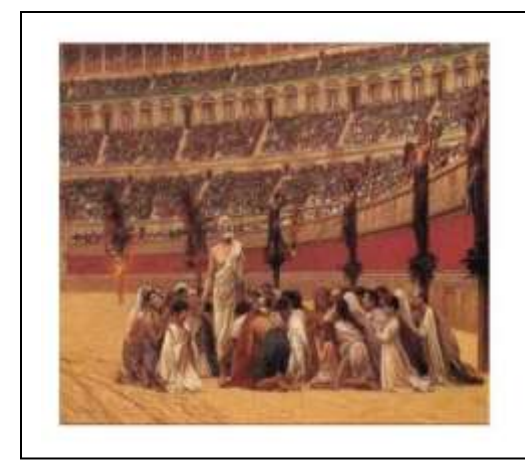
JESUCRISTO manifestó sin rodeos que su Iglesia tendría que luchar continuamente. Lo dijo abiertamente: *Vendrán tiempos en los cuales quien*

os mate pensará que da culto a Dios, y esto lo harán porque no han conocido ni al Padre ni a mí (Juan 16,2).

De hecho, la Iglesia ha tenido que soportar siempre la violencia de sus enemigos, y ha tenido que luchar también contra la crítica incomprensiva de sus propios fieles.

No es el discípulo más que su maestro, ni el siervo más que su amo (Mateo 10,24).

Lo anunció el mismo Fundador de la Iglesia. Por tanto, no nos debe sorprender que se la persiga, que toda su historia no sea otra cosa que la continuación del Vía Crucis de Jesucristo. Apenas había ascendido a los cielos el Señor, apenas brotaba la primera sementera de la Iglesia, cuando la hoz ensangrentada de las primeras persecuciones cortaba en ella numerosas gavillas. Como afirmaba un escritor cristiano ya en el siglo II: "Si el Tíber o el Nilo se sale de madre, si hay sequía o terremoto, hambre o peste, se oye enseguida el clamor de la consigna: ¡Arrojad los cristianos a los leones!" (TERTULIANO.)



Toda la historia de la Iglesia no es otra cosa que la continuación del Vía Crucis de Jesucristo

Dios no realiza ni permite nada sin una finalidad. Si consiente que huracanes y tempestades se desencadenen contra el Cuerpo místico de su Hijo muy amado, es decir, contra la Iglesia, sus motivos tendrá. ¿Qué es lo que pretende Dios al permitir que sufra su Iglesia?

Uno de sus propósitos es demostrar de modo patente el origen divino de la misma.

Si el mundo os aborrece —dijo JESUCRISTO—, sabed que antes que a vosotros me aborreció a Mí. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; pero como no sois del mundo..., por esto el mundo os odia (Juan 15,18-19).

Si la Iglesia mirase impasible los desvíos morales de los hombres; si no levantase su voz para defender los derechos de Dios y de los oprimidos; si no gritase a los frívolos: “Non licet” (no te es lícito), nadie la atacaría.

Quien ama la oscuridad odia la luz. El amigo del mundo ha de ser por fuerza enemigo de Dios. Siempre será cierto el aserto de SAN PALO: “Todos los que quieran vivir virtuosamente, según JESUCRISTO, tendrán que padecer persecución” (II Timoteo 3,12).

Al enviar el SEÑOR a sus apóstoles por el mundo a predicar el Evangelio, les dijo: Yo os envío como ovejas en medio de lobos (Mateo 10,16). No hemos de maravillarnos si los lobos siempre están prestos a devorar a las ovejas.

¡Cuánto fue atacado y perseguido Jesucristo! Y eso que no había en El ni sombra de maldad. Por esto no nos tiene que sorprender si también se cumple en su Iglesia lo que predijo: “En verdad; en verdad os digo que no es el siervo más que su amo, ni tampoco el enviado mayor que Aquel que le envió” (Mateo 13,16).

En la Iglesia vive Jesucristo; mas no solamente Jesucristo resucitado y triunfante, también Jesucristo paciente, que lleva su cruz, que prosigue su dura labor redentora y, cargado con su cruz, va pisando con los pies ensangrentados el camino de la historia universal.

La Iglesia verdadera de Cristo no puede ser sino la que lleva en sí las llagas y la corona de espinas, como ya lo pregonó explícitamente SAN PABLO: Llevamos siempre en nuestro cuerpo, por todas partes, la mortificación de Jesús, a fin de que la vida de Jesús se manifieste también en nuestro cuerpo mortal (II Corintios 4, 10).

Pero la persecución puede tener también otra finalidad: enseñarnos lo que significa ser cristiano; ser cristiano no es dejarse llevar de la inercia, ni vivir tranquilamente sin preocuparse de los demás, ni holgazanear, ni es vivir un ensueño color de rosa, ni vivir de ilusiones, sino una vida que implica lucha y autovencimiento constantes.

El organismo vivo estará sano mientras pueda luchar contra los enemigos que traten de derribar su salud. Una falta de lucha es signo de un aflojamiento de las defensas y fuerzas en el orden natural. Lo mismo sucede en el terreno religioso: la falta de lucha lentamente conduce al alma hacia la enfermedad moral.

No nos extrañemos por tanto de que el Cristianismo sea lucha, guerra. El que quiera venir en pos de Mí, que se niegue a sí mismo, que cargue

con su cruz y me siga (Mateo 16, 24). No he venido a traer la paz, sino la guerra (Mateo 10,34). El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y los que se la hacen son los que lo arrebatan (Mateo 11,12). Soporta el trabajo y la fatiga como buen soldado de Jesucristo (II Timoteo 2,3).

SAN PABLO señala todavía otra finalidad de las persecuciones: "Es forzoso que haya disensiones entre vosotros, para que se ponga de manifiesto quienes son los de virtud probada (I Corintios 11,19). Es normal que haya disensiones, pues es connatural a la naturaleza humana y a las continuas artimañas que induce el diablo, enemigo nato del reino de Dios. Y en esta tempestad purificadora se prueban los buenos, los fieles, los de corazón puro, los constantes.

Después de esto se comprende ya la afirmación, a primera vista atrevida, de SAN AGUSTÍN. Refiriéndose a las persecuciones escribió: "Aprovechemos estos beneficios de la Providencia divina" (De vera religione, Cáp. VIII).

¿Cómo? ¿Los males, los escándalos, las persecuciones, son "beneficios de la Providencia"? Sí; pueden serlo, si la tempestad de la persecución barre la paja y despierta de su sueño a los que dormían apaciblemente.

Cuando se desata sobre la Iglesia la tempestad de la persecución, se suscitan en ella fuerzas misteriosas, cuya existencia ni siquiera sospechábamos en los días de una paz negligente. ¡Qué fe, qué confesión heroica, qué amor brotan de las almas en semejantes trances! ¡Cómo nos alegramos cuando, en día oscuro y bochornoso, aparece de repente el rayo de sol que rasga los negros nubarrones! Así hemos de alegrarnos también por las virtudes que brillan en las persecuciones. Los Santos Padres de mayor talla, los santos más heroicos son precisamente hijos de esas épocas en que la Iglesia luchó y sufrió persecución.

Por consiguiente, el hecho de que la Iglesia tenga que luchar continuamente contra la violencia de sus enemigos exteriores, lejos de ser una prueba en contra de su origen divino, es su argumento más elocuente.

Por desgracia, también la Iglesia tiene que luchar contra las críticas e incomprensiones de personas creyentes. Son los que viven y piensan de esta manera: "Yo soy creyente pero no necesito de la Iglesia. Me basta con vivir mi propia religiosidad." Es como si alguien dijese: "Yo soy matemático, pero me contento con el 'dos y dos son cuatro', y no necesito más."

¡Cuidado!, si dices que eres creyente, más que no necesitas de la Iglesia; si piensas que tratas directamente con Dios y que no necesitas de me-

diadores... ¿Es que no recuerdas lo que dijo el SEÑOR de quien no escuche a la Iglesia? “Tenlo por gentil y publicano” (Mateo 18,17). ¿No significan estas palabras de Jesucristo que la Iglesia es el magisterio vivo, al cual confió Él la interpretación auténtica de su doctrina?

Los que tratan de buscar a Dios por sus propios medios, sin la ayuda de la fe católica, pueden correr la suerte de aquel europeo que viajó al lejano Oriente.

Había perdido la fe de su juventud, y se vio envuelto por la noche oscura de la incredulidad, con todas sus angustias y tormentas. Viajaba de una parte a otra; buscaba por doquier la solución... Pero en vano. Un día llegó a la lejana India, y allí oyó hablar de un sabio sacerdote hindú, que, según se decía, podía dar solución a todos los problemas.

—Te suplico me indiques un camino para salir de mis terribles dudas —le dijo el hombre.

Y el viejo hindú le contestó:

—Sí vives estas siete cosas en tu alma, serás feliz. Escucha, pues, cuáles son estas siete cosas: Sé sabio e inteligente. Orienta tus pensamientos hacia las cosas más sublimes, sin olvidarte de las menudencias de la vida diaria. Sé prudente en el consejo y firme en el querer. Medita antes de obrar, pero una vez decidido obra sin titubeos. Procura reunir un gran caudal de ciencia; pero no te enorgullezcas de tu saber. Cuanto más llegues a conocer las cosas, tanto más te apoderarás de ellas: procura entonces que tu corazón permanezca sencillo y piadoso, no olvidándote de la pequeñez humana. Finalmente, la mayor de las siete cosas —y en esto el viejo se puso de pie, y volviendo su mirada hacia el cielo continuó—: llénate de respeto para con el Eterno, para con Dios; este respeto corona y santifica las seis anteriores cosas; la Divinidad las concede todas, la sabiduría, la inteligencia, el consejo, la fortaleza, la ciencia, la piedad y aun el mismo temor de Dios, al que quiere honrarle de veras.

Nuestro viajero meditó lo que acababa de oír, se acarició la frente, y como si le quitasen una venda de los ojos, dijo:

—Sabiduría..., inteligencia..., consejo..., fortaleza..., ciencia..., piedad..., temor de Dios... ¡Qué cosa más rara! Todo esto está en el Catecismo que aprendí de niño en la escuela.

—Entonces tu Catecismo es un gran libro —dijo el hindú—; no me explico para qué necesitas de mí.

Realmente es cierto. Muchos hombres andan a tientas por la vida buscando la felicidad, cuando la pueden encontrar en la fuente de las aguas vivas, en la Iglesia de Jesucristo.

II
LA IGLESIA DE CRISTO CONFÍA

Pero la lucha que mantiene la Iglesia de Cristo no es una lucha fría y áspera, sino una lucha confiada, llena de un optimismo inquebrantable.

¿Acaso no se da cuenta de los peligros? Sí, ciertamente. Pero a pesar de ello no se desespera. Siente en torno de sí, y sobre sí, la mano poderosa de Dios.

De esta forma el primer Papa, SAN PEDRO, alentaba a los cristianos: *Humillaos, pues, bajo la mano poderosa de Dios, descargando en su amoroso seno todas vuestras preocupaciones, pues Él tiene cuidado de vosotros* (I Pedro 5,6-7*).*

¡La mano poderosa de Dios! Basta que esta mano se mueva un poco para que se apacigüe el huracán más desatado, para que muerdan el polvo los enemigos más encarnizados.

¿Que se persigue al reino de Cristo y a sus fieles?... No importa. No tememos, no titubeamos. Oímos resonar en nuestros oídos las palabras alentadoras de JESUCRISTO: *No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, y esto conseguido, ya no pueden hacer más* (Lucas 12,4). *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de las cielos. Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda* (Mateo 5,10-12).

Toda la historia de nuestra Santa Madre la Iglesia alimenta en nosotros este optimismo. Su pasado de dos mil años es una serie ininterrumpida de magníficos triunfos y derrotas dolorosas, de alegría y de dolor, de rayos de sol brillante y de tempestades, de magnífico desarrollo y de épocas dificultosas, de horas de Tabor y horas de Calvario.

Toda la historia de la Iglesia nos pone a la vista un hecho peculiar: *la enorme diferencia que hay entre los cálculos humanos y los planes divinos*. Hasta se podría llegar a descubrir una especie de lógica, según el cual, lo que nosotros tenemos por grande, importante y decisivo, a los ojos de Dios ni siquiera cuenta. Con razón SAN JUAN CRISÓSTOMO decía de la Iglesia:

“Nada hay comparable a la Iglesia. No me hables de fortalezas ni de armas. Las fortalezas se carcomen con el tiempo; pero el tiempo no puede envejecer a la Iglesia Los muros de estos bastiones son atacados por el bárbaro; pero contra la Iglesia nada puede el mismo Satanás. Muchos fueron los que la atacaron. Todos perecieron. Y la Iglesia se levantó hasta el cielo. Ésta es su grandeza.



“Vence cuando se la ponen grilletes; brilla cuando se la humilla; recibe muchas heridas, pero no sucumbe; su nave se ve zarandeada por las olas, pero nunca naufraga; la sacuden muchas tempestades, más no se hunde; lucha y combate sin conocer la derrota. ¿Por qué permite Dios esta lucha? Para que sea más gloriosa su victoria.

“Nada hay más fuerte que la Iglesia. Tu esperanza, tu salvación, tu refugio, es la Iglesia. Es más alta que el cielo y más ancha que la tierra. No envejece, siempre es joven. Por esto la Escritura la llama monte, para que conozcamos lo fuerte que es; la llama virgen, porque es intacta; la llama reina, porque su brillo y adorno están por encima de este mundo; la llama hija, por su cercanía de Dios, y la llama madre, porque cuenta los hijos por millones.”

¿De dónde saca la Iglesia esta confianza inquebrantable, este optimismo? ¿Por qué no se desespera cuando en la expansión del reino de Dios tropieza a cada paso con obstáculos sobrehumanos?

Porque todas estas cosas se las anunció su divino Fundador, y la preparó para cuando ocurriesen.

Era un propietario que plantó una viña, la rodeó de una cerca, cavó en ella un lagar y edificó una torre; la arrendó a unos labradores y se ausentó. Cuando llegó el tiempo de la cosecha, envió sus siervos a los labra-

dores para recibir sus frutos. Pero los labradores agarraron a los siervos, y a uno le golpearon, a otro le mataron, a otro le apedrearon. De nuevo envió otros siervos en mayor número que los primeros; pero los trataron de la misma manera. Finalmente les envió a su hijo, diciendo: "A mi hijo le respetarán." Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron entre sí: "Este es el heredero. Vamos, matémosle y quedémonos con su herencia." Y agarrándole, le echaron fuera de la viña y le mataron. (Mateo 21,33-39). Con esta parábola quiso el Señor significar la suerte que hubieron de correr los profetas anteriores a su venida, y también su propia suerte.

Y en otra ocasión dijo claramente que tampoco será mejor la suerte de los que le sigan. Cuando más hermosa crece la sementera viene el enemigo y, en secreto, siembra cizaña (Mateo 13, 25). Vienen los falsos redentores (Mateo 24,5). Sus fieles han de luchar no solamente contra falsas doctrinas, sino que padecerán muchas “tribulaciones” (Juan 16,33). Y también “persecuciones” (Mateo 5,10). Pero serán en vano todas las rebeldías satánicas.

El reino de Dios, como arbusto que nace de semilla diminuta, crecerá y alcanzará tales proporciones, que en su ramaje encontrarán refugio las aves del cielo (Mateo 4,31), y “*las puertas del infierno, no prevalecerán”* contra la Iglesia (Mateo 16,18).

Y, sin embargo, hubo épocas tan terribles y dolorosas en la historia de la Iglesia, en que los hombres de poca fe ya empezarán a dudar de las promesas de Cristo. Hubo épocas en que parecía que la Iglesia iba a perecer irremediablemente.

Pero al decaimiento doloroso siguió siempre un nuevo florecer y rejuvenecimiento. Tal como la naturaleza parece aletargarse en el invierno, y sin embargo germina esplendorosa en primavera, así ocurre siempre con la Iglesia; todas las épocas de estancamiento y de lucha anuncian una nueva primavera de vida cristiana.

Por esto no nos conmovemos ni titubearnos en medio del sufrimiento.

La Iglesia es el reino de Dios, perseguido constantemente. Lo fue en el pasado; lo será también en el porvenir. Pero en medio de todas las tribulaciones nos sirven de gran consuelo las palabras de SAN PEDRO: *Queridos, cuando Dios os prueba con el fuego de las tribulaciones, no os extrañéis, antes bien, alegraos de ser partícipes de la pasión de Jesucristo, para que cuando se descubra su gloria os gocéis también con El llenos de júbilo. Dichosos vosotros, si sois injuriados por el nombre de Cristo, pues*

el Espíritu de gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros (I Pedro, 4,12-14).

Por tanto, en vez de quebrantarse nuestra fe ante la persecución, hemos de sentir lo que sintieron los apóstoles al ser azotados por mandato del Supremo Consejo de los judíos: *Entonces, se retiraron de la presencia del Sanedrín gozosos por haber sido considerados dignos de sufrir aquel ultraje por el Nombre de Jesús* (Hechos 5,41).

Todas las veces que vemos u oímos que aquí o allí se enciende el fuego del odio contra la Iglesia, recordemos para consuelo nuestro la afirmación siempre vigente de SAN AGUSTÍN:

"Así camina la Iglesia peregrinando hasta el final del mundo; entre la persecuciones del mundo y los consuelos de Dios. La espina del temor, los tormentos agudos, las pesadas cargas y las peligrosas tentaciones le sirven para educarse y purificarse en este mundo.

"Nadie puede borrar del cielo el plan de Dios; nadie puede borrar de la tierra la Iglesia de Dios. Dios le prometió toda la redondez del orbe, y ella ha llenado toda la tierra. Buenos y malos viven en su seno; en la tierra sólo pierde a los que son malos; al cielo envía solamente a los buenos" (Civ. Dei, 16,2).

"Amemos a nuestro Señor, a nuestro Dios, y amemos, a la Iglesia; a Dios nuestro Padre, a la Iglesia nuestra Madre. A Dios como Señor, a la Iglesia como a su sierva. Porque somos nosotros los "hijos de su esclava" (Cfr. Salmo CXI, 16) (*Sermo*, 177,2,32,13).

Haga Dios que en bonanza y en tempestad, en la paz y en la persecución, seamos también hijos fieles y agradecidos de su esclava, de esta sierva del Señor, de nuestra Madre la Santa Iglesia.

CAPÍTULO III

DEBILIDADES HUMANAS EN EL REINO DE DIOS (I)

San Mateo 13, 24-30

El reino de Dios en la tierra, por cuyo advenimiento rezamos en el Padrenuestro, es la Iglesia católica; lo hemos comprobado en los capítulos anteriores. Aún más, hemos visto como las luchas y persecuciones continuas que sufre la Iglesia ya fueron predichas por nuestro Señor Jesucristo, y que sus verdaderos fieles estarán expuestos a los constantes ataques del mundo.

Entendemos que si a Cristo le han perseguido, que también se persiga a su Iglesia. Pero nos cuesta mucho más aceptar que si la Iglesia católica es realmente el reino de Dios en la tierra, que haya en ella debilidades y defectos; que tanto entre los fieles como entre los sacerdotes puedan darse, y se den, casos de mezquindad humana, de tropiezos, y aun de graves abusos y pecados. Porque asumimos más bien que todos los ciudadanos del reino de Dios, y principalmente sus ministros, han de ser hombres puros e íntegros, que han de vivir santamente.

Por desgracia, no acontece siempre así. En el edificio de dos mil años del reino de Dios hay resquebrajaduras. Los enemigos del reino de Dios se ufanan de divulgar todos los tropiezos, escándalos y pecados que en su larga historia ha habido realmente en la Iglesia y los que calumniosamente le han sido imputados. Mencionan estos casos con complacencia y nos los echan en cara: ¿Y es éste el reino de Dios que vosotros estáis difundiendo propagando?

Y frente a semejantes ataques se turban, titubean y parecen enmudecer algunos católicos. Se parecen a aquellos hijos que se desconciertan cuando alguna persona desalmada cuenta maldades y escándalos de sus padres. Ellos se contentan con no creerles una sola palabra, y con acallar a estos charlatanes... Pero así no resuelven estas cuestiones.

¿Es posible que pueda ser la Iglesia el reino de Dios en la tierra cuando son ciertos los defectos y tropiezos humanos que se le imputan a lo largo de su historia? Enfrentémonos abiertamente a todas las acusaciones.

Veamos cuál es la causa de estas faltas y pecados en la Iglesia, y busquemos el fin por el cual Dios permite que los haya.

I
LA IGLESIA EN MANOS DE LOS HOMBRES

Como punto de partida no olvidemos una verdad fundamental: El *Señor confió su Evangelio a los hombres, débiles y frágiles.*

El Hijo de Dios no confió a los ángeles la continuación de su labor, sino a los hombres. Es señal de la gran confianza y amor que nos tiene, pero es también una tremenda prueba. Es una alta distinción el que nosotros, hombres con limitaciones y debilidades, podamos ayudarnos mutuamente, siendo provechosos los unos a los otros en orden a nuestra salvación.

Pero es también una prueba tremenda, porque donde haya hombres que actúen, allí aparecerán sus limitaciones humanas, sus mezquindades y defectos, sus imperfecciones y pecados. Porque no basta con conocer el bien para ponerlo en práctica.

Cierta persona se propuso apartar del alcoholismo a un obrero alcohólico, y con gran convicción le explicaba cuánto daña la bebida. Mas el obrero le contestó:

—Pues fíjese usted; en nuestro pueblo el médico también bebe, y, nadie mejor que él puede saber cuánto daño hace la bebida a la salud.

¡Claro que puede saberlo! ¡Si el conocimiento del bien bastase para abrazarlo!... Pero no basta. No basta, porque el Creador hizo al hombre libre, y en el momento de concederle este don maravilloso, se puso a sí mismo un límite: no tocar jamás su libre voluntad, ni siquiera en el caso de que el hombre lo aproveche para pecar y rebelarse contra su Hacedor.

También en la Iglesia hay fieles y pastores que pueden usar su voluntad para el bien o para el mal. Y así como en la Naturaleza vemos junto a la luz la sombra, en los miembros y pastores de la Iglesia también pueden aparecer juntos los buenos y los malos.

Ciertamente que las imperfecciones y defectos son consustanciales al elemento humano de la Iglesia, y todo esto ya lo sabía de antemano y lo tuvo en cuenta nuestro Señor Jesucristo.

Nunca dijo que en su Iglesia todos serían santos. Lo que sí enseñó explícitamente es que la Iglesia se habría de parecer al campo, en que junto

al trigo crece también la cizaña; y también a la red repleta de peces, donde se recogen juntos los buenos y los malos.



También advirtió a los apóstoles que no buscasen los primeros puestos, con lo cual estaba indicando de antemano que entre ellos y entre sus sucesores habría rivalidades, pretensiones, afán de poder.

¿Qué buscaba el Señor con todas estas advertencias? Quitar la falsa ilusión a sus discípulos de que en esta vida esperasen una Iglesia libre de debilidades humanas.

De aquí puede conjeturarse de dónde proceden las malas yerbas que se dan en el jardín de la Iglesia; por qué motivo muchos católicos apenas se distinguen en su forma de vida de los no cristianos. ¿Cómo se explica esto?

Quien conozca la parábola de la cizaña, sabrá que el defecto no está en el grano —éste es de óptima calidad—, sino en la actividad destructora del enemigo. Desde que pecaron nuestros primeros padres las consecuencias del pecado original se manifiestan dondequiera que el hombre pone su mano. ¡Aun entre los cristianos!

Llamamos a la Iglesia "santa Madre Iglesia". Queremos decir que en sí misma la Iglesia es santa. Y no obstante, esta misma Iglesia santa hubo de condenar muchas veces en el decurso de la Historia conceptos exagerados, como los que pregonaban que solamente los "perfectos", los "puros", pueden pertenecer a la Iglesia. Al condenar estas ideas, la Iglesia nos recordaba lo que nos enseñó Jesucristo: que en el campo de la Iglesia pueden crecer mezclados el trigo y la cizaña, que en las redes de la Iglesia hay pe-

ces buenos y malos y que siempre será así hasta el día del juicio, en que se ha de separar definitivamente el trigo de la cizaña.

Mientras tanto, la Iglesia ha de seguir siendo la gran casa de la misericordia divina, cuyas puertas están abiertas de par en par también para los "indignos" y los "imperfectos"; porque también éstos pueden convertirse y hacerse dignos y perfectos, aunque sea en el momento mismo de la muerte.

Por consiguiente, la Iglesia es santa, como es santo su Fundador, el Hijo de Dios. Santa, porque quiere conducir a sus fieles hacia un noble objetivo: su santificación. Santa, porque santos son los medios que emplea para tal fin: los Sacramentos. Pero esto no significa que sea santa en el sentido de que todos sus miembros hayan alcanzado la perfección.

Tanto en los fieles como en los ministros podemos encontrar y encontramos defectos, debilidades, tropiezos y pecados. Nos duele, desde luego; quisiéramos que no fuese así; mas no podemos, porque son hombres como nosotros.

Y no olvidemos la ley inexorable del cansancio, a la cual está sujeta también la Iglesia, como todo organismo vivo. El hombre trabaja durante horas; termina por cansarse y necesita del sueño reparador. Y al despertar parece que está como renovado y reemprende con nuevas fuerzas su trabajo. La historia de la Iglesia acusa también estas épocas de cansancio, pero pasado un tiempo la vemos de nuevo rejuvenecida. Estos casos tristes, estas épocas de cansancio demuestran que no llegan a afectar a su esencia, porque siempre es capaz de renovarse.

"Es forzoso que haya escándalos" (Mateo 18,7), nos dice JESUCRISTO. La Iglesia no está inmune a ellos.

¡Cuánto nos duele oír hablar de esos escándalos! ¡Cómo se sonroja nuestra buena Madre la Iglesia al tener que escuchar las caídas dolorosas de sus hijos y aun de sus ministros! Pero al hacerlo no se quebranta ni pierde su confianza, sino que postrándose de rodillas dirige a Dios las palabras del SALMISTA: "En ti confiamos, Señor, no permitas jamás que seamos confundidos".

II

EL ELEMENTO DIVINO Y EL HUMANO EN LA IGLESIA

Cristo nuestro Señor confió su divino Evangelio a los hombres y construyó su Iglesia con estos dos elementos: el divino y el humano. Aun-

que estos dos elementos constitutivos puedan ser separados en teoría, en realidad se entrelazan y aparecen juntos a los ojos de los hombres.

¿Qué hay de divino en la Iglesia? Todo lo que se remonta a Jesucristo: su doctrina, el culto, los sacramentos, su organización jerárquica... Todo ello es santo y hermoso, y el hombre no puede corromperlo ni destruirlo.



El beso de Judas

"Es forzoso que haya escándalos" (Mateo 18,7)
La Iglesia no está inmune a ellos

Es cierto que el pensamiento divino ha de traducirse en hombres que están influenciados por la cultura del momento; debido a esto se adapta a las manifestaciones exteriores de cada cultura, que cambian según las épocas y el lugar; pero solamente se adapta en lo exterior. Su esencia permanece la misma; es inmutable. Es el elemento divino de la Iglesia.

La Iglesia tiene también su elemento humano. Nuestro Señor Jesucristo escogió de entre los varones de Galilea a un grupo reducido; un grupo que llevaba en sí las cualidades buenas y malas de su raza. No de otra forma obra desde entonces el Señor; de todos los pueblos escoge para sacerdotes a un grupo de hombres que tienen las virtudes y los defectos propios de su raza, de su época, de su familia.

La Iglesia se desvela para mejorar la formación de los candidatos al sacerdocio, y por ello los seminarios vienen a ser "la niña de sus ojos", por la solicitud y el cuidado que les dedica. Pero no nos sorprendamos de que a pesar de todo, que no logre muchas veces su propósito y que sigan habiendo defectos, faltas y caídas entre los sacerdotes.

Incluso en tiempos de Jesucristo los hubo. De entre millones de hombres, Cristo escogió doce para que fuesen sus apóstoles, y de los doce uno le traicionó; y otro, precisamente el que iba a recibir la máxima autoridad en la Iglesia—, en los momentos difíciles y decisivos, huyó cobardemente y le negó.

¡Con qué facilidad nos escandalizamos de Pedro porque renegó del Señor! Mas Cristo no le despreció por su cobardía, ni siquiera por su triple negación; sino que le invitó a ser humilde y a que confiase en El, preguntándole por tres veces seguidas: *Simón, hijo de Juan, ¿me amas?* (Juan 21,16).



Si hubo escándalos en la Iglesia cuando el Hijo de Dios todavía estaba en forma visible entre los hombres, ¿por qué maravillarnos de que los haya habido también más tarde, en el decurso de la historia, y que los haya todavía? Y si el Hijo de Dios no desechó a Pedro por haber tropezado, ¿es lícito que el hombre moderno condene con suficiencia farisaica a la Iglesia cuando en algunos de sus ministros, sucesores lejanos de Pedro y de los apóstoles, se dan similares tropiezos y escándalos?

Podemos deplorar los males que vemos en la Iglesia, pero ello no es motivo para que se aminore nuestra fe, la cual está fundamentada en la institución divina de la Iglesia. Con razón escribió SAN AGUSTÍN: “Es natural que quien ha caído una vez en manos de un médico malo tema de confiarse a los cuidados de un médico bueno. Sin embargo, el don de Cristo no puede ser manchado por el ministro malo; fluye puro, aun por su mediación, y puro, llega al suelo, que está bien dispuesto. La fuerza de lo divino es como la luz; cae pura sobre lo que ha de iluminar, y no se ensucia al tener que atravesar una cosa inmunda.

“El cristiano que quisiera llevar una vida santa, pero que se entibia por el mal ejemplo que ve en la Iglesia... ¿podrá excusarse ante Dios aduciendo el mal ejemplo de tal sacerdote, y que por esta causa también él ha pecado”? Esto no sería buscar abogado para una mala causa, sino un compañero para el castigo” (Juan 5,15; *Serm* 137,7).

III
SEAMOS JUSTOS

Algunos se escandalizan con facilidad de las debilidades humanas que se manifiestan de forma aislada en la Iglesia. Pero esto demuestra precisamente que sólo se trata de excepciones dolorosas que no destruyen la regla.

No es justo batir los tambores para señalar a los que tropiezan y no darse cuenta de la labor llena de sacrificios de los que guardan su fidelidad. Si la Iglesia tiene su "crónica escandalosa", tiene a la vez sus actas de martirio, sus páginas resplandecientes de amor heroico a Cristo. Pongamos estos dos extremos en los dos platillos de la balanza y veremos claramente hacia cuál de los dos se inclina.

Muy acertada estuvo la gran escritora SIGRID UNDSET al escribir en una de sus obras, las siguientes líneas: "Hay quienes se interesan más por un sacerdote que rompe su voto que por otros doscientos que lo guardan. La explicación de ello es sencillamente que estos tales dan crédito a todas las habladurías referentes a los traidores, porque las comprenden. Lo otro no les interesa, porque no son capaces de ello." Ved ahí expresado de una forma más delicada lo que dice el refrán castellano: "Piensa el ladrón que todos son de su condición."



Por tanto, si queremos juzgar con justicia, hemos de proceder como un historiador serio. ¿En qué se manifiesta el verdadero talento del historiador? El historiador profundo no es el que con diligencia de hormiga investiga los más pequeños detalles y, a manera de mosaico, coloca un dato junto al otro, sino el que sabe abarcar con su mirada las épocas y los siglos, y sabe vincular la historia de un pueblo con la historia de la humanidad.

No de otra manera ha de obrar quien desea formarse un concepto exacto de la Iglesia; ha de mirar siempre el conjunto, todo el rostro de la

Iglesia, y no solamente las pecas y arrugas que se notan en ella. La Iglesia no pide favoritismo, tan sólo un juicio imparcial.

¿No protestarías con todas tus fuerzas —y con toda razón— si alguien quisiera describirte ante los extraños, enumerando únicamente tus mezquindades y defectos, desde el primero hasta el último? “¿Que tengo defectos?—dirías—. ¿Quién lo puede negar? Mas ¿por qué no mencionas las buenas cualidades que también tengo?”

Es una tarde calurosa de verano... Estoy sentado en mi habitación. Tengo cerradas las ventanas para que el sol no penetre. Pero hay una pequeña rendija, y por ella entra un hilito de luz. ¡Qué extraño! ¡Cuántos millones y millones de moléculas de polvo pululan en ese angosto rayo de luz! Propiamente ni siquiera veo la luz; no veo más que el polvo. Pero ahí también está la luz. Si no la hubiera, tampoco vería el polvo.

En el vestido de la Iglesia también noto algo de polvo; mas si lo veo es porque la luz lo ilumina. Su esencia no es el polvo; su esencia es la luz...

Además, tengamos en cuenta que lo principal en la Iglesia no son los sacerdotes, ni los religiosos, ni los obispos, sino el mismo Jesucristo. Ellos no son más que instrumentos que utiliza Cristo; no son más que el pincel, y el pintor es Cristo; no son más que el cincel y martillo..., el artista es el mismo Jesucristo.

— ¿Cómo he de creer que la religión católica sea la verdadera, si algunos sacerdotes no viven como deberían vivir? —oímos una y otra vez con ribetes de escándalo—-. Predican la caridad y son egoístas. ¿Cómo así se me puede exigir a mí, simple seglar, que cumpla los diez mandamientos?...

Así se quejan algunos y piensan que tienen razón. Sin embargo...

Hubo un médico que curaba con gran éxito a los diabéticos. Solía prescribir dieta muy rigurosa; todo estaba medido por él, hasta el último gramo, indicando el pan y la cantidad de hidratos de carbono que podía tomar el enfermo; a los pobres pacientes les costaba mucho cumplir sus prescripciones, pero el que las cumplía lograba detener la progresión de su enfermedad y conservar la vida.

El médico también acabó enfermando de diabetes, al principio guardó la dieta rigurosamente, pero poco a poco le fue resultando pesada y la fue mitigando, ahora en una cosa, ahora en otra..., hasta que, por fin, murió. Si el médico murió de diabetes... ¿cómo voy a creer que aquellas prescripciones eran atinadas? Y, sin embargo, lo eran.

Pesemos que los sacerdotes y los obispos no administran sus propios tesoros espirituales, no los sacan de sus propios caudales, sino de la tesorería de Cristo. Ellos no son más que los canales de la gracia. Que este canal sea de oro o solamente de madera o de plomo, no me importa... Lo que importa es la gracia que pasa por el canal.

Pero acaso me objetarás:

—Todo eso es cierto. Lo principal es la savia divina que pasa por el canal. Y el veneno no deja de serlo aun cuando se ofrezca en copa de cristal tallado. Pero también es verdad que el vino más exquisito sabe mejor en copas limpias, cristalinas y transparentes, que en una botella sucia.

Conforme. Precisamente en eso estriba la inmensa responsabilidad de cada cristiano, cuyo peso no dejan de sentir las almas fervorosas, las que sienten según el Corazón de Cristo. Este es el móvil de la maduración espiritual, que no conoce descanso. Responsabilidad nuestra es tratar de ofrecer a los demás el vino puro y exquisito del Evangelio en copas lo más puras y cristalinas posibles.

No obstante, estamos de acuerdo con SAN AGUSTÍN, el gran obispo de Hipona, cuando afirmó hace mil quinientos años dirigiéndose a sus fieles: "Agustín, obispo de la Iglesia católica lleva su carga, y tendrá que dar cuenta de ella a Dios. Si no hago lo que digo, no me sigáis; más no os alejéis de la comunidad católica" (*In ps.* 37).

* * *

"Debilidades humanas en el reino de Dios." En la faz exterior de la Iglesia hay manchas por desgracia. Hay cosas reprobables en la actividad de las instituciones eclesiásticas. Hay también debilidades entre los sacerdotes, religiosos, y cristianos en general. Los hay ciertamente.

Pero... ¿señalarme una institución en que no haya personas con imperfecciones? ¿Dónde no haya faltas y mezquindades? ¿Hay en la sociedad humana alguna clase, estrato social u profesión, entre cuyos miembros no haya también personas abyectas, pecadoras y traidoras? ¿Se suele condenar a toda una clase o profesión por la culpa de estas personas? No, ciertamente. Pero esto es precisamente lo que se intenta hacer con el sacerdocio y con la Iglesia; con la institución en que proporcionalmente hay muchos menos tropiezos que en cualquiera otra.

Va por la calle un obrero borracho que grita y alborota... ¿Quién podrá decir en su sano juicio: *Ya lo ves; así son los obreros*? Se condena a muerte a un militar por espía... ¿Quién es el que es capaz de decir: así son

los militares? Y si alguien se atreviera a expresar tan frívolo juicio, ciertamente oiría la justa reprensión: ¿Cómo vas a condenar a toda una clase social por la culpa de un individuo?

Cuando los enemigos de la Iglesia mencionan con satisfacción las defecciones tristes y las dolorosas caídas, hemos de saber que ni la mitad, ni la décima parte de cuanto dicen es verdad, y, aunque hubiere en toda la chismografía un solo caso real, o varios casos, ni aun así nos sería lícito escandalizarnos ni titubear en nuestra fe, sino que con el corazón conmovido deberíamos de arrodillarnos ante el Santísimo Sacramento, ante Cristo ultrajado, y rezar en silencio: "¡Señor *Jesús!: Yo quiero compensarte por esta infidelidad. De ahora en adelante trataré de vivir de manera que sea un consuelo para tu Corazón Sagrado, tan ultrajado."*

CAPÍTULO IV

DEBILIDADES HUMANAS EN EL REINO DE DIOS (II)

San Mateo 9, 2-13

Una cuestión dolorosa y difícil nos ocupa: las debilidades humanas en el reino de Dios, las páginas tristes de la historia de la Iglesia.

Por desgracia las ha habido; son las épocas en que el mundo —con sus costumbres frívolas y egoístas— ha penetrado en la Iglesia, tal como los bacilos se introducen en el organismo sano y lo infectan. Mas el peligro mayor no está en que el hombre se enferme, sino en que el organismo atacado no pueda arrojar de sí el mal que le ataca y que sucumba. Pero el reino de Dios ha sabido vencerlo siempre.

Por tanto, no negamos la verdad. Queremos a la Iglesia por su origen divino, y nos duelen sus debilidades humanas; desearíamos que no las hubiese, y por eso nos esforzamos por suprimirlas o, por lo menos, por aminorarlas. No nos escandalizamos. Aun los ideales más sublimes pueden verse salpicados por el fango.

I
LOS QUE SE ESCANDALIZAN SIN DERECHO

Realmente es una injusticia hacer responsable a la Iglesia de sus defectos y pasar por alto sus virtudes. Pero es más injusto todavía hacerla responsable de los defectos que no le pertenecen, como culparla de lo que sucede, no por estar conforme a sus principios, sino precisamente por estar en contra de los mismos.

La naturaleza humana tiene una enorme propensión al mal. Y el Cristianismo tiene que habérselas con este ser humano, tan frágil. Le propone ideales altos, pero cuanto más elevados son los ideales, tanto más parece que el ser humano se queda atrás, a la zaga.

Un visitante entró por primera vez en un gran puerto de mar. En medio de muchos buques pequeños y grandes había uno enorme que llamaba

la atención. Tenía un aspecto algo monstruoso, maltrecho y sucio, destartalado, estaba lleno de hollín y de aceite; los hombres pululaban en torno suyo y en su interior, hombres de los más diversos tipos: sucios y bien vestidos, viejos y jóvenes, unos de aspecto simpático y otros con aspecto facineroso. Al volver a su hogar el visitante describió a dicho buque como algo atroz, juzgándolo bajo la impresión del primer momento. Ni siquiera conocía las diferentes rutas que había recorrido el buque, cuántas tempestades había vencido y a cuántos miles y miles de hombres había llevado a puerto seguro.

Ese buque representa al reino de Dios: la Iglesia. En medio de las olas y tempestades de la vida terrena, navega hacia la vida eterna. ¡Y qué gente más variada la que viaja en esta nave! No todos son buenos ni cultos. No; de ninguna manera. El capitán del buque dijo de Sí mismo: *No he venido a buscar a los justos, sino a los pecadores* (Mateo 9,13). *He venido a buscar y salvar lo que estaba perdido* (Lucas 19,10), a salvar a la oveja descarriada, para dar al cielo la alegría de ver la conversión de un pecador; *alegría mayor que la de ver noventa y nueve justos, que no tienen necesidad de penitencia* (Lucas 15,7).



Pensemos esto dos veces antes de hacer responsable a la Iglesia de que haya también entre sus fieles y ministros personas con defectos y tropiezos.

Los que se escandalizan fácilmente harían bien en meditar lo que dijo SAN AGUSTÍN: “Es cierto, los malos cristianos hacen mucho mal; los que están fuera y no quieren ser cristianos, encuentran muchas ocasiones en ellos para excusarse. Los que llevan mala vida son públicamente conocidos; mas los que se vuelven a Dios y se limpian de sus deseos impuros, apenas son conocidos. Mas el cristiano puede encontrar en la Iglesia bastantes cristianos buenos, ciudadanos verdaderos de la Jerusalén celestial..., si él mismo empieza a serlo...

“Por tanto, agrégate a los buenos, a los que aman al Señor. Encontrarás muchos de éstos, si tú mismo empiezas a ser bueno. Imita al bueno; ten paciencia con el malo... Ama a todos. No sabes lo que mañana puede llegar a ser el que hoy es malo. No ames la maldad, pero sí al malo para que se haga sensible al bien” (Serm.
16,6; Ps., 136,6)

Es por tanto injusto responsabilizar a la Iglesia de la mala conducta de los algunos cristianos. Pero también es injusto hablar únicamente de pecados y defectos, sin fijarse en otra cosa.

¡Y cuantos hay que no tienen ojos sino para el mal! Si hay algún tropiezo o pecado en la Iglesia, como buitres hambrientos se lanzan sobre la carroña, se ceban los murmuradores en el pecado como si se tratase de un bocado exquisito. Siempre están al acecho: “¿Has oído?...” Mas nunca prestan atención a las virtudes silenciosas con que viven muchos cristianos.

¿No es cosa injusta subrayar el mal y callar el bien? Muchos años ha tardado en crecer el robusto roble en medio del bosque..., y nadie sabe nada de él. Su follaje reverdece cada año, limpia el aire, cobija al peregrino contra el huracán, sirve de refugio a las aves del cielo..., y nadie lo toma en cuenta. Durante muchos años realiza su valioso trabajo... y nadie habla de ello. Pero un día llega el leñador y corta con su hacha el tronco del árbol, produciendo un gran estrépito al caer; ahora ya lo advierten todos. Lo notan al caer... Mientras cumplía en silencio su misión, nadie se enteraba ni de que existiese.

Nadie se fija en el sacerdote que cumple en silencio su ministerio sacrificada y fervorosamente; nadie habla de él; pero todos hablan del sacerdote que ha tropezado y faltado.

No nos tiene que sorprender esta incongruencia. Porque ¿quiénes son los que propalan estos escándalos? ¿Acaso las almas sencillas y espirituales, las que aman de veras a Dios? No. También llegan a ellas, ciertamente,

estas tristes noticias..., pero ellas no escarban deleitándose en el escándalo doloroso, sino que con oración humilde buscan desagraviar a Dios.

¿Quiénes son, entonces, los que propalan estos escándalos con alegría mal disimulada e incluso a veces con regocijo manifiesto? Personas de buena posición social, para las cuales semejantes escándalos vienen en hora muy oportuna, porque así pueden excusarse y cubrir sus propias inmoralidades, justificándose inconscientemente con su modo de pensar: “Si incluso los católicos practicantes, los religiosos y sacerdotes tienen sus vicios, ¿voy a dejar yo de tenerlos?”

No lo dicen, pero lo piensan. Mas nunca dirán: “Si hay tantas personas ejemplares y entregadas entre los católicos, ¿por qué no he de serlo yo también?” Si el ejemplo de un mal sacerdote pesa realmente tanto en la balanza de tu vida, ¿por qué no pones sobre el otro platillo los ejemplos de los buenos?

Acaso habrá quien me objete: Si un seglar tropieza, no es tan grande el escándalo. Pero si es sacerdote el que tropieza —una persona que por su mismo ministerio está obligada a vivir de forma ejemplar—, el mal es mucho más grave, el escándalo inmensamente mayor.

Es verdad. Tendrá por eso que rendir mayor cuenta ante el Tribunal de Dios que un simple fiel. Pero, a pesar de todo pregunto: ¿Es ésta una excusa para no ver en la Iglesia más que escándalos y pecados? ¿Es lícito hacer caso omiso de todas las virtudes que se viven en la Iglesia a causa de los defectos de algunos de sus ministros?

Los que así obran se parecen al célebre zapatero de Venecia. Ticiano tiene un cuadro de fama mundial, el retrato de uno de los mecenas, Grimani. Un zapatero se detuvo ante el cuadro y lo miró atentamente. Por fin, haciendo un gesto despreciativo exclamó: —Este cuadro no vale nada. En ese zapato hay un cosido en un sitio que no debe estar...

¡Cuántas personas van así por el mundo! No ven nada de las grandezas y ejemplos admirables de la Iglesia católica... No ven más que el polvo que ha cogido por el camino a lo largo de estos dos milenios de su historia.

Pocas personas habrá que hayan conocido tan profundamente y en detalle la historia del Papado como LUDWIG VON PASTOR, el gran historiador y embajador de Austria en el Vaticano, fallecido en 1928. No nació católico, sino protestante. Pero se convirtió al catolicismo y escribió voluminosos tomos sobre la historia del Papado. Investigó sobre sus actuaciones, incluyendo sus defectos y fallos. Y con todo, en su agonía pidió a

su amigo el Dr. Dengel que le hiciera el siguiente encargo: “Diga usted al Santo
Padre que el último latido de mi corazón es de la Santa Iglesia y del Papado romano.”

Este historiador conocía las miserias de los Papas que desprestigiaron el cargo; mas conocía también la larga trayectoria de los Papas insignes que por su modélica vida han sido una bendición para la Iglesia.

Pero todavía habrá quien me diga:

—¡Pero la gente me echa en cara tantos casos tristísimos! ¿Sabe usted, Padre? Me duele tanto, me da tanta vergüenza cuando oigo semejantes cosas...

—Así me gusta. Es la primera señal de tu buena intención y de tu noble pensar. Es señal de que amas a la Iglesia; por esto te duele que se murmure de ella. Ni la décima parte de lo que se le imputa es verdad, pero por desgracia hay algo de verdad. Pero si tú amas a la Iglesia, nunca sacarás a relucir en tus conversaciones esos tropiezos realmente acaecidos, y mucho menos contarás estas cosas con complacencia.

¿Puede existir un hijo —y si lo hay, ¿qué juicio te debe merecer?— que no solamente escuche callado a la gente extraña y advenediza denigrar y calumniar a sus padres, sino que él también se ponga en la fila de los murmuradores?

Pues la Iglesia es tu madre, porque te ha dado la vida de la gracia. Y la has de amar como a tu madre, a quien amas aunque su rostro esté surcado de arrugas.

II

¿POR QUÉ PERMITE DIOS QUE HAYA TROPIEZOS EN SU IGLESIA?

Porque Dios es misericordioso y paciente.

“¿Cómo puede consentir Dios estas cosas?

¿Por qué no aniquila inmediatamente a aquellos que con sus defectos y pecados afean el vergel florido del reino de Dios, la pureza de su Iglesia?...”

Así protesta el hombre impaciente, que desde luego estaría presto a intervenir. Pero no es así como piensa Dios, el cual tiene una paciencia y amor casi incomprensibles para nosotros.

El llama al pecador. Le dice al publicano: *Sígueme*. Se sienta con los publicanos; se sienta a la mesa con los pecadores, y cuando los fariseos se escandalizan de ello, les dice: "*No son los sanos, sino los enfermos, los que necesitan de médico. Porque no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores"* (Mateo 9, 12-13).

Así piensa Dios en su paciencia y misericordia. ¡Cuán sabiamente nos advierte SAN AGUSTÍN!:

"No hemos de escandalizarnos excesivamente de los escándalos; ya que fueron anunciados de antemano para que, llegado el caso, nos acordásemos de que fueron anunciados, y así no nos turbasen.

"Por lo que atañe a los pastores, muchos de ellos llevan el báculo y gobiernan la grey de Cristo con fidelidad; y si también hay algunos que, colocados en un puesto de distinción, disfrutan del honor y de las ventajas terrenas, unos y otros han de existir en la Iglesia católica en todas las generaciones hasta el fin del mundo; hasta el Juicio.

"Y así como hay pastores buenos y pastores malos, así también sucede en la grey; hay machos cabríos y ovejas; pacen juntos hasta que venga el pastor supremo que, según su promesa, separará los machos cabríos de las ovejas. Nosotros hemos de dejarlos juntos; la separación se la ha reservado Cristo para sí mismo; porque solamente puede hacerla aquel que no puede engañarse" (*Joh. Ev.*, 123, 5; *Ep.* 208,2).

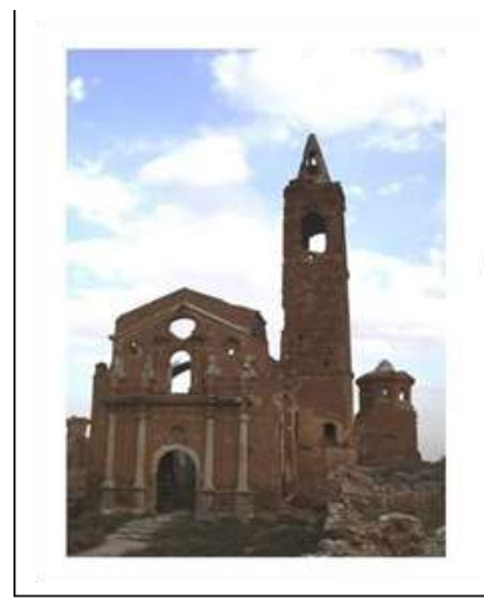
Dios espera con paciencia, porque la Providencia divina sabe aprovechar para el bien el mismo mal.

Y es que estas debilidades humanas nos *brindan argumentos en favor de la institución divina de la Iglesia.* Cuando los judíos perseguían a sangre y fuego a los discípulos del Señor e hicieron comparecer ante el Sanedrín a los apóstoles, se levantó en la asamblea el célebre GAMALIEL y habló de esta manera: *"Ahora, pues, os aconsejo que nos os metáis con esos hombres, y que los dejéis; porque si esta empresa es obra de hombres ella misma se desvanecerá; pero si es cosa de Dios no podréis destruirla"* (Hechos 5, 38-39).

Pues bien, los defectos y debilidades que se notan en la historia veinte veces secular de la Iglesia prueban que esta obra es de Dios. Porque si hubiese sido de hombres necesariamente habría tenido que desvanecerse a causa de sus defectos humanos. Ya tendría que haber perecido en sus épocas tristes si no fuera más que una institución humana. Pero mientras que

se han derrumbado gigantescos imperios por su decadencia moral, la Iglesia siempre ha rebrotado con un nuevo florecimiento de santidad.

Al converso más insigne del siglo XVIII, el Cardenal Newman, le producía profundo pesar la mezquindad e imperfección humanas que veía en la historia de la Iglesia. Hacía tiempo que estaba convencido de la verdad católica, pero no se decidía a dar el paso precisamente por este motivo, hasta que un día pasó por su mente la solución: “la Iglesia desde el principio está luchando contra los defectos humanos, y, sin embargo, en vez de perecer, se robustece y se levanta triunfadora sobre ellos..., y este hecho no se puede explicar a no ser con la fuerza divina de la verdad, de la Iglesia fundada por Cristo”.



No se puede negar que se necesita cierta elevación espiritual para poder distinguir la verdad en una doctrina de las virtudes de los que la pregonan. Naturalmente lo ideal sería que las enseñanzas luminosas de Jesucristo brillasen también por la pureza moral de los que las enseñan, pero esto no siempre ocurre.

Con decisión afirmó SAN AGUSTÍN hace ya mil seiscientos años: “Lo que dio Pablo, Pedro o Judas lo dio Cristo. Aun el que fue bautizado por Judas fue bautizado por Cristo. Lo mismo que el que fue bautizado por un borracho, un asesino o un adúltero —si el bautizo se realizó según la intención de la Iglesia—, fue bautizado por Cristo” (*In Joan.*, núm. 5). Si la virtud de los Sacramentos — podemos añadir— no depende de la dignidad o indignidad de quien los administran, tampoco depende de ellas la verdad de las doctrinas de Cristo.

Dios tiene todavía otra finalidad al consentir en su Iglesia las debilidades humanas de sus sacerdotes; su bondad infinita se apiada de sus fieles y de su debilidad y les infunde confianza, en medio de sus caídas y luchas. Pues desde nuestra juventud nos sentimos inclinamos al mal, y ni siquiera en nuestras más hermosas virtudes estamos sin mancilla..., pero nos sostenemos confiados en el seno de una Iglesia porque no nos desprecia a pesar de que no hayamos alcanzado la santidad perfecta.

De ahí que el Cardenal Newman escribiera:

"Dios no lo ordenó así. No os envió ángeles para predicaros, sino hombres; no seres de naturaleza y de sangre extrañas, sino hombres de carne y hueso, como sois vosotros. Hijos de la descendencia de Adán, hijos con vuestra misma naturaleza, aunque distintos en cuanto a los dones de la gracia; hombres que están expuestos a las mismas tentaciones que vosotros, a las mismas luchas exteriores e interiores; hombre, en cuyo pecho late el mismo corazón humano, rebelde, pero transformado y guiado por la fuerza de la gracia divina...

"Hombres son los sacerdotes de la Nueva Alianza para que *sepan sobrellevar y compadecerse de los ignorantes y extraviados, por estar también envueltos en flaqueza* (Hebreos 5,2). Si vuestros sacerdotes, hermanos, fuesen ángeles; no sabrían llorar con vosotros, sentir con vosotros, sufrir con vosotros, no sabrían ir en vuestra busca con comprensión amorosa, como sabemos hacerlo nosotros.

"No podrían ser vuestro ejemplo y vuestros guías. No sabrían conduciros del mundo de vuestro antiguo Yo hacia un nuevo mundo y una nueva vida, como saben hacerlo aquellos que salen de en medio de vosotros; que han andado por el mismo camino que vosotros; que conocen bien las dificultades con que habéis de luchar; que por lo menos han sentido también en sí mismos vuestras tentaciones; que conocen el desorden del cuerpo y las asechanzas del espíritu maligno, aunque no caigan con tanta facilidad; que están dispuestos a todas horas con paciencia amorosa a daros consejos y amonestaros con prudencia... Por esto os ha mandado hombres. Ponderad bien; hermanos, esta verdad, y os servirá de consuelo." (NEWMAN.)

La Iglesia católica es fuerte ante la verdad y nada tiene que ocultar. ¿Cuál ha de ser, por lo tanto, nuestra postura al ver sus debilidades humanas? Rezar y trabajar. Rezar a nuestro Señor Jesucristo, cabeza de su cuerpo místico, que es la Iglesia, para que en su rostro los rasgos divinos lleguen a prevalecer sobre los rasgos humanos. Hemos de trabajar también.

Trabajar para que en nuestra vida se refleje la hermosura divina, haciendo más bello el rostro de la Iglesia.

¿Qué nos quieren enseñar los dos mil años de la Iglesia? Que la Iglesia es la continuación mística de la vida terrena de Cristo, porque en ella se manifiestan toda la sublimidad y miseria, todos los rasgos elevados y dolorosos que encontramos en la vida terrena de su Fundador.

La Iglesia también fue vendida por dinero, como Cristo. También renegaron de la Iglesia los que estaban obligados a dar su vida por ella; también la entristecieron y la traicionaron los que figuraban entre sus jefes, coma lo hizo Judas con Cristo. ¡Y a pesar de todo!... La Iglesia de Cristo está en pie; el reino de Dios subsiste y permanecerá inconmovible hasta el fin del mundo.

Amemos, por tanto, a la Iglesia..., a pesar de su exterior pobre; mejor dicho, precisamente por ello. El católico acepta a la Iglesia tal como es, porque en ella se le ha manifestado la santidad, la justicia y la bondad de Dios... Aunque la Santa Madre Iglesia se vea cubierta por el polvo de su larga peregrinación; aunque lleve en su cara los surcos de los pesares y de las tribulaciones, no obstante es mi Madre, en cuyo corazón late el amor, en cuyos ojos brilla la fe, cuyas manos siempre nos bendicen.

Preguntémonos: “¿Qué sería el cielo sin Dios? ¿Qué sería de la tierra sin la Iglesia?” (Karl Adam, *La esencia del catolicismo*).

CAPÍTULO V

EL REINO DE DIOS Y LA PATRIA TERRENA

San Mateo 23, 34-39

Con frecuencia se echa en cara a los católicos que el afán por la patria eterna mengua el entusiasmo que debemos sentir por nuestro propio país; que la fidelidad al Reino de Dios debilita nuestro patriotismo, o, expresado de una manera más cruda, que el buen católico no puede ser buen patriota.

En muchos casos esta afirmación brota del prejuicio y de torcidas intenciones, pero en otros casos proviene de ideas equivocadas y confusas.

Si examinamos el ser de la Iglesia, de este Reino de Dios, saltará a la vista su carácter universal, su "catolicidad", según la palabra griega: es decir, la Iglesia se sobrepone a los límites nacionales, a los confines de los pueblos, a todos los países y a todas las épocas.

Mas esto no significa que el catolicismo niegue el derecho y el valor del pensamiento nacional y cultural propio, antes bien, lo aprovecha para evangelizar con más eficacia.

Nosotros, los católicos, somos ciudadanos de dos mundos: de la tierra y del cielo. Tenemos dos patrias, una terrenal y otra celestial. Y estos dos mundos de distinta naturaleza nos plantean distintos problemas y exigen de nosotros deberes diferentes; aunque están situados en dos planos distintos, estos dos mundos muchas veces se tocan.

I
JUNTO AL AMOR A LA PATRIA ETERNA, EL AMOR A LA PATRIA TERRENA

El Señor ciertamente vivió en esta tierra únicamente para extender y pregonar el reino de los cielos, y con todo, ¡cómo amaba a su propia raza y a su patria terrena!

En la plenitud de los tiempos, según los designios eternos del Padre, la segunda Persona divina se encarnó como hijo de un pequeño pueblo, y nunca renegó de su patria ni la abandonó.

Sólo una vez se alejó de su patria, y esto no lo hizo por propia voluntad, sino por huir del cruel Herodes. Y aun entonces se mantuvo lejos de su patria nada más que el tiempo necesario para que pasara el peligro de muerte.

Pasó por su patria haciendo el bien (Hechos 10,38), y la fidelidad y amor que tuvo hacia ella no se menguó ni siquiera por su sabiduría divina, pues bien sabía que su pueblo sería desagradecido a su gran bondad. Conocía la suerte que le esperaba, y con todo se quedó en su patria. Aún más, lloraba sobre la ruina de su pueblo, como llora el padre sobre el hijo perdido: *"¡Jerusalén! ¡Jerusalén!, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados. ¡Cuántas veces quise recoger tus hijos, como la gallina recoge a sus pollitos bajo las alas, y tú no has querido!"* (Mateo 22,37). ¡Qué dolor sentiría su corazón al pronunciar estas palabras!...

Siempre se sintió Jesús ciudadano de su pueblo, seguía con exactitud sus costumbres y pagaba como uno más el tributo del censo (Mateo 17,26). ¡Cuántas veces se fatigó por sus conciudadanos! ¡Cuántas amargas lágrimas vertió por su obstinación!

Y ¡qué magníficas enseñanzas nos legó sobre el verdadero amor patrio! Para El, el patriotismo no consiste en soltar frases grandilocuentes, sino en cumplir con fidelidad los propios deberes y guardar la ley. Y ¡cómo nos orientó para librarnos, sin merma del amor verdadero a la patria, de un nacionalismo exagerado! Lo hizo cuando los miopes caudillos de Israel intentaban arrastrar al pueblo por ese camino.

Es verdad que resumió las características de su vida y de su obra con estas palabras: *"Mi reino no es de este mundo"* (Juan 18, 36). Pero bien sabía el Señor que el camino hacia ese mundo tan distinto, pasaba a través de este mundo terreno. Nunca pronunció una sola frase contra la patria terrena y el amor que debemos profesarle, mientras ésta no se oponga a nuestro destino eterno.

Realmente podemos afirmar que no hubo en este mundo quien quisiese tanto a su pueblo como Cristo; ni hubo quien dejase a su pueblo tan nobles ejemplos y elevadas pautas de vida.

Los mismos criterios que Cristo tuvieron los apóstoles y los primeros cristianos sobre esta cuestión.

Es conocido el ardoroso patriotismo de San Pablo. El que se entregó por completo al servicio de Jesucristo y del reino de Dios, estaba también dispuesto al mayor de los sacrificios por amor a su pueblo. Incluso estaría dispuesto a ser separado de Cristo —si fuese permitido desear semejante cosa— con tal de lograr que su pueblo —"mis hermanos, que son mis parientes según la carne" (Romanos 9, 3)— no se viesen separados de Jesucristo. He ahí un ejemplo del verdadero amor patrio, dispuesto al mayor de los sacrificios.

Y el amor que los demás apóstoles tenían a su pueblo y a su raza lo demuestra el Concilio de Jerusalén del año 51. Tuvo que ser convocado precisamente porque algunos defendían con exageración las tradiciones de su pueblo, y resultaba difícil romper las estrechas prescripciones raciales y nacionales para hacer de la Iglesia una Iglesia universal, católica, por encima de pueblos y razas.

No de otra manera pensaban los primeros cristianos. Su fin último y su principal deseo era el reino de Dios: el cielo, la vida eterna; pero esto no les era obstáculo para cumplir los deberes para con su patria, sobre todo teniendo en cuenta lo poco que recibían del poder estatal: persecución y sufrimiento, por lo regular.
Y a pesar de todo, seguían el mandato de SAN PABLO: *"Recomiendo que se hagan súplicas, oraciones, rogativas, acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que ejercen autoridad"* (I Timoteo 2,1).

Apenas había pasado la sangrienta persecución de Domiciano y ya el Papa SAN CLEMENTE escribía respecto de las autoridades del Estado: "Tú, Señor mío, les diste con tu fuerza ingente e indescriptible el poder para dominar, con el fin de que nosotros, reconociendo el señorío que Tú les prestaste, les obedezcamos, y no opongamos resistencia a tu voluntad; dales, Señor, salud, paz, unidad, fuerza, para que sin tropezar puedan ejercer el dominio que les fue conferido sobre la Tierra" (I Corintios 61).

El mismo pensar se lee en las actas del martirio de San Acucio: "¿Quién se preocupa del emperador y le quiere más que los cristianos? Porque es constante e incesante nuestra oración para que tenga vida larga en la tierra, para que gobierne con mano justa sus pueblos y principalmente para que tenga una era de paz en su gobierno" (Acta Martyrum).

Realmente los primeros cristianos no solamente pregonaban que son cosas distintas adorar a Dios y respetar el poder civil, sino que además lograron armonizar estos dos deberes.

Con qué valor y con qué sentido de justicia preguntó TERTULIANO al procónsul Scapula: "¿Has visto algún cristiano entre los rebeldes? ¿Han sido acaso cristianos los asesinos del emperador, o más bien hombres qué poco antes de su crimen aún ofrecían sacrificios por el bienestar del mismo?"

La Iglesia siempre alentará el noble amor patrio educando a los hombres para que sean buenos ciudadanos.

II
EL AMOR A LA PATRIA ETERNA FORTALECE EL DE LA PATRIA TERRENA

El amor a la patria eterna, no sólo no es contrario al amor de la patria terrena, sino que lo robustece y ennoblece. Lo robustece por dar mayor valor al recto concepto de la patria.

Es verdad que el objetivo principal del cristiano es el reino sobrenatural de Dios. Mas la gracia no destruye, sino que supone y ennoblece la naturaleza.

Para llegar al reino celestial de Dios, necesitamos de un país mientras dure nuestra peregrinación terrena, al cual debemos amar y apreciar, porque es una exigencia del corazón. Fue Dios quien fundó la Iglesia; fue Dios también quien me dio una patria en la que nací y en la que me formé; y fue Dios quien puso en nuestro corazón estos dos amores.

El Cristianismo nos propone un recto sentido de la patria y a la vez nos previene contra el grave error del nacionalismo, la idolatraría de la raza. Si bien reconoce la independencia de cada pueblo y su derecho a existir, también pregona que los pueblos — rebasando los marcos estrechos de la patria— han de trabajar conjuntamente por lograr ciertos objetivos comunes para toda la humanidad: la paz, la justicia y el progreso.

Por muy sincero y ferviente que sea nuestro amor a la patria, el cristianismo nos une en una gran comunión espiritual con los demás pueblos. Es el reino de Dios sobre la tierra, al cual invita Jesucristo a todos los hombres del mundo, sin consideraciones a lengua o raza (I Timoteo 2,5).

La Iglesia es supernacional, no internacional. Siempre ha enseñado que la diversidad de pueblos y razas es un hecho conforme a la voluntad creadora de Dios. Dios creó los diversos pueblos, y, al trazar la Providen-

cia divina sus planes, tuvo en cuenta el papel que habían de desempeñar, según los dones y capacidades que les otorgó.

El reconocimiento de esta patria celestial no exime de los deberes para con la patria terrena, sino que los subraya con más vigor. Al mismo tiempo el mismo Cristianismo propone al mundo la hermandad universal de todos los hombres, pues todos son hijos de Dios, hermanos entre sí, sin distinción de raza, lengua, o nación. De ahí que rechace el nacionalismo que pisotea a los demás pueblos, y que rechace también la divinización del Estado y de la raza, manifestación brutal del egoísmo de un pueblo.

Amar a la patria rectamente significa extender y cumplir el cuarto mandamiento de la ley de Dios, respetando la autoridad constituida por El. Amar a la patria exige abnegación, vivir en comunidad, autodisciplina y sacrificio; luchar contra el egoísmo y amor comprensivo para con los demás.



Amar a la patria significa extender y cumplir el cuarto mandamiento de la ley de Dios, respetando la autoridad constituida por El

Nuestros conciudadanos son nuestro prójimo, los que están más cerca de nosotros; por tanto, el amor bien ordenado al prójimo nos obliga a amar a nuestro pueblo. Incluso en caso de necesidad hemos de defenderlo, hasta llegar a arriesgar nuestra vida si fuese preciso. El amor cristiano a la patria significa también trabajar por el bienestar de la misma, lo cual se realiza cumpliendo los propios deberes y teniendo una conducta intachable.

III
EL AMOR A LA PATRIA NOS COMPROMERTE A TRABAJAR POR EL PROGRESO DEL PROPIO PAÍS

Una comisión de fariseos y herodianos se presentó a Jesucristo para tenderle una trampa y cogerle con sus propias palabras.

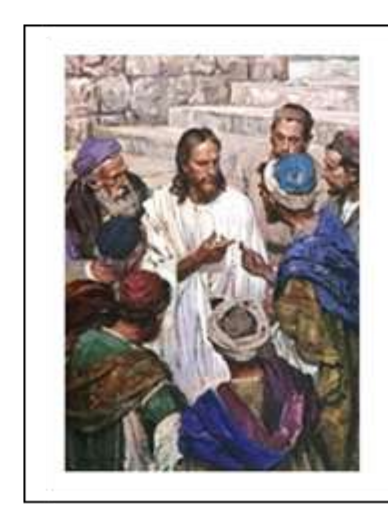
¡Con qué astucia comenzaron su discurso!: *“Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino de Dios conforme a la pura verdad, sin respeto de nadie, porque no miras a la categoría de las personas. Di-*

nos qué te parece la siguiente cuestión: ¿Es o no es lícito pagar tributo al César?” (Mateo 22,167).

Una pregunta inocente, al parecer; pero, en realidad, no era más que un ardid malicioso para cogerle; pues quien pagaba tributo al César romano estaba reconociendo de hecho la ocupación y la conquista romanas, y si decía que había que hacerlo, ciertamente el pueblo le abandonaría, por traidor a la causa nacional. En el caso opuesto, si decía que no, se le podría acusar de sedicioso ante la autoridad romana.

No era más que una trampa. Mas Jesucristo descubrió su malicia, y su respuesta fue más sabia que todos los juicios del sabio Salomón. Pidió una moneda, y preguntó: “¿De quién es esta imagen y esta inscripción?”

Le respondieron: “Del César.” Entonces les replicó: *“Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”.* Dicho con otras palabras, si vosotros aceptáis y usáis la moneda del César romano, con ello le reconocéis legalmente. Todo poder estatal, legalmente constituido, manda en nombre de Dios; por tanto, debéis en conciencia, obedecer lo que exija con miras al bien común y al orden social. Debéis obedecerle mientras sus leyes no estén en pugna con las leyes de Dios.



Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios

Traducido al lenguaje moderno sería lo mismo que decir: Dad al Estado lo que es del Estado, aquello a lo que tiene derecho: respeto a la ley, obediencia, trabajo, contribuciones... Pero cuidado; que el Estado no es Dios, no hagáis del poder terreno un ídolo. No coloquéis al Estado por encima de Dios.

Cumplid vuestros deberes cívicos, pero dad a Dios lo que es de Dios. Si en vuestro bolsillo está la moneda que lleva acuñada la imagen del poder terreno, en vuestro corazón lleváis la imagen de vuestro Dios. El dinero

es del César; vosotros sois de Dios. Servid a la patria terrena, mas no os olvidéis de la patria eterna.

Nuestro amor patrio se fundamenta en motivos religiosos, tal como enseñó SAN PABLO: "Toda persona esté sujeta a las potestades superiores. Porque no hay potestad que no provenga de Dios; y Dios es el que ha establecido las que hay en el mundo. Por lo cual quien desobedece a las potestades, a la ordenación de Dios desobedece" (Romanos 13, 1-2). "Es necesario que le estéis sujetos, no solo por temor al castigo, sino también por obligación de conciencia" (Romanos 13,5).

Y SAN PEDRO escribió: "Estad *sumisos a toda humana criatura que se halle constituida sobre vosotros, y esto por respeto a Dios; ya sea el rey, como que está sobre todos, ya a los gobernadores, como puestos por él" (I Pedro 2,13-14).*

Esta es la voluntad de Dios. El buen cristiano ha de ser buen patriota, pues de lo contrario no sería buen cristiano.

El Cristianismo, por tanto —aunque tenga su razón de ser en el cielo y del cielo nos hable—, nunca ha sido enemigo del progreso humano, del bien del propio país, sino todo lo contrario. De ello dan testimonio toda la cultura occidental, que solemos llamar sencillamente "cultura cristiana". Así lo atestiguan toda una historia cultural de dos milenios, las obras maestras de la arquitectura y de las demás artes, nuestros museos, nuestras galerías, bibliotecas a instituciones. El Cristianismo siempre ha pregonado que no solamente es lícito al hombre trabajar para perfeccionar la naturaleza y dominar sus leyes en orden al trabajo, sino que es su obligación.

Pues, entonces, ¿qué teme el Cristianismo y contra qué cosas nos precave?

Teme que nos paremos a mitad del camino. Teme que, mientras vamos investigando las partículas de verdad escondidas en la naturaleza, nos olvidemos de la verdad única y absoluta, de la cual brota todo. Teme que, mientras vamos construyendo caminos en esta vida, cerremos el camino que nos conduce a la vida eterna. Teme que, mientras que inundamos de luz artificial todo lo que está en torno nuestro, no seamos capaces de admirar las estrellas del cielo. Teme que mientras que buscamos las hermosuras esparcidas por el mundo, olvidemos la fuente primera de toda hermosura, la Belleza absoluta: Dios.

¿Conoces la inscripción de la gran Universidad Mahometana que hay en El Cairo? "La Química es importante... Alá es más importante todavía."

¿Sabes qué dijo Platón? "Sin la ciencia del bien nada valen todas las demás ciencias."

Lo más importante, pues, ¿no es ni la química, ni la técnica, ni la máquina, ni la industria, ni las grandes bibliotecas? No, Todo ello no tiene valor, si falta el amor y la fe.

Debido al egoísmo que subyace en el fondo del alma humana, nos da miedo pensar hasta dónde puede llegar la humanidad cuando no crece al mismo ritmo que su ciencia, su conciencia moral y religiosa.

De ahí que cuidar por satisfacer los intereses eternos del alma y sus deseos más santos significa a la vez servir eficazmente a los intereses terrenos.

¿Qué más debemos hacer por la patria terrena? Ser comprensivos y tener paciencia con los demás. *"Revestíos, pues... de entrañas de compasión, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia, sufriéndoos los unos a los otros y perdonándoos mutuamente si alguno tiene queja contra otro; así como el Señor os ha perdonado, así lo habéis de hacer también vosotros"* (Colosenses 3,12-13). ¿No es ésta la forma más eficaz de un amar a la patria? "*Sobrellevad las cargas unos de otros, y con eso cumpliréis la ley de Cristo"* (Gálatas 6,2).

¡Vivir según Cristo! ¡Vivir en la tierra con la vista fija en el cielo!

Es nuestra forma de amar a la patria, no con palabras, sino con la vida.

* * *

San Francisco de Asís, al sentir que se acercaban los últimos momentos de su vida mortal, mandó que le subiesen a una colina que había junto a la Porciúncula, y desde allí dirigió con cariño una mirada a su ciudad natal, ¡tan querida!, la ciudad de Asís, que se extendía a sus pies.

Conocía y amaba cada una de sus casas, de sus calles, los niños, las aguas y los campos de los alrededores, los pájaros y los animales..., y, a manera de despedida, los bendijo a todos por última vez.

Más después, venciendo su emoción, mandó que le bajasen de nuevo a su pobre celda, y ya no pensó más que en la patria celestial, deseando *"verse libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo"* (Filipenses 1,23).

Amemos a nuestra patria de este mundo como la amó San Francisco de Asís, pero amemos también a nuestra patria celestial como él la amó.

Demos al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Seamos ciudadanos diligentes de la patria de este mundo, e hijos buenos de nuestro Padre, para que *al ser depositado nuestro cuerpo en el suelo patrio pueda subir nuestra alma a la dicha eterna de la patria celestial.*

CAPÍTULO VI

EL REINO INVISIBLE DE DIOS

San Lucas, 17,20-24

Un propietario que poseía grandes posesiones, después de recorrer un día todas sus haciendas, preguntó a uno de los trabajadores:

—¿Sabes de quién es toda esta tierra?

—No lo sé, señor —contestó el trabajador.

—Pues has de saber que es toda mía——dijo el dueño con orgullo.

Y siguió preguntando:

—¿Y sabes de quién es la gran extensión de bosques que ves allí?

—No lo sé, señor.

—También es mía.

Y así proseguían preguntas y respuestas, hasta que por fin dijo el dueño:

—Todo lo que ves es mío.

A esto el obrero dejó por un momento de trabajar, sacó la azada de la tierra, se quitó el sombrero y, apuntando con la mano derecha a las alturas, replicó:

—Señor, decidme, ¿también es vuestro el cielo?

¡Ah!, éste sí que es el problema más importante de la vida: llegar a poseer el reino de los cielos, el reino de Dios allá en el otro mundo.

Nuestro será si empezamos por pertenecer a él en esta vida.

Este reino de Dios en la tierra tiene dos aspectos: uno visible, la Iglesia de Cristo; el otro invisible, el reino de Dios en las almas. De éste último hablaremos ahora.

I

EL REINO DE DIOS Y EL REINO DEL HOMBRE

“*Venga a nosotros tu reino*.” No el reino del hombre, sino el de Dios, porque ¡cuán diferentes son estos dos reinos!

¿Dónde tuvo origen el reino de Dios? En una aldea pequeña e insignificante de un pequeño pueblo del Oriente Medio: en Belén. ¿Dónde nace el reino del hombre? En la ciudad de Babilonia, la cual simboliza la cultura humana que con soberbia vuelve su espalda a Dios. En este reino del hombre hay infinidad de lenguas, pues debido a la soberbia de los hombres nadie se entiende con nadie y cada uno crea su propia lengua. Muy diferente del único lenguaje que se habla en el reino de Dios, el de Belén: el lenguaje del amor, el cual lo comprenden todos los hombres de buena voluntad. Mientras en el reino del hombre reina el odio y la discordia, en el reino de Dios reina el amor. Mientras en el reino del hombre cada uno se busca a sí mismo por encima de los demás, en el reino de Dios Jesucristo nos da ejemplo ofreciéndose voluntariamente por amor a nosotros. En el reino del hombre lo que manda es el orgullo y la autosuficiencia, el dinero y el afán de goces; mientras que en el reino de Dios impera la gracia y la humildad tal como dice SAN PABLO: “Dios escogió a los *necios según el mundo, para confundir a los sabios; Dios escogió a los débiles de este mundo para confundir a los fuertes”* (I Corintios 1,27).

¿Cómo y cuándo llega a nosotros el reino de Dios? Es la pregunta que le dirigieron en cierta ocasión los fariseos al Señor, cuándo iba a llegar el reino de Dios. Ellos pensaban en un poder político que iba a llegar con gran aparato y fastuosidad exterior. Su sorpresa fue grande al oír la respuesta del SEÑOR: *“El reino de Dios no ha de venir con grande ruido y aparato. Ni se dirá: vedle aquí o vedle allí. Antes tened por cierto que el reino de Dios está ya en medio de vosotros”* (Lucas 17,20-21).

El reino de Dios está en medio de nosotros; está en nosotros, en nuestra alma. Es un reino espiritual, el reino de la fe, del arrepentimiento y del amor, donde cada uno vive las palabras de SAN PABLO: “Ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno de nosotros muere para sí. Si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos, morimos para el Señor” (Romanos 14, 7-8). “No consiste el reino de Dios en comer, ni en beber, sino en la justicia, en la paz y en el gozo del Espíritu Santo. Pues el que así sirve a Cristo agrada a Dios...” (Romanos 14, 17-18)

El reino de Dios está en nosotros. El SEÑOR lo dice claramente: “Yo soy la vid; vosotros los sarmientos: Quien está unido conmigo y yo con él, ése da mucho fruto; porque sin Mí nada podéis” (Juan 15,5).

Yo en Cristo y Cristo en mí: he ahí la gran comunión espiritual del Reino de Dios. Si vivo como quiere Cristo, si vivo con Cristo, si oriento toda mi vida según Cristo, entonces puedo decir con SAN PABLO: *"Vivo yo, más bien* no *soy yo el que vive; sino es Cristo el que vive en mí"* (Gálatas 2,20); entonces es que ha llegado para mí el reino de Dios.

Por este reino de Dios —por la vida de la gracia— el Señor no juzga excesivo ningún sacrificio. *"El reino de los cielos es semejante a un mercader de perlas finas, que al encontrar una de grave valor, va y vende todo cuanto tiene, y la compra"* (Mateo 13,45-46). Vende todo cuanto tiene con tal de comprar el único tesoro: el reino de Dios.

De modo que todas las veces que rezamos *"venga a nosotros tu reino"*, estamos pidiendo: Señor, venga a nuestra alma tu gracia, inúndanos con tu gracia; gracia de absolución que perdone nuestros pecados; gracia santificante que ilumine nuestras almas; gracia para perseverar fieles a ti; gracia para vivir conforme a Cristo, de modo que toda nuestra vida se transforme en alabanza de Él.

En esto en definitiva consiste la santidad, en irnos transformando según las exigencias del reino de Dios.



II
QUÉ BENDICIONES NOS TRAE EL PERTENECER AL REINO DE DIOS

Veamos las bendiciones que produce el reino de Dios a nuestra alma.

La primera bendición consiste en que aprendemos a mirar el mundo con los ojos de Dios y a juzgarlo todo según El. Si todos perteneciésemos al reino de Dios, el sentir y el juicio moral de muchos hombres no andaría tan desorientado, como sucede hoy, con tanto despiste increíble y criterios erróneos. Pues hay mucha gente que se escandaliza de naderías, pero se

traga sin proferir palabra los mayores pecados; gente que se alborota por faltas o descortesías insignificantes, pero que ve normal las más espantosas frivolidades e inmoralidades. "Yo no veo nada malo en ello", escuchamos con harta frecuencia al hablar sobre muchas perversiones. Todo porque no han dejado que el reino de Dios penetre en sus almas, porque no miran el mundo con los ojos de Dios.

Si realmente imperase el reino de Dios en sus almas, tendrían siempre presente *el pensamiento de la eternidad.* Nuestros antepasados hablaban con frecuencia del "peso de la eternidad". Con tal expresión querían indicar el recto sentido por el cual el hombre se orienta siempre —en sus actos, palabras y planes— conforme a la gran realidad de la eternidad: cualquier cosa que deba hacer; cualquier cosa que proyecte, sobre ella brillará esa luz. El pensamiento del reino de Dios es aquel "peso de eternidad" que equilibra y orienta la vida por el recto camino. El que lo tiene presente sabe orientar según el mismo todas sus actuaciones, planes y deseos. Los que no lo tienen se desorientan y son seducidos por el atractivo engañoso del dinero, del prestigio humano y de los goces terrenos, a los cuales rinden homenaje como si su disfrute fuese lo más importante y el fin único de la vida. Por tanto, el alma en que no ha penetrado el reino de Dios anda desequilibrada, dando traspiés, sin objetivo alguno por este mundo, mientras que el alma en que reina Dios pregusta ya de alguna manera en esta vida la paz y la felicidad de la vida eterna.

Porque no puede haber paz sin Dios. La humanidad, cuando vuelve la espalda a Dios, no es otra cosa que una guerra continua. Todos se engañan recíprocamente, todos son rivales, no hay más que peleas y discusiones.

Sólo en el reino de Dios hay amor de verdad, dominio de uno mismo, verdadera libertad. Si queremos paz, trabajemos por dejarnos invadir por el reino de Dios...

El que vive en el reino de Dios está ya cumpliendo el fin para el que ha sido creado el hombre. ¿Cuál es este fin? ¿Dar sustento a la familia? ¿Pasarlo bien y procurarse más bienestar? ¿Promover en el más alto grado posible los intereses del propio país?... Estas cosas son importantes, mas no son ellas el fin último, el fin principal, el deber más apremiante. Por encima de todas ellas está la búsqueda del reino de Dios, sin el cual se hace imposible el reino del hombre.

En cambio, ¡qué paz, qué alegría nos proporciona el reino de Dios! El que no es ciudadano de este reino y no lo siente dentro de su corazón, no podrá sentir esa alegría de que habla SAN PABLO: *"Estad siempre ale-*

gres en el Señor; os lo repito, estad alegres... No os inquietéis por cosa alguna; antes bien, en toda ocasión, presentad a Dios vuestras peticiones, mediante la oración y la súplica, acompañadas de la acción de gracias. Y la paz de Dios que supera todo conocimiento, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús." (Filipenses 4, 4-7)

"Venga a nosotros tu reino"... Dios debe reinar cada vez más en nuestra alma. Cuanto más le conozca; cuanto más le ame; cuanto más se adueñe de mi alma, tanto más feliz seré.

Sólo aceptando el reino de nuestro Dios podremos vivir en paz y ser felices. No hay otro camino.



CAPÍTULO VII

¿TÉCNICA O ESPÍRITU?

San Mateo 6,28-33

Cuenta la leyenda que el Rey Midas amaba mucho el dinero. Lo amaba de tal manera que pidió una sola cosa al dios Baco: que le concediera la virtud de transformar en oro todo cuanto tocara.

Y le fue concedido.

¡Qué alegría la del rey! Todo lo que tocaba se transformaba en oro... hasta que llegó la hora de comer. El Rey quería comer, y el manjar se transformaba en oro; quería beber, y al coger la copa la bebida se transformaba en oro. Al fin tuvo que implorar desesperadamente a su dios que le quitase aquel don tan excelso, para no morir de hambre.

Es una leyenda... Pero ¿no corremos nosotros un riesgo semejante? El desarrollo actual de la técnica y de la ciencia parece reírse de los imposibles; esta palabra "imposible" nos parece que ya no existe para nosotros, y, no obstante, el hambre espiritual y de felicidad sigue acechando al hombre.

Toda una serie de asombrosos descubrimientos técnicos está a nuestra disposición..., pero ¿quién se atreve a afirmar que seamos felices? Sucede más bien lo contrario; el progreso vertiginoso de la técnica y de la ciencia trae consigo una vida tan extrovertida, que el hombre se olvida de sí mismo y acaba descuidando su interior y su propia alma. De esta manera, al mismo tiempo que se ensoberbece con el *"seréis como Dios",* siente en su interior un pesimismo desesperado respecto al logro de su felicidad.

Y no es de extrañar así que para muchos hombres la vida resulte aburrida y mecánica, por tanta técnica sin espíritu. Nadie duda, por supuesto, de que la técnica y la economía, la industria y el comercio, tienen cada una su valor e importancia. El mal está en haber dejado que lo material ahogue los valores más altos: los valores espirituales, trastornado el orden natural y la jerarquía de valores. El hombre deja de ser dueño de la técnica y de la economía y se transforma en esclavo suyo, en vez de que la técnica realce la dignidad del hombre. Abundan entonces los hombres amargados, quejumbrosos, desesperados, quebrantados..., cuando todo tendría que ser ale-

gría y dicha, dando gracias a Dios por el sinnúmero de adelantos técnicos que hacen más fácil la vida.

¿Por qué no somos felices? ¿Cuál es la causa? Si quieres conocer la respuesta contesta a la siguiente pregunta: *“¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?”* (Mateo 16,26).

Ciertamente el culpable de que no sea feliz, no es la técnica, sino el hombre, que la emplea indebidamente. Con la dinamita se pueden hacer túneles y carreteras; pero se puede también hacer terrorismo... No tiene, pues, la culpa la dinamita. La técnica se convierte en maldición cuando se la levanta a la categoría de ídolo. El hombre se atolondra por el vértigo de sus descubrimientos y piensa que por medio de los mismos ya puede construir su torre de Babel y destronar a Dios.



“Para Dios nada es imposible” (Génesis 1,28), mas el hombre, embriagado por la técnica, piensa también lo mismo de sí: “Para el hombre nada es imposible.” Y cree que con la técnica puede lograrlo todo; que no necesita de Dios, ni de la religión, ni de la oración, ni la Redención, ni los Sacramentos.

Con la técnica se podrán resolver muchos problemas de índole material, pero nunca podrá con ella el hombre liberarse de las tiranías que atenazan su alma: su egoísmo, su sensualismo, su avaricia y demás pasiones desordenadas. No nos sorprenda hoy que al mismo tiempo que disminuyen los analfabetos —los que no saben leer ni escribir—, que veamos con gran pesar que crece el número de los analfabetos morales, el de aquellos hombres que, si bien saben leer y escribir, y que incluso tienen la cabeza atiborrada de conocimientos, que no saben dominar su egoísmo y las otras pasiones que les corrompen.

Según la mitología griega, vivía en la antigua Tesalia un hombre llamado Procusto que más bien podríamos llamar monstruo de humanidad.

Con gusto daba hospedaje a los viajeros que pasaban por su casa, pero ¡pobrecillos estos!, pues estando dormidos, si sobresalían de la cama por su tamaño, les cortaba sencillamente el trozo de las piernas que sobresalía, y si eran más cortos les estiraba de suerte que tocasen con sus pies el borde de ella. La idolatría de la técnica hace una cosa parecida al recortar sin cesar los anhelos espirituales del alma humana, truncando los deseos de felicidad a los límites estrechos de esta vida material. Así, se llega a pensar que esta vida es la vida, lo cual es una forma de pensar rastrera. El hombre se alimenta sólo de cosas terrenas, y como un gusano vive a ras de tierra, sin aspirar a cosas más altas, a la vida eterna.

Aunque el hombre necesite comer para sustentar su cuerpo, no éste el fin de su vida. No vive para su cuerpo, sino que el cuerpo está al servicio del hombre. Tampoco ha sido creado el hombre para la materia, sino que la materia debe ordenarse al bien del hombre. Y si no estamos en este mundo para la materia, entonces las cosas materiales y tangibles no pueden ser para nosotros nuestro fin último.

Todo cuanto ha creado Dios es bueno, dice Génesis (1,2-25). En estas páginas se describe maravillosamente cómo, por virtud del espíritu de Dios, el caos fue transformándose, poco a poco, en cosmos; y de la materia desordenada y caótica apareció un mundo ordenado y bello. El Dios creador tardó millones de años en realizarlo.

Y aunque el mundo material sea bueno en sí mismo, no es el fin último del hombre. Porque el hombre no está constituido únicamente de materia, sino que posee un alma, y gracias a ella es hombre. Sólo guardando el hombre la recta jerarquía entre espíritu y materia, puede llevar una vida digna.

Dios debe estar por encima de todo. Después de Él, rindiéndole homenaje, los hombres. Y a éstos les rinde pleitesía el mundo material. Esta es la correcta jerarquía de valores. Sólo respetando este orden podremos lanzarnos con toda tranquilidad al más intenso trabajo, pues con ello no haremos sino cumplir el encargo que nos puso Dios. El hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, y con nuestra diligente actividad no hacemos sino corroborar esta verdad.

"Los cielos cantan la gloria de Dios" (Salmo 18,2). Y no solamente los cielos. La cantan también —o tendrían que cantarla — todas las empresas y realizaciones del hombre. La creación divina suministra el fundamento, la materia y las leyes de la naturaleza. Y Dios encarga al hombre que

trabaje sobre esta materia y la domine: *"Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla"* (Génesis 1,28)

La técnica será una bendición y no una maldición para el hombre, mientras no ahogue el espíritu, porque el alma de toda cultura es la cultura del alma. Por consiguiente, *el Reino de Dios no está en pugna con el reino del hombre, con el trabajo ni con el progre*so. No está en pugna... Lo que hace es ennoblecerlos, levantarlos a un nivel más elevado. Los adelantos técnicos sólo benefician y dignifican al hombre cuando colaboran al desarrollo del espíritu, al acrecentamiento de la virtud.

Reconozcámoslo, nunca se podrá construir el reino del hombre sin el Reino de Dios. La ciencia y la técnica por sí solas nunca podrán constituirse en cultura, pues tan solo son una parte de la misma, ya que pueden ser empleadas tanto para el bien como para el mal. Lo que determina una verdadera cultura es el alma humana, el espíritu humano, creado a imagen y semejanza de Dios.

"El hombre es la corona de la creación". De ahí que cuando pedimos en el Padrenuestro por el advenimiento del Reino de Dios, estamos a la vez pidiendo por el progreso del hombre. "Todo a la mayor gloria de Dios." Trabajemos, pues, con todas nuestras fuerzas por el progreso del hombre, pero edificándolo sobre el Reino de Dios.

CAPÍTULO VIII

¡TRABAJA POR EL REINO DE DIOS!

II Carta de San Pedro 2, 9-12

En el gran ferrocarril del Canadá, en la línea del Canadian Pacific, se encontraron cierto día dos pasajeros de aspecto muy diferente. Uno mostraba el rostro curtido por el sol, rasgos duros y enérgicos; su vestido era tosco y en su cinturón colgaba un cuchillo afilado. El otro vestía de sacerdote.

El sacerdote se dirigió a su desconocido compañero de ruta:

—¿Dónde va usted?

—A Klondyke, a buscar oro. Dicen que allí lo hay en abundancia.

—Entonces usted llegará pronto a ser millonario.

—Bien lo quisiera. Pero no crea usted que es cosa tan fácil. Hay que cavar hasta una profundidad de veinte metros. Sólo entonces se llega a la capa que contiene oro. Y no se puede trabajar más que unos tres meses en todo el año. Y la vida está cara. Y son muchos los ladrones y bandoleros que se pasean por allí. En una palabra: una perspectiva bastante dura. Pero no importa; se trata de dinero, ¡de oro!

Un pensamiento pasó por el rostro del sacerdote, que guardó silencio.

El otro preguntó a su vez:

—Y usted, ¿adónde va? ¿Qué negocios lleva?

—¿Yo?... Voy a buscar perlas —contestó el sacerdote sonriendo. Cuando el otro le miró extrañado, prosiguió: Soy misionero y voy a tierra de esquimales para anunciarles el Reino de Dios y salvar su alma. Cada alma viene a ser una perla preciosa de gran valor; cada alma es inmortal... Es lo que voy a buscar...

Dos hombres, uno al lado del otro, y qué diferentes... Uno al servicio de la tierra, del dinero; el otro lo es del cielo, del Reino de Dios. Uno sacrifica sangre y sudores por acumular oro; el otro da su salud y hasta su vida por las almas. ¡Cuán numerosos son los que siguen al primero; cuán pocos los que buscan lo segundo!

Sí, muchos recitan la súplica del Padrenuestro: *"...venga a nosotros tu reino"*. Pero esto sólo no basta. No basta rezar para que venga el Reino de Dios; hemos de trabajar también por su advenimiento. Deber de todos nosotros es tomar parte en este trabajo, porque *nuestra cooperación es necesaria para el Reino de Dios, para el prójimo, y para nosotros mismos.*

I
EL REINO DE DIOS RECLAMA NUESTRA COLABORACION

Que estemos aún muy lejos del Reino de Dios es un hecho que por desgracia no necesita probarse: la vida y los acontecimientos lo demuestran constantemente. Pero, ¿cuál es la causa?

Podría ser que se haya cumplido lo que dijo Jesucristo hablando de sus discípulos: *Si la sal se vuelve insípida no habrá con qué condimentar; no habrá nada con que inmunizar a los demás contra la corrupción* (Mateo 5,13).

Somos muchos millones de católicos; estamos extendidos por muchas naciones. Y a pesar de ello en muchos países constatamos cómo van desapareciendo los rasgos cristianos en la sociedad.

¿Dónde está la causa? ¿En el Cristianismo? No; el fallo está en nosotros, en los cristianos. En nosotros, que no sabemos armonizar dos fuerzas al parecer antagónicas: la vida activa con la vida espiritual, la acción con la contemplación. La dificultad estriba en saber respetar la importancia de ambas fuerzas; en conceder a cada una lo suyo y no ocasionar perjuicio a ninguna de ellas. Más importante es lo sobrenatural, pero no podemos descuidar el orden natural, ya que la gracia no destruye la naturaleza. Más importante es la vida espiritual, pero no podemos descuidar la vida activa, porque triunfando en las pruebas de ésta, merecemos aquélla. El cielo no es un regalo que se concede al que está sin hacer nada con los brazos cruzados, sino —según la expresión de SAN PABLO — es la corona del certamen por el cual hay que luchar con todas las fuerzas (I Corintios 9,24).

Pues bien, hemos de reconocer que somos poco hábiles para armonizar estas dos tendencias opuestas. Asistimos a la iglesia, oímos las homilías, nos confesamos... Pero no nos preocupamos de lo que nos inspira el Espíritu Santo en el templo, en el púlpito, en el confesionario, que no sea sofocado allá fuera en la calle, por los medios de comunicación social, por la propaganda, el cine, el teatro o el espíritu mundano, y de esta forma queda neutraliza la eficacia de la vida sobrenatural.

Luchamos por el otro mundo... y ésta es nuestra primera obligación. Pero olvidamos que es deber nuestro cristianar este mundo, infundirle criterios cristianos, y esta omisión nos acarrea enormes perjuicios. Queremos llegar un día a disfrutar del Reino eterno de Dios... pero no trabajamos para que este reino se extienda todo lo posible tal como lo afirmamos en el Padrenuestro: *Venga a nosotros tu reino.*

Meditamos, oramos, vamos a la iglesia, recibimos los Sacramentos...; muy bien. Pero no somos lo bastante activos, lo bastante intrépidos para hacer triunfar el pensamiento de Cristo..., y de esta forma somos católicos a medias. En una palabra, procuramos cumplir con nuestros deberes religiosos, lo cual es encomiable; pero no nos pre*ocupamos de que brote* de nuestra convicción religiosa una fuerza capaz de moldear la vida del mundo, y, por tanto, nuestra religiosidad es deficiente; no es completa.

Todo esto lo vio muy claro y lo sufrió en su alma el Papa Pío XI. Por esto dio vida a una nueva organización entre los católicos, la *Acción Católica,* la cual fue siempre —según su propia expresión — "la niña de sus ojos".

La Acción Católica es la gran movilización de los fieles a favor del reino de Dios. Es dar vida al pensamiento de SAN PEDRO: *"Vosotros sois el linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz* (I Pedro, 2,9).

De modo que el Cristianismo transforma a todo fiel en sacerdote de Cristo —no en el sentido de sacerdote consagrado, porque sus manos no fueron ungidas en el Sacramento del Orden —, pero si en el sentido de que tiene ungida el alma para extender el Reino de Dios en este mundo. Cada cual en el puesto que le fue señalado en la vida; cada cual de la manera que le permita su posición.

No piense nadie que con tener en orden la propia alma ya ha cumplido. No. Deber es de todos —aunque no, claro está, en la misma medida— trabajar por el reino de Dios, representar a Dios, hablar de Dios, difundir el Reino de Dios entre los hombres.

Echemos una mirada en torno nuestro. ¡Cuántos trabajan por el reino de Satanás! ¡Cuántos espectáculos, cines, anuncios publicitarios, libros, revistas, asociaciones secretas, trabajan, no por la *Acción Católica,* sino por la *Acción Satánica;* no por el reino de Dios, sino por el reino de Satanás!

Quien viva realmente la fe habrá de deplorar con dolor lo que contempla en torno suyo: cómo mucha gente se aparta de Dios.

Pero tampoco bastan los lamentos; este hecho doloroso nos debe impulsar *a los seglares a trabajar por el Reino de Dios.* La cuestión apremia. ¿Cómo cambiar esta situación? No basta que haya iglesias y que se predique en ellas, porque precisamente los que más lo necesitan no asisten a ellas.

Ahí está la Acción Católica. El católico que toma en serio su fe no puede contentarse con asistir a Misa los domingos. Su fe religiosa ha de influir también en su vida; no se puede separar la fe y la vida sin que una y otra se malogren. Por desgracia, esto se ha venido haciendo cuando se ha proclamado la autonomía de la economía, la autonomía de las riquezas, la de las artes, la de la enseñanza... frente a la moral y a la fe religiosa. Hay que contrarrestar esta tendencia, la cual representa un grave peligro.

¿Qué es, pues, la Acción Católica? *Un nuevo impulso para extender el reino de Dios.* Ahora no se trata de emprender una guerra contra los antiguos sarracenos que asolaban las costas de los países cristianos, sino contra el nuevo paganismo que impera en el mundo.

El sacerdote no puede sostener por sí solo esta guerra. Porque esta guerra se debate en la calle y en las empresas, en los bancos y en los diarios, en las fábricas y en los espectáculos. No se logrará ningún resultado práctico y apreciable si no toman parte en ella también los fieles seglares, cada uno en su sitio.

II
TAMBIÉN NUESTRO PRÓJIMO NECESITA NUESTRA COLABORACIÓN

Nuestro prójimo necesita nuestro ejemplo y nuestra ayuda. Nos tiene que conmover profundamente el pensar cuántas personas están expuestas al peligro de la condenación eterna; y que acaso *nuestro buen ejemplo, nuestro apostolado es lo que puede salvar a muchos.*

En cierto lugar se derrumbó el edificio de una gran fábrica, sepultando a muchos obreros. Muy pronto se agolpó en el lugar del suceso una gran muchedumbre de curiosos, los cuales miraban y comentaban los trabajos de salvamento. Un joven robusto se estacionó también allí, en medio de la turba para mirar...; de repente alguien le puso la mano sobre el hombro y le dijo sólo estas palabras: “Oye, ¡que también tu hermano está allí!”

Como si un rayo le hubiese herido, rompió el cordón de gente que le cerraba el paso, cogió un pico y se puso a colaborar en el trabajo de salvamento.

Sí; "también tu hermano está allí." ¿Voy a quedarme insensible cuando muchos hombres son sepultados por el pecado? "¡Mi hermano también está allí!" ¡A trabajar, pues, por salvar a todos cuantos pueda!

Y no te parezcan excesivos los sacrificios que hayas de hacer para lograrlo. Son mucho mayores los sacrificios que suelen hacer los hombres por intereses meramente terrenos. Y ¿yo? ¿Hago algún sacrificio para extender el Reino de Dios? Nunca podré decir que amo al prójimo como a mí mismo si no procuro hacerle todo el bien que me sea posible. La estufa no guarda el calor para sí, sino que lo irradia a todos cuantos se acercan a ella. No basta para ser buenos el tener la conciencia tranquila. No; no arde el amor de Cristo en quien no lo irradia a los demás. No es viva la fe de quien no gusta ni quiere hablar de sus convicciones religiosas. Unido a la fe está el testimonio, tal como nos lo pidió JESUCRISTO: "A todo el que me confesare delante de los hombres también el Hijo del hombre le confesará ante de los ángeles de Dios" (Lucas 12,8).

Pero ¿qué puedo hacer yo? —me preguntas acaso en tono de disculpa—. ¿Yo, joven inexperto? ¿Yo, mujer pobre? ¿Yo, obrero sencillo? ¿Qué puedo hacer yo? ¿Acaso significo yo algo en el mundo?...

No te es lícito hablar de esta manera. No puedes sospechar siquiera lo que un hombre sencillo puede influir en la vida de los demás hombres. ¿Quién fue Santa Mónica? Una madre sencilla. Y ¿qué es lo que debemos a sus oraciones? Uno de los astros más deslumbrantes del Reino de Dios: San Agustín. ¿Quién fue San Francisco Javier? Un misionero insigne. En la India y en el Japón ganaba por decenas millares las almas para el reino de Dios. ¿Quién sabe si su éxito se debía a las oraciones que por él rezaba su hermana?

No es el número lo que decide, sino el alma. Todo depende del amor que se ponga. Todo depende del vigor espiritual de aquellos que están en el mundo irradiando la fuerza de la fe. Irradiamos con nuestra vida e influimos más de lo que pensamos.

También a los cristianos puede aplicarse el principio fundamental de la filosofía escolástica: "el obrar sigue al ser". No podemos obrar sino conforme a lo que somos; solamente los que viven una vida religiosa pujante, robusta, pueden ser apóstoles eficaces.

III
NOSOTROS MISMOS NECESITAMOS LA COLABORACIÓN

¿Puede haber ocupación más meritoria a los ojos de Dios que la de trabajar por su Reino? Si toda nuestra vida está dedicada a ganar dinero, hemos de pensar que el valor del dinero se acaba con la tumba; pero todo lo que trabajemos por nuestra propia alma y por la de los demás nos será recompensado en el cielo. Los que han estado en Roma, y han visitado en la Basílica de San Pedro el sepulcro del primer Papa, seguramente habrán admirado las cuatro grandes estatuas que lo rodean: la de San Andrés, la de Longino, la de Santa Elena y la de la Verónica. ¡Qué profundo simbolismo encierra para nosotros esas cuatro estatuas! Hombres y mujeres, seglares y presbíteros. El reino de Dios requiere de esta cooperación; la necesitan nuestros prójimos, y la necesitamos también nosotros mismos.

Permíteme, pues, que te proponga la gran cuestión: *¿Qué estás haciendo por el Reino* de Dios? ¿Sueles ayudar a la gente necesitada según tus posibilidades? ¿Contribuyes con tu aportación a las misiones y a la construcción de iglesias? ¿Estás suscrito a alguna revista o diario cristiano? ¿Has llevado a alguien al confesionario o a Ejercicios espirituales? ¿Has tratado de que alguien se convierta a Dios? ¡Cuidado! Que un día tendrás que rendir cuenta de todo; de los pecados de comisión y de los pecados de omisión.

¿Y si tuvieras que hacerlo hoy mismo? ¿Si se te llamase en el curso de este mismo día...?

Una señora joven y rica asistió a una fiesta con su esposo donde se divirtió mucho; volvieron a casa hacia la madrugada..., la ventana del auto estaba un poco abierta... Se resfrió..., cogió una neumonía... y una semana después de la fiesta estaba ya en la tumba. Grabaron en su losa sepulcral: *murió a la edad de treinta años...*

No era mala; era como tantas otras: vivía, gozaba, se divertía, no se preocupaba de nada, ni de su alma ni de la de los demás.

Y ved que ahora comparece ante el Juez eterno y se abre el "Libro de la Vida" en que están anotadas todas nuestras obras: las buenas y las malas.

Empieza la rendición de cuentas.

Se le pregunta: ¿*Cómo has aprovechado el tiempo?*

"Vivió treinta años." De los treinta años pasó diez durmiendo; quedan veinte. De éstos pasó cinco divirtiéndose frívolamente; quedan quince. De éstos pasó cinco leyendo novelas y revistas; quedan diez años. De éstos dedicó cinco a viajes y deportes; quedan cinco. De éstos pasó uno ante el espejo; quedan cuatro. ¡Por fin! Quedan, por lo menos, cuatro años.

En estos cuatro está incluido el tiempo dedicado a la oración, a los ejercicios de piedad, a la asistencia a la santa misa, a dirigir su hogar, a educar a sus hijos, a cumplir con sus deberes. Total cuatro años... de los treinta. Ciertamente muy poco.

Peso acaso tendrá mejor resultado la segunda pregunta:

¿Cómo has usado tu lengua?

¡Ah!, sí; has hablado bastante...; pero mira: ahí están anotadas todas tus palabras. La tercera parte la componen frases vacías y frívolas. Otra tercera parte, murmuraciones, críticas y quejas... ¿Cuántas quedan para el rezo, para la confesión, para la educación de tus hijos, para el consuelo de los atribulados, para el apostolado? La pobre alma empieza a sentirse agobiada. Teme que esta página no tenga sino asientos de "debe".

¿Le será favorable la tercera cuestión? ¿Cómo has administrado tu dinero?

Has gastado mucho dinero. Pero ¿en qué? La mayor parte en vestidos, viajes, autos, fiestas, perros, teatros, caprichos... Para obras de caridad muy poco.

Y la pobre alma empieza a ver claramente en qué obcecación vivió acá abajo en la tierra. Y no era de las malas, no hacía más que vivir, gozar y divertirse; pero apenas trabajó por su propia alma ni por el alma de los demás. Y ¡qué espantoso es morir con el pensamiento de no haber apenas amado a nadie!

La vida es como un enorme vagón de tren. En él viajan hombres, que sólo anhelan dinero, goces, placeres..., y hay otros que dedican su vida a extender el Reino de Dios, amando a Dios y a su prójimo, anhelando los bienes eternos. En la estación final todos se han de presentar ante el Señor. ¡Cuán diferente es la suerte que les espera!

Unos han trabajado únicamente por el reino del hombre, otros por el Reino de Dios. Unos construyeron palacios del oro y de goces terrenos; y sus edificios se derrumbaron. Los otros levantaron en su propia alma y en la de los demás el Reino de Dios; y este edificio permanecerá siempre; por toda la eternidad.

No basta con pedir al Señor que "...venga a nosotros tu reino"; hemos de trabajar también para que se vaya consolidando este reino en nuestra propia alma, en nuestra familia, en nuestro círculo de amistades, en nuestra empresa y en nuestro barrio...



No basta con pedir "venga a nosotros tu reino"; hemos de trabajar...

CAPÍTULO IX

¿CÓMO HAS DE TRABAJAR POR EL REINO DE DIOS?

San Mateo 11, 2-6

No basta rezar por el advenimiento del Reino de Dios, hay que trabajar también para que se produzca. La extensión del Reino de Dios requiere de nuestra colaboración; si falta nuestro apostolado, no se extenderá y muchos no se salvarán. Hemos de trabajar dando testimonio mediante una vida ejemplar, y confesando abiertamente la fe.

I
DEMOS TESTIMONIO CON UNA VIDA EJEMPLAR

Cualquiera que nos mirase debería de sentirse más cerca de Dios.

San Juan Bautista, estando en la cárcel, envió discípulos a Cristo, para que le preguntasen si realmente Él era el Mesías prometido, o sí tenían que esperar a otro (Mateo 9,3). El SEÑOR les dio por respuesta: *"Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído"* (Mateo 11,46). No le dijo más.

¿Quién se atrevería a dar semejante respuesta a cuantos se acercarán a nosotros preguntándonos si nuestra religión es la verdadera, si realmente en ella está la verdad? ¿Estamos en condiciones de decirles lo que el Señor dijo a los discípulos de Juan?

Inmensa es nuestra responsabilidad. Comulgamos, nos confesamos, hacemos oración; ellos no... Pero ¿somos en la vida mejores que ellos?

Tenemos a la Virgen María; ellos no... Pero ¿somos más puros que ellos en nuestras costumbres?

Veneramos el crucifijo; ellos no... Pero ¿sabemos soportar los sufrimientos con ánimo más esforzado que ellos?

En pocas palabras: ¿Somos buen anuncio del Reino de Cristo? ¿Nuestra vida es luz que ilumina a cuantos andan en la oscuridad?

No lo olvidemos; los que buscan a Cristo se fijan mucho más en nosotros de lo que creemos.

¿Quiénes son el mayor obstáculo al advenimiento del Reino de Dios?

¿Los paganos? ¿Los incrédulos? No. Sino los malos cristianos. Los que tienen el nombre de cristianos, pero no viven en cristiano. Los que tienen la apariencia de cristianos, pero por su alma y por su vida están muy lejos del Cristianismo.



¿Quiénes son el mayor obstáculo al advenimiento del Reino de Dios? Los malos cristianos.

Un sabio indio (SADHU SUNDAR SINGH) puso en uno de sus libros un símil que debiéramos meditar seriamente. Escribió: “Un día estaba yo sentado cerca del Himalaya, a la orilla de un río. Saqué del agua una piedra redonda y la rompí. Su interior estaba completamente seco. Esta piedra hacía tiempo que estaba en el agua, pero el agua no había penetrado en ella. Lo mismo ocurre con los hombres en Europa. Hace siglos que fluye en torno suyo el Cristianismo, y éste no ha penetrado y no vive dentro de ellos. La falta no está en el Cristianismo, sino en los corazones cristianos.”

El que lleva una vida llena de pecados en vano ostenta el nombre de cristiano. Ese tal no santifica el nombre de Dios, sino que le ofende y le denigra. En cambio, el que se esfuerza por ser mejor, aunque a veces sienta su debilidad, glorifica al Señor.

¡Cómo comprendió este pensamiento un sencillo fraile que consagró toda su vida a la conversión de los pecadores! Por este fin rezaba, ayunaba y hacía penitencia. Y al oír una blasfemia o al ver cometer un pecado cualquiera, se arrodillaba delante del culpable, y con lágrimas le suplicaba que cambiase de vida

Y cuando lograba evitar un pecado o convertir a un pecador, sentía un gozo indecible, entraba en su celda, se acercaba al crucifijo que colgaba de la pared, y le rezaba de esta manera:
“¿Ves, Señor mío?, una espina menos en tu corona...”

Pues con este espíritu tendríamos que trabajar todos por el advenimiento del Reino de Dios.

"Pero ¿no soy un predicador?" —me dices acaso disculpándote.

Claro que no lo eres. Pero no se trata de que prediques con palabras, sino con tu vida y con tu ejemplo, tal como lo indica la siguiente anécdota.

Un sacerdote joven y celoso fue designado para regentar cierta parroquia en una aldea de Tierra Santa; con fervor se preparó para el primer sermón, llenando su discurso de pensamientos elevados y de citas hermosas. Cuando al fin lo dio, tenía la impresión de que había estado magnífico. Y, en efecto, después de la santa misa se presentó un árabe distinguido y le pidió que le admitiera en la Iglesia. El sacerdote joven estaba fuera de sí de puro contento. No se pudo morder la lengua, y le preguntó:

—Quisiera hacerme el favor de decirme: ¿qué parte del sermón le ha impresionado más para tomar esta decisión?

El árabe se turbó visiblemente.

—Pues..., propiamente..., no he oído mucho del sermón..., he viajado toda la noche y por este motivo no he podido evitar que me durmiese un rato mientras usted hablaba. No es la predicación lo que me trae a la Iglesia, sino mi chofer. Él es cristiano. Al principio yo me reía de él a causa de su religión; pero ahora deseo ser como él.

Mas que predicar con palabras, hay que hacerlo con la propia vida y con el ejemplo. "Mirad cómo se quieren" —decían admirados los paganos al ver la vida de los primeros cristianos. Los hombres que me rodean, ¿reciben de mí tan alto y alentador ejemplo?

El gran apóstol francés de la caridad, Ozanam, en sus años universitarios se vio atormentado en París por fuertes dudas de fe; pero sus dudas desaparecieron de repente al descubrir un día en una pequeña iglesia nada menos que a Ampère, el científico de fama mundial, que rezaba con devoción el rosario.

De ti, que te confiesas y comulgas con frecuencia, ¿podría decir tu padre o tu marido, alejado de Cristo: *¡Qué feliz, amable y entregada se ha vuelto mi hija..., mi esposa..., desde que frecuenta la confesión y la comunión! Yo también quiero vivir así, debo convertirme y acercarme a Cristo...*

¿Puede decir tu compañero de trabajo o amigo: *Mira con que entereza soporta la desgracia que le ha venido. Nunca hubiese creído que la fe pudiera comunicar tanta fuerza... Mira cómo sonríe estando enfermo, en*

medio de tanto sufrimiento. ¡Nunca lo hubiese creído! Es admirable. Debo de volver a Dios...?

No necesitamos plantarnos en pleno mercado y ponernos a predicar; hemos de trabajar por el advenimiento del Reino de Dios, no tanto con la palabra, cuanto con la vida y el ejemplo.

Hagamos seriamente este pequeño examen de conciencia: *El que se fije en mí, ¿notará en su alma deseos de acercarse a Dios?*

¿Nos atrevemos a dar testimonio como lo daba SAN FRANCISCO DE ASIS? Un día se dirigió de esta manera a uno de sus frailes: “Vamos a predicar.” Se fueron por las calles; no se pararon en parte alguna, y Francisco no pronunció ni una sola palabra en todo el camino. Al volver a casa, el Hermano preguntó con timidez:

—Padre, ¿lo habéis olvidado?

—¿Qué? Hermano.

—Dijisteis que íbamos a predicar.

—Ya hemos predicado —fue la misteriosa respuesta.

En efecto, habían predicado. Dondequiera que ponía sus pies el humilde Francisco, absorto de amor de Dios, predicaba aun sin proferir palabra. Los hombres le miraban y se encendía en ellos el deseo de ser como él, de ser tan sencillos, de estar tan contentos como lo estaba él. “Donde está un cristiano, allí predica”, dijo TERTULIANO. Predica con su ejemplo, predica con su comportamiento, predica con su vida.



Donde está un cristiano allí predica.
Predica con su ejemplo
y con su vida

Considéralo bien, amigo lector: Quieras o no quieras, siempre estás predicando. Predicas a favor del Reino de Dios o en contra de él. Si tu vida es coherente con tu fe, animas a los demás a llevar una vida honrada; si tu vida es bastante frívola, los incitas al pecado y a la frivolidad. El que con-

templa tu vida mala, recibe en su alma la semilla del mal; el que advierte tu bondad, se siente atraído a hacer el bien.

Cierto día un labrador se encontró con San Francisco de Asís y le dijo: "¿Eres tú el célebre fraile que todos tienen por santo? Pues ve con cuidado y no te envanezcas, porque hay muchos que confían en ti."

¡Ah, si todos sintiésemos esa responsabilidad! ¡Cuidado; da buen ejemplo, porque hay *muchos que confían en ti*!

¿Qué has hecho en tu vida? ¿En que la has empleado principalmente? —te preguntará el Señor cuando le rindas tus cuentas.

—Mira, Señor, al oír mis palabras muchas personas se volvieron a Ti, muchos que vivían tibiamente su fe recobraron su fervor. Consolé y ayudé a muchos, y recuperaron la esperanza. Señor, al ver mi ejemplo algunas almas quisieron cambiar de vida.

Da buen ejemplo, porque hay muchos que confían en ti y necesitan de tu testimonio de vida.

II
TRABAJEMOS CONFESANDO RESUELTAMENTE LA FE

Necesitan también tu confesión de fe. El SEÑOR te lo pide: "A todo aquel que me reconozca delante de los hombres, Yo también le reconoceré delante de mi Padre que está en los cielos. Mas a quien me niegue delante de los hombres, Yo también le negaré delante de mi Padre celestial" (Mateo 10, 32-33).

Sobre todo cuando hay bastantes personas que se atreven a hablar de cualquier asunto y tratan con el mayor aplomo los temas más frívolos y escabrosos..., y sólo una cosa les acobarda: hablar en favor de la causa de Dios. Sucumben por esta falsa vergüenza y se callan precisamente cuando más se ataca a Cristo y a su doctrina.

En el año 1919, durante el periodo de terror en que los comunistas ostentaban el poder en Hungría, Oscar Fáber, un comisario del pueblo, fue en visita de inspección a una escuela de muchachas, y les hizo diferentes preguntas de historia. Una muchacha de dieciséis años, católica, dio toda una disertación llena de patriotismo y fervor religioso. El comisario se puso pálido de furor y gritó a la muchacha:

—Camarada, ¿tú no sabes que yo puedo hacerte colgar por estas palabras que has dicho?

—Lo sé, mas no temo —contestó la muchacha—. Y si me hace colgar, en el otro mundo yo rezaré por usted...

Ante ejemplos semejantes, casi nos parece ver la figura de SAN PABLO cuando escribe: "No me avergüenzo del Evangelio" (Romanos 1,16).

¡No me avergüenzo del Evangelio!

No me avergüenzo de la doctrina, de los mandatos, de los dogmas del Evangelio; los acepto, los traduzco en mi vida, los propago y los defiendo. No me avergüenzo de leer el libro de los Evangelios, y de colocarlo en el puesto de honor de mi biblioteca.

Dime, lector, ¿de verdad no te avergüenzas?

Porque cuando alguno, —un conocido, un amigo— te sorprende leyendo una novela frívola y te pregunta qué libro que lees, se la enseñas sin sonrojarte. ¿Pero si tienes en la mano los Evangelios, contestas con entusiasmo y decisión: "Estoy leyendo el Evangelio de nuestro Señor; cada día leo un capítulo y me ayuda muchísimo?

Y cuando unos amigos un tanto frívolos te invitan a ver una película de contenido erótico, y tú no vas —porque gracias a Dios, aún tienes pudor—, ¿te atreves a confesar clara y decididamente por qué te niegas a ello? ¿O más bien respondes tímidamente, como disculpándote, que tienes otro compromiso y que además te duele la cabeza?

Examinemos con sinceridad nuestra vida: ¿cuántas veces nos hemos avergonzado del Evangelio?

Muy bien sé que muchas veces esto sucede sin previa deliberación; nos turbamos con facilidad, no encontramos al momento la contestación justa, influye demasiado en nosotros el ambiente, la ideología de los medios de comunicación... Todo ello puede atenuar nuestra responsabilidad, pero no la quita por completo. No puede suprimirla, porque se impone en estos casos una confesión resuelta y abnegada en favor de Cristo.

Acaso muchas personas tímidas y apocadas están esperando nuestra confesión decidida. Porque hay muchas almas que no son malas, que únicamente son débiles de carácter; por sí mismas, no aspiran a mucho, pero si encuentran a alguien que les sirve de estímulo y ejemplo sacan fuerzas para superarse, como las enredaderas que sólo cuando encuentran un árbol esbelto donde trepar, con gusto se lanzan hacia la altura.

Algo de esto ocurrió en el siguiente caso, sucedido en una gran avenida de Budapest, con ocasión de la celebración de un Congreso Eucarístico en esta ciudad.

Un sacerdote iba a primeras horas de la tarde por la avenida. De repente salió corriendo de un café un joven empleado que le suplicó: “Padre, entre usted para confesarme. Esta noche será la adoración nocturna de los hombres; no me dan permiso para salir. Entre usted.” El sacerdote entró en el café. El muchacho preparó un sitio rápidamente en un rincón, y se arrodilló delante del sacerdote. Al terminar había ya otros dos jóvenes empleados que esperaban. También ellos querían confesarse. Y el café empezó a llenarse, y muchos clientes hicieron lo mismo. El sacerdote tuvo que confesar hasta medianoche.



Ahora te pregunto: ¿es tu vida de fe a manera de un roble esbelto por cuyo tronco puedan trepar los débiles y apocados?,

¿Eres capaz de hacer algún sacrificio por tus convicciones religiosas? Cuando a veces resulta tan incómodo levantarte para asistir a la misa dominical, porque por la noche estuviste en una fiesta, y te sería tan agradable dormir un poco más...; cuando la lava encendida de los deseos sensuales corre por tus venas y todo te invita al pecado...; cuando con tanta facilidad podrías lograr alguna ventaja material, porque nadie puede notar que has escamoteado una cierta cantidad de dinero..., ¿sabes en estos trances mantener con exigencia, con espíritu de sacrificio, tu vida de fe, permaneciendo fiel al Reino de Dios?

Y sigo interrogándote: ¿Has tenido que sufrir por confesar en alguna ocasión a Cristo?

Acaso tu fe no te pedirá jamás un sacrificio como el del coronel Moscardo; pero contéstate en silencio a ti mismo: ¿serias capaz de hacerlo?

En la espantosa guerra por la libertad que los nacionales españoles tuvieron que sostener contra los comunistas, un pequeño grupo de nacionales se vio sitiado en el Alcázar de Toledo, cercado de todas partes por el enemigo, los rojos. En los primeros días del sitio funcionaba aún el teléfono. Se llama al comandante desde la ciudad y se le comunica que su hijo, de dieciocho años, está preso, y que si no entrega el Alcázar morirá el muchacho. Pasa después al teléfono el joven prisionero: "Papá, soy yo. ¿Qué ordenas, qué he de hacer?" El coronel Moscardó contesta con dolor pero con firmeza: "Te mando que en nombre de Dios que grites: "¡Viva España! ¡Viva Cristo Rey!" Y después que mueras como un héroe. Tu padre no capitulará jamás." Por teléfono pudo oírse el tiro con que mataron al joven...

"No divulgamos grandes cosas, sino que las hacemos", escribió TERTULIANO, refiriéndose a los mártires del primitivo Cristianismo... También podría afirmarse cosa parecida del heroico defensor del Alcázar.

No divulgamos grandes cosas, sino que obramos.

¡Qué diferencia hay entre un alma cristiana de tal temple y las mejores de los antiguos paganos! Por las cartas de Cicerón se adivina claramente, por ejemplo, que aun las almas más nobles de su época, por más que condenaran en su interior los juegos de los gladiadores, asistían a los mismos, y no pronunciaban una sola palabra de protesta.

En cambio, al aparecer el Cristianismo, un día un cristiano saltó de repente en medio de la palestra y separó a los gladiadores —¡a los hermanos!— que luchaban uno contra otro. El pueblo le apedreó, pero el Emperador recapacitó y salió del circo...; poco después se prohibieron los juegos de gladiadores. ¡Tanto logró la hazaña decidida de un alma unida con Dios!

Y esta confesión esforzada, abnegada de la fe es tan necesaria en nuestros días como lo era en los tiempos del primitivo Cristianismo. Muchos nos miran a nosotros —cristianos coherentes con nuestros principios— como si fuéramos rarezas legadas a la época moderna por la antigüedad. Acaso no nos denigran —porque lo impide la buena educación—, pero se pasman de nosotros, o se sonríen, o nos tienen lástima, como si estuviéramos petrificados, como si fuéramos fósiles.

Pues bien, en épocas como la actual no le es lícito a ningún cristiano excusarse por temor acallando su convicción religiosa.

—Yo no quiero alardear de mi religiosidad ante los demás. No quiero ser indiscreto.

Pues sí, señor; hoy día tenemos la obligación de ser indiscretos. Debemos hablar claro. Porque con nuestro retraimiento, con nuestra debilidad y cobardía, la descristianización del mundo va en aumento. "Si la sal se vuelve insípida; ¿qué es lo que preservara de la corrupción?" (Mateo 5,13). "Y si escondemos la luz bajo el celemín, ¿con qué nos alumbraremos?" (Mateo 5,15).

Hay épocas y circunstancias en que se requiere manifestar abierta y valerosamente nuestra fe. JOSÉ HAYDN fue no solamente un gran compositor, sino también un católico sincero y entregado. Un día le suplicó uno de sus discípulos más aventajados que escuchase su nueva composición, una misa. Todo iba bien hasta llegar al Credo. El joven compositor daba al Credo un tono "piano", que algunas veces no era más que un murmullo apenas perceptible. Haydn se contuvo durante un rato, pero al fin se puso a gritar: "¡Hombre, hombre! ¡Tocar así el Credo! ¿Es que no quieres confesar tu fe en voz alta?"

Realmente, para confesar la fe en nuestros días, lo que se necesita no es "piano", sino "forte"; aún más, "fortissimo". "Solo podemos llamarnos cristianos si confesamos con denuedo nuestra fe." Así reza un antiguo y célebre verso alemán.

Hoy dos ejércitos se encuentran frente a frente: los que creen en Dios y los que le niegan. En el campo de los sin Dios se difunde esta misiva: "Esta lucha será la última", y en ello tienen razón. En uno de los campamentos ondea el estandarte de Cristo, en el otro el de Lucifer. Nosotros, que tenemos en nuestras manos la solución al problema de la vida, no podemos quedarnos tranquilos en este gran drama.

"Venga a nosotros tu reino." ¡Cuánto trabajo nos queda aún por hacer hasta que llegue a todas las almas el Reino de Dios! ¡A cuántos ciegos hemos de abrir los ojos, a cuántos caídos hemos de levantar del charco, a cuántos infelices hemos de sacar de su postración!

"¡Venga a nosotros tu reino!" ¡Cuántos son los puentes que hemos de construir entre los hombres, entre las clases sociales, entre los pueblos, entre el rico y el pobre, entre el fuerte y el débil, entre el hombre culto y el analfabeto!

Colaboremos con ánimo esforzado y tenaz en esta magna empresa. Trabajemos para que llegue un día sublime en que cada hombre santifique de palabra y con su vida a nuestro Padre celestial. Porque ese día se verá cumplida la súplica: Venga a nosotros tu reino.

CAPÍTULO X

¿CÓMO HAS DE TRABAJAR POR EL ALMA DE LOS DEMÁS?

Respecto a la propagación del Reino de Dios, debemos hacer rendir nuestros talentos, tal como nos señala la parábola de los talentos (San Mateo 25,14-30). Debemos aprovechar eficazmente los dones que recibimos de Dios y hacerlos rendir con esta finalidad.

La medida de estos dones no depende del individuo, sino de Dios. Uno recibe cinco talentos, otro dos, el tercero uno. Y cuando el Señor regresa de su lejano viaje y pide cuenta a sus siervos de los valores que les confió, el que recibió cinco talentos le devuelve otros cinco como resultado de su trabajo; el que recibió dos talentos le da otros dos..., y ambos son alabados por su Señor. Mas el que recibió solo un talento, no le hizo rendir ni produjo beneficios, sino que lo enterró cautelosamente, y lo devolvió sin haber negociado.

Fijémonos bien: este último no malgastó el tesoro que le fue confiado, sino que sencillamente lo escondió sin producir interés, y hubo de oír, no obstante, la sentencia condenatoria del Señor.

Porque Dios —simbolizado en la persona del amo de la parábola—no nos dio nuestras capacidades para que las enterrásemos, sino para que las aprovechásemos y las pusiéramos al servicio de sus planes eternos.

Dirijamos una mirada al campamento de enfrente, el de los enemigos del Reino de Dios: allí no se descansa. ¡Con qué plan sistemático trabajan los enemigos de Cristo! ¡Qué actividad la suya, qué disciplina, qué prontitud para el sacrificio y el trabajo!

Fijémonos en su prensa, cine, teatro; observemos sus lugares de diversión llenos de seducción y degradación; estudiemos sus escritos, arteramente dirigidos contra la fe cristiana..., y después cotejemos con el gran número de los católicos dormidos, con la gran muchedumbre de los cristianos sumergidos en un tranquilo sopor.

Cristo sigue sudando sangre también hoy, como la sudó en la noche de Getsemaní; sus enemigos están tramando negros planes, tan incansablemente como lo hizo Judas el traidor en aquella noche...; mas sus discípulos duermen también, cómo durmieron en aquella ocasión los tres após-

toles. Y, sin embargo, bastaría que abriesen un poco los oídos para oír la queja y la reprensión que les dirige Cristo, rodeado de terribles enemigos: ¿Vosotros dormís? ¿No veis como no duerme Judas?



Sí, lo vemos, Señor. Lo vemos, y además oímos el incesante clamoreo bélico de tus enemigos, y también nosotros nos ponemos en pie de guerra. Nos ponemos en pie y nos alistamos entre tus defensores. Entre aquellos que no solamente rezan para que *venga a nosotros tu reino*, sino que saben aprovechar y aprovechan los talentos que les fueron confiados, y con su ejemplo, con sus obras, con sus oraciones, colaboran en el advenimiento y extensión del Reino de Dios mediante el *apostolado del ejemplo, de la palabra y el de la oración.*

I
APOSTOLADO DEL EJEMPLO

En cierta ocasión, el apóstol FELIPE dirigió esta súplica a Jesucristo: "Señor, *muéstranos al Padre"* (Juan 14,3). ¿Sabes lo que le contestó el SEÑOR?: *"Felipe, quien me ha visto a Mí ha visto al Padre".*

Pues bien, así tendríamos que irradiar a Dios también nosotros, a través de toda nuestra vida. Jesucristo dio a sus palabras un sentido metafísico; es cierto; pero nosotros podemos repetirlas en un sentido moral: Quien me ve a Mí ve al Padre. Quien me ve a Mí aprende por la manera como cumplo mi deber, por mi paciencia, por mi misericordia, generosidad, conducta, alma pura, en una palabra, por mi ejemplo, a amar más al Padre.

¡Qué fuerza irradia el buen ejemplo! ¡Con qué fuerza de imán atraemos a los demás si con nuestro ejemplo enseñamos que ser cristiano significa llevar una vida mucho más digna, elevada y feliz! ¡Y qué gran testi-

monio ejerce el profesor, médico, ingeniero, director de fábrica, comerciante, propietario, obrero, hombre de negocios que vive en coherencia con su fe! ¡Qué ejemplo dan los cristianos que son competentes en su trabajo y que son fieles a las exigencias de su bautismo!

Cuando uno de estos hombres va con fervor a comulgar, cuando asiste recogido a la santa misa, cuando es indulgente con las debilidades de los demás y severo con las propias, cuando sus palabras iluminan y dan esperanza, cuando por su conversación los demás se sienten acogidos y alentados, cuando es feliz y ejemplar su vida familiar..., irradia a su alrededor un influjo benéfico de consecuencias incalculables.

—¿Pero existen todavía hombres así? —me preguntas.

—Claro que los hay.

—¿Muchos?

—No lo sé. Pero crecerá su número si tú también te comprometes a ser como ellos. Y habrá mil más, si tu ejemplo edifica a mil almas.

¡Nuestro buen ejemplo! ¡Cuántas almas podríamos reconducir a Dios! Sin saberlo ni pretenderlo siquiera. Sólo en el Juicio Final nos daremos cuenta con alegría de lo que ha servido nuestro buen ejemplo.



¡Cuántas almas podríamos reconducir a Dios con nuestro buen ejemplo!

Cristóbal, príncipe de Baviera, gustaba de rezar mucho en la capilla de Blutenburgo. Un día, al salir de la capilla se encontró con un honrado labrador, y le preguntó si quería alguna cosa.

—No podríais ya otorgarme don más excelso que el que me habéis hecho —le contestó el viejo.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que te he dado?—preguntó el príncipe.

—Mi hijo anduvo durante años extraviado por malos caminos; en vano le supliqué, le amonesté; de nada sirvió todo. Pero un día notó que

vos entrabais en la capilla, os siguió cautelosamente, y desde que os vio rezar es un hombre nuevo:

¡Quien me ve a mí, ve también al Padre! Quien vea mi ejemplo, se debe acercar al Padre.

En el libro de la Sabiduría viene descrito en una comparación la fuerza vigorosa que resulta del buen ejemplo. "Brillarán los justos como el sol, y como centellas que discurren por un cañaveral" (Sabiduría 3).

¡Como centellas que discurren por un cañaveral! Realmente, quien conoce la historia de la Iglesia, reconoce cuántas veces y de qué manera se ha probado la verdad del sagrado texto: el buen ejemplo es como una chispa que enciende el cañaveral; una caña encendida propaga el fuego a otra caña, y el incendio se extiende hacia todos los lados.

Ahí está, por ejemplo, la conversión de San Agustín. ¿A quién fue debida? A la bondad y santidad de vida de San Ambrosio. Pero la chispa corre; la santidad de San Agustín conquistó a San Gregorio Magno. Y la chispa se propaga más y más: San Gregorio infunde entusiasmos a San Basilio el Grande.

Ahí está la vida de San Ignacio de Loyola. Soldado heroico, es herido en el sitio de Pamplona, y tiene que guardar coma.
Convaleciente de sus heridas, se puso a leer la vida de los santos. Salta la chispa: Ignacio se consagra a Dios.

En París se encuentra con un joven, y éste será más tarde el apóstol San Francisco Javier.

¿Y a quién debemos a Santa Clara? Al ejemplo de San Francisco de Asís. ¿Y Santa Margarita de Alacoque? Al ejemplo del P. Colombiére...

Podríamos continuar citando.

Y éstos son los casos conocidos. ¡Cuántos puede haber que no conocemos, de que sólo tendremos noticia el día del Juicio final, cuando levanten su voz con gran alegría en defensa nuestra, aquellos que, merced a nuestro buen ejemplo, llegaron al Reino de Dios¡

¡Ah, si nunca olvidases que tu buen ejemplo influye donde y cuando ni siquiera lo sospechas!

También a ti te puede suceder lo que a la niña que tuvo que ser operada en un hospital. La operación era grave; hubo que anestesiar a la pequeña. El médico cirujano, al empezar la operación, trató de tranquilizar a la niña:

—Ahora vamos a curarte, pequeña. Pero antes de curarte te vamos a dormir.

—¿Ah, sí? —contestó la niña—, pues si voy a dormir, antes quiero rezar la oración de la noche.

Y allí, en la mesa de operaciones; entre médicos y asistentes, en voz alta, rezó su oración. Los médicos y enfermeras quedaron vivamente impresionados, y uno de ellos confesó más tarde:
“Entonces, después de treinta años, también yo volví a rezar.”

Quien me ve a mí, ve también al Padre. Y brillarán los justos como el sol y como centellas que discurren por un cañaveral.

II
APOSTOLADO DE L A PALABRA

El apostolado del ejemplo no es más que el primer paso... ¡ojalá lo diesen muchos! Pero hay otro paso, no menos importante: el apostolado de la palabra.

Una colaboración valiosa que en este terreno pueden ofrecer al Reino de Dios los fieles de Cristo es su firme postura en favor de la concepción cristiana del mundo.

Ni siquiera podemos sospechar cuántas ocasiones se ofrecen para ello diariamente incluso a l*os más sencillos y humildes*. El que deja caer acá y allí una palabra en defensa de un principio moral que se ataca; el que levanta la voz en la vida pública contra el libertinaje que denigra al que lo practica; el que sale en defensa de la Iglesia cuando se la critica... está ejerciendo el apostolado de la palabra. Todos los seglares pueden practicarlo, aun el que se crea menos apto, pero cuanto más destacado sea el puesto que se ocupe y con mayor sencillez se haga, tanto más atrayente y valiente resultará este apostolado y tanto más fruto se seguirá.

Algunas veces una respuesta sencilla, pero decidida y audaz, puede obrar milagros en el alma de los incrédulos.

Collin, inglés famoso por sus escritos y su ateísmo, se encontró en cierta ocasión con un obrero que se dirigía a la iglesia.

—¿Cómo es tu Dios, grande o pequeño? —le preguntó con ironía.

—Es tan grande que tu cabeza no es capaz de concebirlo, y tan pequeño, que puede habitar en mi corazón.

Y COLLINS confesó que todos los argumentos apologéticos no ejercieron sobre él tan profunda influencia como las palabras sencillas, pero valientes, de aquel obrero.



Una respuesta sencilla, pero decidida y audaz, puede obrar milagros en el alma de los incrédulos.

Naturalmente, el apostolado de la palabra no se limita a defender nuestra fe contra los ataques que se le dirigen. Otro modo —y no menos, valioso— de apostolado de la palabra es el de animar y dar esperanza a los que sufren alguna desgracia o lo pasan mal. ¡Y cuánto se necesita esto en nuestros días! Mira en torno tuyo: ¿Qué podrías hacer en este punto?

Entre tus conocidos, entre tus compañeros de trabajo o vecinos, ¿no hay alguien necesitado de alguna palabra consoladora y reconfortante? ¿No hay nadie que se alejó de Dios al sentirse herido por una gran desgracia, por una injusticia, por una caída, y hace tiempo que no frecuenta la iglesia, que no se ha confesado y comulgado desde hace años..., y quizá tu palabra prudente podría conducirle de nuevo a la fe que tuvo de niño? ¿No conoces a algún "hijo pródigo" de estos a quien tú podrías conducir a la casa paterna?

¿No conoces ninguna madre que esté sufriendo por la suerte de algún hijo suyo?

¿No conoces ningún joven que empieza a deslizarse por la pendiente de unas relaciones frívolas, y que podría retomar el camino del verdadero amor con alguna palabra tuya que le advierta de los peligros que corre?

III
APOSTOLADO DE LA OBRA

"No nos cansemos de hacer el bien" (Gálatas 6,9), dice SAN PABLO. En otro pasaje viene a decir lo mismo: "Os exhortamos... que consoléis a los pusilánimes, que confortéis a los débiles... Tratad de haceros

siempre el bien a unos a otros, y a todo el mundo” (I Tesalonicenses 5,14-15).

Sí; el apostolado que se traduce en obras es un apostolado propio para nuestra época. Las circunstancias de hoy son en cierta manera muy parecidas a las de la Edad Media. Antiguamente la mayoría del pueblo no sabía leer; no podía, por esto, gozar de los bienes inmensos que encierra la Sagrada Escritura. De ahí que la Iglesia hiciese pintar en las paredes y en las vidrieras de los templos los dogmas principales de nuestra fe, para que los analfabetos los pudiesen ver representados.



Hoy nos hallamos en circunstancias parecidas. Los hombres nuevamente no leen la Sagrada Escritura, es decir, no creen en ella. La única Biblia a la que dan crédito es la Biblia traducida en vida, el Cristianismo personificado, la fe traducida en obras. Esta Biblia sí la entienden, y no la pueden resistir.

¡Qué magnífica alabanza leemos de SANTA CATALINA DE SIENA en el Breviario! “Nadie se acercó a ella que no se volviese mejor.” Este ha de ser nuestro anhelo; en esto sí que tenemos que esforzarnos... Esto sí que es apostolado eficaz.

¿Qué trabajo desarrollas, amigo? ¿Sea el que sea, lo cumples para dar gloria a Dios y para provecho de tu prójimo?

Donde te halles, trabaja siempre con toda tu alma.

Se invitó a una señora a que se apuntase en una asociación.

—Lo siento, pero no tengo tiempo. Figuro ya en otra asociación, cuyo presidente es mi marido, y cuyos trabajos, en su mayoría, recaen sobre mí. Estas ocupaciones exigen todo mi tiempo y energías.

—¿Ah, sí? Y ¿a qué se dedica esa asociación?

—Es muy amplia su esfera de actividad. Se dedica a fomentar la vida cristiana y la educación, difunde la cultura, atiende al sostenimiento de

personas sin recursos propios, divulga un estilo de vida saludable, y atiende a otros objetivos afines.

—Yo no he oído hablar de tal Asociación.

—Es posible —contestó la señora—, porque es... sencillamente mi familia.

Sí. Cumplir cuidadosamente la propia misión allí donde te colocó la Providencia; hacer todo lo que exigen de ti tu oficio, tu esfera de trabajo, tu misión en la vida, pero también todo cuanto te inspira la fe; ser madre amorosa, padre cuidadoso; colaborar, en cuanto te sea posible, por el bien común, por los pobres, por las grandes causas de la Iglesia...

¡Qué gran consuelo, qué tranquilidad será para nosotros en el lecho de la muerte, el saber que nos rodean las obras buenas que hicimos por los pobres de Cristo, por los inválidos, por los huérfanos, por los desamparados, por la causa santa de la Iglesia!

Lo importante es lo que se cotiza para la eternidad, las cosas en que uno no se buscó a sí mismo egoístamente, por sus propios intereses, por su comodidad, sino por el bien de los demás. Mira, ¡Son muchos los que van errados!... Condúcelos al Padre. ¡Son muchos los hambrientos!... Dales de comer. ¡Son muchos los desconsolados!... Derrama alegría en sus corazones... Reza por ellos.

IV
APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

La oración es el poder más fuerte de la tierra, pues hace cosas imposibles. Por tanto, en nuestra vida de apostolado, la oración es mucho más importante incluso que nuestro ejemplo, que nuestras palabras y que nuestras obras.

Orar mucho y con perseverancia por el advenimiento y la extensión del Reino de Dios... es de la mayor importancia, y es una cosa que todos pueden hacer. Es posible que haya quienes no puedan ejercer el apostolado del ejemplo, porque son ignorados y pasan desapercibidos. Es posible que haya quienes no sean capaces del apostolado de la palabra... porque tienen dificultad para expresarse bien. Es posible que haya quienes apenas realicen el apostolado de las obras, por estar enfermos, por no tener tiempo, fuerzas ni medios. Pero no puede haber quien no pueda rezar y pedir a Dios desde el fondo de su corazón que “venga a nosotros tu Reino”.

¡Cuántas intenciones hay por las cuales podemos rezar a diario, y de esta manera promover el advenimiento del Reino de Dios! Rezar por la conversión de los pecadores, por el fruto de las misiones, por las vocaciones sacerdotales, por los enfermos, por los pecadores endurecidos. Y principalmente rezar para que el Señor no permita que el espíritu del mal cante victoria en algunos sectores de la sociedad. Esto pueden hacerlo todos.

Para ello no se necesita más que una sola cosa: *la convicción de que la oración desempeña un papel decisivo en el mundo.*

Basta imaginarnos lo que sucede ahora, en este mismo momento, por el mundo entero. ¡Cuántas almas cercadas por el pecado y la tentación!... Y yo puedo ayudarles con mi oración.

¡Cuántos yacen enfermos o se preparan para comparecer ante al juez Eterno!... Y yo puedo ayudarles con mi oración.

¡Cuántos hermanos cristianos sufren por causa de Cristo en el mundo entero!... Y puedo ayudarlos con mi oración.

¡Cuántos ataques se están tramando en estos momentos contra el Reino de Dios! Y nosotros podemos intervenir y turbar sus planes infernales.

Todos pueden ejercer este apostolado por el Reino de Dios.



La oración es el poder más fuerte de la tierra, pues hace cosas imposibles.

CAPÍTULO XI

LA PROPAGACIÓN DEL REINO DE DIOS: LAS MISIONES

La historia muchas veces milenaria de la humanidad vio surgir grandes imperios y los vio también caer. Hubo reinos en que el sol no se ponía nunca..., y pasaron. Pasó el imperio de Alejandro Magno; pasó el poder de los césares romanos; pasó la gloria de Napoleón... Todos esos imperios y poderes se apoyaron en la espada y en la violencia, todos hubieron de perecer también por la espada y la violencia. Los reinos fundados por el hombre prosperan durante años, se desarrollan, pero después empiezan a envejecer, se debilitan, y, finalmente, se desploman.

Pero hay una excepción a esta regla general, una sola: *el Reino* de Dios. Hay una institución, una organización, que lleva dos mil años de existencia, y, lejos de envejecerse, de debilitarse, siente rebrotar en sus miembros energías *vigorosas,* y sigue ganando mayores territorios y nuevos pueblos. ¿Para sí misma? No; sino para su Fundador divino.

Su Fundador no fue un general; no disponía de cañones ni de ejércitos; no tuvo más que doce pescadores; y, no obstante, les dio un mandato inaudito: *"Id y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del* Padre, *del Hijo y del Espíritu Santo... Y estad ciertos que Yo mismo estaré siempre con vosotros hasta la consumación de los siglos"* (Mateo 28,19-20).

¡Perspectivas que dan vértigo! ¡Mandato increíble! Y lo que es más increíble aún: estas palabras se cumplieron; aquellos doce pescadores llegaron a ser columnas de su Iglesia, la cual, desde aquel primer mandato, no encuentra sosiego y se ve *obligada* a *llevar* el Reino de Dios a todas las almas.

Sí; todos estamos llamados a ser misioneros, lo cual ya viene implícito en la petición del Padrenuestro: "Venga a nosotros tu reino..."

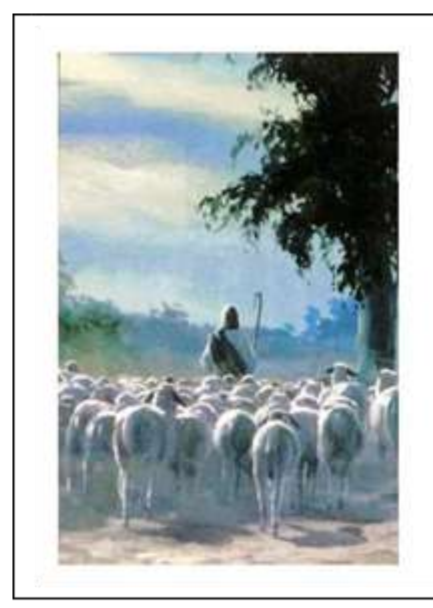
Trabajamos por ello cuando llevamos en nuestro corazón este anhelo misionero por la conversión de todos los hombres, haciendo todo cuanto este de nuestra parte por este fin.

I

¿POR QUÉ HEMOS DE SER MISIONEROS?

Porque éste es el fin del Cristianismo, por esto bajó el Salvador a la tierra. *Es lo que pregona toda la vida de Jesucristo.* Las mismas palabras con que el anciano SIMEÓN saludó en el templo de Jerusalén al Niño Jesús, vienen a ser el primer cántico misional: "Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo morir en paz; porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel" (Lucas 2, 29-32).

Con qué emoción dijo más tarde JESÚS: *"Tengo también otras ovejas que no son de este redil, las cuales debo recoger, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor"* (Juan 10,16).



Tengo también otras ovejas que no son de este redil... y habrá un solo rebaño y un solo pastor.

La misma emoción con la que exclamó en la cruz: *"Tengo sed"* (Juan 19,28). Debía de atormentarle una sed abrasadora, una fiebre atroz causada por las llagas y la sangre abundantemente derramada. Pero, sin duda, le atormentaba aún más la sed de las almas.

"Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado." (Mateo 28,18-19). *"Id por todo el mundo: predicad el Evangelio a todas las criaturas"* (16,15).

¿Es posible decir de una manera más clara que debemos de ser misioneros? "Id..." Por tanto, no esperéis que los hombres vengan a vosotros;

id vosotros a ellos y llevadles los tesoros de mi doctrina y de mis Sacramentos. Salid por los caminos e invitad a todos al convite celestial.

Nuestra Iglesia tendría que renunciar a su título de "católica", "universal", si se contentase con mantener los fieles que tiene en la actualidad y no se sintiese espoleada por evangelizar y tratar de que todos formen parte del "rebaño" del único "pastor".

"Dar luz, salvar vidas"; es la inscripción que se lee en un faro a la orilla del mar. *"Dar la luz de Cristo, salvar almas";* es la frase que lleva grabada en su corazón la Iglesia, el mandato, la herencia que recibió de Él. Las demás religiones se ciñen a una raza, a un territorio, a un tipo de hombre; el Cristianismo es para todas las razas, países y culturas. El Cristianismo está por encima de todas las naciones y de todas las épocas; y precisamente por ello ha de abrazar a todos los hombres, a todos los hijos del Dios creador y conducirlos al Corazón amante de Jesucristo, Rey eterno.

¿No dijo el Señor, refiriéndose a su Iglesia, que del diminuto grano de mostaza tendría que brotar un árbol tan gigantesco que diese cobijo con su follaje a las aves del cielo y a cuya sombra encontrasen refrigerio todos los pueblos de la tierra? (Mateo, 13, 31).

¿Y no dijo también que su Iglesia había de ser como la levadura, que debía fermentar y transformar toda la humanidad? (Mateo 13,33).

De ahí que la Iglesia sienta continuamente lo que sintió SAN PABLO: *"Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de vanagloria, sino un deber. Y ¡ay de mí sino predicara el Evangelio!* (I Corintios, 9, 16), porque Dios *"quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad"* (I Timoteo 2,4).

Además, sentirse misionero, responsable de la suerte y de la salvación de los demás es de sentido común. Van dos hombres en una noche oscura por regiones desconocidas; yo llevo una linterna potente; mi compañero no tiene nada con que alumbrar sus pasos. De repente llegamos a un río caudaloso; hay un puente estrecho, poco seguro, tendido sobre el mismo. Yo, gracias a la potente luz de mi lámpara, logro pasar el puente, y desde la orilla opuesta grito a mi compañero: "Ya has visto cómo hay que pasar el río", y guardando tranquilamente la linterna en mi bolsillo prosigo la ruta. ¿Qué te parece tal proceder? ¿No pensarías que denotaría un profundo egoísmo? Claro que sí. ¿Y no viene a ser lo mismo dejar sumidos en las tinieblas a los que no creen en Dios cuando nosotros estamos en posesión de la luz de Cristo?

Cada cual ha de ser misionero conforme a sus fuerzas. Por lo menos siéndolo con la oración. El Señor lo enseñó de un modo claro en el "Padrenuestro" que hemos de rezar para que venga y se extienda en la tierra su santo Reino. La conversión es obra de la divina gracia, y el medio para conseguir la gracia es la oración. Dios nos ha creado sin nosotros, mas no quiere salvarnos sin nosotros. Por esto dice el SEÑOR: *"La mies es abundante, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envié obreros a su mies"* (Mateo 9, 37-38).

Recemos con frecuencia la hermosa oración que escribió Pío XI:

"Amado Señor Jesucristo, que con tu Sangre preciosa has rescatado el mundo, mira con misericordia a la pobre humanidad, que en gran parte sigue todavía gimiendo en las tinieblas del error y en las sombras de la muerte, y haz que la luz de la verdad la inunde con todo su esplendor.

"Aumenta, Señor, el número de los mensajeros del Evangelio, enardece con tu gracia nuestro celo, fecundiza y bendice su trabajo para que con su colaboración todos los incrédulos lleguen a conocerte y se conviertan a Ti, Creador y Redentor suyo.

"Llama a tu aprisco a los descarriados, devuelve al seno de la única Iglesia verdadera a los que se alejaron. Acelera, amado Redentor, el advenimiento de tu reino en la tierra, que será un advenimiento lleno de dicha; estrecha a todos los hombres contra tu Corazón ardiente de amor, para que todos puedan participar en la dicha eterna de los beneficios incomparables de tu redención, allá en el cielo. Amén."

CAPÍTULO XII

EL PAPEL DESEMPEÑADO POR LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL EN EL REINO DE DIOS

Carta a los Romanos, 16, 17-20

En enero de 1935 unos periodistas franceses pidieron audiencia al Papa. El Padre Santo, entre otras cosas, les dijo: "Apreciamos mucho vuestra amable y filial visita. Habéis venido a saludar a un sacerdote viejo; un sacerdote viejo que los fieles consideran padre común de todos. Vosotros, periodistas, representáis el poder más grande del mundo. Muchas veces suele decirse que el poder más grande es la opinión pública. Es un error. Son los medios de comunicación social los que fabrican esa opinión pública. Y la causa siempre es más potente que el efecto.

"Vosotros sois los 'grandes señores de las palabras'. Y yo no encuentro nada mejor sino aplicar la frase célebre de nuestro gran MANZONI: "La palabra es la señora del mundo. Nunca debéis hacer traición a la verdad... Nunca habéis de pronunciar una sola palabra que pueda inducir al error o al mal..."

El discurso del Papa prosiguió en el mismo tono... Nosotros, al meditarlo, nos vemos como forzados a preguntarnos: ¿Tienen realmente los *mass media* un poder tan enorme? Sí, realmente lo tienen.

I
El TREMENDO PODER DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL

El poder asombroso que ejercen los medios de comunicación social —poder que vivifica o mata, cura o envenena, edifica o destruye, concierta la paz o declara la guerra—, lo vemos recalcado con la siguiente parábola (publicada por *La Croix du Dimanche*).

El diablo convocó para un gran consejo a sus colaboradores. El tema de consulta era: ¿Cómo se podría aniquilar definitivamente el Reino de Dios en la tierra?

Un diablo de temperamento sanguíneo propuso lo siguiente:

—No hay cosa nada más sencilla: cerrar los templos y matar a los cristianos.

—Ah, demasiado sencilla —dijo con sorna el jefe—. Hace tiempo que intentamos ambas cosas. ¿Cerrar los templos? Allí donde los cerramos, los cristianos se fueron bajo tierra, a las catacumbas, y siguieron adorando a Dios. ¿Matarlos? También lo intentamos por medio de Nerón y otros perseguidores de la Iglesia, y ¿cuál fue el resultado? Los cristianos fueron en aumentó; en el puesto de un mártir se presentaban diez. De suerte que los cristianos llegaron a fraguar un dicho: "la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos". Por tanto, esos medios no sirven; pido consejos más prudentes.

Se puso a hablar un segundo diablo:

—Yo tengo un plan más razonable. Sembremos cizaña en el trigo, adulteremos el Evangelio, propaguemos herejías peligrosas...

—¡Basta! —interrumpió nuevamente el jefe. ¿Tampoco tú has aprendido la lección del pasado? También lo intentamos hace tiempo. Pero con ello consolidamos más todavía a la Iglesia.

"Sin Ario, que niega la divinidad de Cristo, no hubiesen aparecido los escritos de Atanasio ni se hubiese celebrado el Concilio de Nicea, que redactó el Credo.

"Sin la gran herejía del siglo XVI no hubiesen surgido San Francisco de Sales, ni San Pedro Canisio, ni Santa Teresa de Jesús, ni hubiese brotado aquella ardiente renovación espiritual de la Iglesia.

"Sin Jansenio, que heló los corazones y los alejó del Santísimo Sacramento, no existiría la devoción del Sagrado Corazón, ni tampoco la comunión frecuente. Estos medios tampoco sirven. Necesitamos otro mejor.

El tercer diablo se creyó más acertado. Propuso su plan de esta manera:

—Me acuerdo de que en el Paraíso tuvimos gran éxito con el árbol del bien y del mal; tendríamos que intentarlo de nuevo: habríamos de oponer la ciencia a la fe, amotinar el reino de la ciencia contra el reino de Dios. El momento nos favorece; nunca se entusiasmó el hombre tan ciegamente por la ciencia como ahora. Por tanto, si podemos meterle en la cabeza que un hombre instruido no puede ser creyente, porque la ciencia y la religión son incompatibles, tenemos ganada la causa...

—Si podemos metérselo en la cabeza —le interrumpió el jefe —. Si podemos..., mas ¡no podemos! Compréndelo de una vez: ¡no podemos! Hace ya años que lo intentamos. ¿Y con qué resultado? Son precisamente los científicos más insignes los que no nos secundan.

"Viene un Ampère..., y reza el rosario. Viene un Pasteur..., y dice que precisamente por haber aprendido mucho tiene una fe de campesino bretón, y si hubiese aprendido más, tendría la fe de una campesina bretona. Viene un Marconi, vienen los científicos más renombrados, y se postran ante Dios. Por este camino no logramos nada. Venga otra proposición...

Un cuarto diablo dijo tener una idea salvadora. Propuso la libertad.

—A mí me parece que a base de divulgar la idea de libertad podríamos enloquecer a los hombres. ¡Sois libres! Es lo que hemos de pregonarles. Sois libres para creer, sois libres para pensar, sois libres para hablar, sois libres para obrar lo que queráis.

—No sirve —contestó nuevamente el diablo jefe—. Tú tampoco conoces la Historia. ¿Ya ves lo que ha ocurrido con el siglo donde tentamos con la idea de ser "librepensador"? Fue un siglo donde muchos se hicieron precisamente religiosos para vivir la virtud de la humildad y la obediencia. Y los Papas no dejaron de predicar el Evangelio con gran autoridad y audacia. ¿Y qué resultado obtuvimos? Se definió dogmáticamente la infalibilidad del Papa. Pido otra propuesta mejor.

El quinto diablo se ufanaba ya de tener la clave del éxito. Propuso lo siguiente:

—Según mi parecer, lo mejor es inducir a pecado a toda la humanidad; a todos los hombres. Corromper a los jóvenes, a los viejos, a los adultos. Instalar lugares de diversión, cines, salas de fiesta, bares, cien y mil veces más de los que hay en la actualidad, y vengan juergas y orgías.

—Eres muy ingenuo —cortó su discurso la voz del presidente —. ¡Como si no lo hubiésemos probado ya! ¿Y cuál fue el resultado? María apareció en la gruta de Lourdes, y desde allí pronunció a voz en grito tres palabras..., sólo tres palabras que fueron oídas por el mundo entero: ¡Penitencia, penitencia, penitencia! Nunca acudieron tantos al confesionario y a la Eucaristía.

"En una palabra, veo que sois unos necios, no sabéis nada. Voy a decir yo lo que hemos de hacer. Indicaré un medio seguro para aniquilar el Reino de Dios. ¿Sabéis cuál? Fundar un periódico: ¡Sí! Editaremos un dia-

rio[1]. Será un éxito rotundo. Los hombres desterraron a los reyes porque, según decían, ellos "ya eran libres". ¡Qué van a serlo! En una cosa todos están atados, todos se hacen sumisos y obedientes: a lo que señalan los medios de comunicación social.

"Según el diario que lea un hombre, se transforma imperceptiblemente su modo de pensar, su juicio, toda su vida, su concepción del mundo. Y no importa que el individuo en cuestión sea instruido o analfabeto, sabio o ignorante; la diferencia, a lo más, es cuestión de tiempo. Pero más pronto o más tarde tendrá que ser nuestra víctima. Por muy precavido, y por muy prudente que sea el lector.

"El que va a un molino por mucho cuidado que se tome, acaba por llenarse de harina. El que limpia las chimeneas, aunque vaya con mucho tiento, llega a cubrirse de hollín. EI que lea nuestros diarios tendrá su alma, un día u otro, llena de harina y de hollín, y pronto o tarde, pero indefectiblemente, esta alma será nuestra. Por tanto éste es el punto en que hemos de entablar la lucha.

"Naturalmente, no hay que ostentar el nombre de nuestra compañía —no sonaría bien a los hombres——, pero nos plantaremos en las redacciones de los diarios más renombrados, los aparentemente más inocentes y difundidos..., y cuantos más periódicos estén a nuestro servicio, tanto más decaerá el Reino de Dios en la tierra.

"No mataremos a los sacerdotes; los desprestigiaremos con nuestras difamaciones. No cerraremos las iglesias; pero daremos tal orientación a nuestros lectores que no querrán frecuentarlas." Hasta aquí la parábola. Tal vez sea un tanto exagerada; mas aceptamos su moraleja por lo que se refiere a ponderar el gran daño que puede causar y causa la mala Prensa al Reino de Dios; con lo que escribe y con lo que calla.

Con lo que escribe. Un día y otro día se publica en los periódicos como noticia un ataque descarado contra una institución o contra una persona de la Iglesia. Muchas veces no hay una palabra de verdad en la noticia; otras veces el hecho se reproduce completamente desfigurado. Mas ¿qué sabe de todo ello el público? ¿Y si es exacta la noticia...? Por desgracia, hay escándalos donde interviene el hombre, aunque se trate de las cosas más santas. Entre los doce apóstoles del Señor hubo también un Judas. Pero los otros once permanecieron fieles. Fieles hasta la muerte. Pues ¿por qué no se escribe de los buenos?

[1] Una cadena de televisión, añadiríamos hoy.

Otras veces se publican ensayos con disfraz de ser actuales y científicos, atacando los principios de nuestra fe y moral. Por ejemplo: ¡cuántas falacias imposibles y cuántas observaciones cínicas se publican respecto del matrimonio y de la familia! ¡Cómo tendría que "reformarse" el matrimonio! Naturalmente, en el sentido de facilitar en la mayor medida posible el divorcio y el libertinaje. Y quien se nutra día tras día, durante años, de semejantes manjares, despacio, sin notarlo ni quererlo él mismo, empezará a llenarse de harina y de hollín, empezará a transformarse y a pensar frívolamente sobre esta cuestión.

No nos limitemos ahora al ataque abierto. Este suele escasear porque, a pesar de todo, hay bastantes personas dignas en el público que no consentirían ciertos desmanes. Pero no es solamente con ataques ruidosos como se puede dañar al Reino de Dios; se le puede dañar por medio de un sistemático silencio, callándose muchas cosas.

En la Iglesia universal late una vida extraordinaria; los Papas llaman la atención de la humanidad sobre los problemas más candentes de cada época; muchas personas de renombrado talento retornan a la Iglesia católica..., y muchos no se enteran de ello, sencillamente porque su diario se come esas noticias, o a lo más las publica pasando casi desapercibidas, en cinco líneas escasas y en caracteres diminutos.

¿Nos sorprenderá entonces que algunos cristianos, que no se enteran nunca de nuestros tesoros espirituales, sientan una especie de timidez y de encogimiento, en vez de sentir la alegría de sentirse católicos? Siguen siéndolo, mas se avergüenzan un poco de ello, porque les parece que el Credo cristiano no sirve más que para personas de poca monta y un tanto anticuadas.

Ved qué agudeza tenía el presidente del conciliábulo infernal. Lo que no es capaz de conseguir la persecución abierta, ni la herejía, lo consigue ciertamente el trabajo silencioso y demoledor del periodista. De ahí la tremenda responsabilidad de los comunicadores sociales. Todos cuantos trabajan en estos medios han de sentir esta responsabilidad.

No es exageración el afirmar que el trabajo del periodista católico, que toma en serio y a conciencia su misión, se asemeja mucho a la labor del sacerdote. Mediante la actividad de ambos se puede difundir lo noble, lo bueno, lo bello.

El sacerdote es educador de pueblos, y no lo es menos el periodista. El sacerdote predica la verdad, la justicia, el amor al prójimo, la conciencia, el cumplimiento del deber; y lo mismo pregona—o, por lo menos, de-

bería pregonar—el periodista. El sacerdote trabaja por el advenimiento del Reino de Dios; el mismo objetivo tendría que fijarse el periodista, El sacerdote es pregonero del Reino de Dios principalmente con la palabra; no otra cosa tendría que hacer el periodista.

¡Ojalá que todos ellos sintiesen su responsabilidad! ¡Ojalá vibrasen con los tres objetivos fijados por SAN AGUSTÍN: "“Nuestra ley es la verdad, nuestra reina la caridad, nuestro fin la eternidad!”

II
¿QUÉ PUEDEN ESPERAR DE NOSOTROS LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL?

Muchos de mis lectores acaso me objeten: toda esto es verdad, grande es la responsabilidad de los periodistas. Mas ¿qué nos importa a nosotros? Nosotros no somos periodistas.

Es verdad. Pero como lectores o público de esos medios también tenemos nuestra responsabilidad.

Y para darnos cuenta de nuestra responsabilidad contaré la siguiente fábula. Cierto día fueron al bosque unos leñadores, y empezaron a cortar árboles sin miramiento alguno. Los árboles comenzaron a quejarse y a gemir. Grandes y pequeños, todos lloraban impotentes y desesperados: “¡Pobres de nosotros! ¡Cae sobre nosotros el hacha amenazadora! ¡Nos cortan! ¡Nos morimos!” Pero en medio del lloriqueo el roble más anciano comenzó a decir sabiamente: “¿Por qué os quejáis ahora de que el hacha caiga sobre nosotros y de que nos corte? ¿Podría cortarnos, tendría fuerza alguna, si no le hubiésemos suministrado nosotros mismos el mango...?”



¿Por qué os quejáis de que el hacha os corte? ¿Podría cortaros, si no le hubieseis suministrado el mango?

Sí; se me viene a la mente la respuesta de este roble sabio cuando veo la ingenuidad y la desorientación de los cristianos con respecto a cómo utilizan los medios de comunicación social.

Cuando la divina Providencia permite que la Iglesia sufra duros ataques, comete traición contra su fe el cristiano que sostiene y apoya, de la manera que sea, a los que la atacan. Pregúntate: El periódico que lees día tras día con tanta avidez, ¿es favorable al cristianismo o lo ataca sutilmente? ¿Trabaja por el advenimiento del Reino de Dios?

Vas a la iglesia y oyes el sermón todos los domingos. Mas el sacerdote predica una vez a la semana. En cambio, los medios de comunicación social predican los siete días de la semana. Al sacerdote le escucha solamente quien va a la iglesia. Los periódicos, la radio, [la televisión]... los leen, los escuchan... y se los tragan todos: en casa y en el café, en el trabajo y en el autobús, en la calle, por la mañana, a mediodía y por la noche... No nos dejan en paz en ninguna parte.

De ahí la importancia de los periodistas católicos. Han de ser antorcha en medio de la noche cerrada de la mentira. Y de ahí la responsabilidad del público católico. ¿Cuál es su deber? El deber es doble: no sostener con lectura o audiencia los medios de comunicación tendenciosos, y apoyar a los buenos.

Por desgracia, muchos se exponen osadamente al peligro de infección y no se dan cuenta del riesgo que corren.

¡Cuánta razón tuvo el gran escritor católico francés, PAUL BOURGET, al decir: "No hay nadie que, después de hacer un sincero examen de conciencia, no haya de confesar que hoy sería otro hombre si no hubiera leído malos diarios y libros"!

¡Y cuánta razón tuvo el obispo KETTELER al decir!: "Con una tonelada de papel impreso se puede producir una explosión mayor que con una tonelada de dinamita."

¿Consecuencia? No leer mala prensa y apoyar los buenos medios de comunicación. ¿Podrá llamarse católico quien ayuda con su dinero al diario que ofende y ataca sus convicciones religiosas? ¿Podrá llamarse católico de verdad quien no se avergüenza de leer revistas ilustradas con fotos y artículos que son bofetadas manifiestas a la moral cristiana?

Acaso alguno de mis lectores piense que el tema de este capítulo no encaja bien en un libro que viene a ser una explicación de unas palabras del Padrenuestro. Sin embargo, la cuestión de los medios de comunicación social es de vital importancia para la vida religiosa, para la extensión del Reino de Dios. Ellos son un medio del apostolado, pues pueden promover

grandemente el cumplimiento de la petición del Padrenuestro: "*Venga a nosotros tu reino";* como pueden ser también su mayor obstáculo.

CAPÍTULO XIII

SI NO ES EL REINO DIE DIOS EL QUE VIENE A NOSOTROS...

Jeremías II, 13, 17-19

Esta vida carecería de objetivo y no valdría la pena si todo se limitase a este mundo. La vida no tendría sentido si no existiese el Reino de Dios. Carece de objetivo si el hombre se cierra a Dios, "fuente de agua viva", y en su lugar se fabrica *"aljibes rotos; que no pueden retener las aguas"* (Jeremías, 2, 13). Nos lo enseña la Historia, "maestra de la vida"; no puede subsistir un pueblo así mucho tiempo.

Todas las veces que se desea vivir sin Dios, se verifican en nosotros sus palabras: "Dos *maldades ha cometido mi pueblo; me han abandonado a Mí, que soy fuente de agua viva, y se han fabricado aljibes rotos que no pueden retener las aguas... Reconoce y advierte cuán mala y amarga cosa es haber abandonado al Señor*, tu *Dios" (Jeremías 2, 13,19).*

Por desgracia, hay épocas en que la humanidad pretende progresar prescindiendo de Dios. *¡Y se sorprende después por no lograrlo!* Se sorprende como le sucedió a la novia del siguiente cuento:

Érase una solterona que tenía la manía tonta de creer cada noche que al día siguiente iba a celebrar sus bodas. Al despertarse por las mañanas se vestía siempre de blanco, se ponía una corona de pétalos de rosa y se decía sonriendo: hoy vendrá a buscarme.

Espera que te espera durante todo el día. Nadie se presentaba. Por la noche se quitaba su vestido de bodas con profundo dolor, y muy entristecida lo encerraba en el armario.

A la madrugada del día siguiente se despertaba nuevamente en ella la esperanza. Otra vez se ponía el vestido blanco y repetía: seguramente que viene hoy. Y nadie llegaba... Y la pobre se pasaba toda la vida con esta esperanza de la mañana, con esta expectación de todo el día y con este desengaño de la noche; todas las noches se quitaba su vestido blanco, para ponérselo otra vez a la mañana siguiente...

Esta solterona maniática simboliza a la humanidad cuando corre tras sus engañosos ensueños, tras los fuegos fatuos, siempre esperando que al día siguiente se haga realidad su felicidad. Busca y espera la felicidad donde no lo está, y no ve, no quiere ver, a Aquel que ya ha venido: no quiere ver a Cristo, el único que puede darle la felicidad.

Hace dos mil años SAN JUAN BAUTISTA habló así a su pueblo, respecto de Jesucristo: "*En medio de vosotros está uno a quien no conocéis"* (Juan 1,26). Es decir, en medio de vosotros está Cristo y está el Reino de Dios, que Él ha venido a traeros; y no lo reconocéis. No os sorprenda, pues, que no haya felicidad en vuestras vidas.

La incredulidad materialista ha cortado con descaro ese hilo que unía al hombre con Dios; se glorió de "haber librado de Dios al hombre"; *mas en el mismo momento le hizo al hombre esclavo de su egoísmo, de la materia y de sus instintos.*



El hombre se glorió de haberse librado de Dios, y eses mismo instante se hizo esclavo de su egoísmo, de sus instintos y de la materia.

Acontece lo anunciado en el capítulo 5º del libro de Daniel.

El rey Baltasar dio un gran banquete al que invitó a mil personas de su reino. Cuando los ánimos estaban ya caldeados, hizo traer los vasos de oro y plata, que se habían robado del templo de Jerusalén, y en estos vasos bebieron el rey y sus convidados. Bebían alegremente, alabando a sus dioses, fabricados de oro y plata, de bronce, madera, piedra... cuando repentinamente se puso pálido el rey, y sus piernas comenzaron a temblar de puro temor, porque enfrente suyo apareció algo así como la mano de un hombre que iba escribiendo en la pared.

El rey dejó escapar un grito y enseguida convocó a los sabios de la corte, para que interpretasen las palabras escritas; mas ningún sabio supo dar una respuesta satisfactoria.

Entonces el rey hizo que trajesen a Daniel, que estaba en prisión, y le prometió un vestido de púrpura y un collar de oro y ser la tercera dignidad del reino si le sabía interpretar lo que estaba escrito en la pared.

"Quédate con tus dones —contestó Daniel—, *mas la escritura, yo te la descifraré"* (Daniel 5, 17). Te rebelaste contra Dios, profanaste los vasos de su templo, has adorado ídolos fabricados por las manos del hombre y no adoraste al verdadero Dios.

"He ahí las palabras que escribe Dios: "Mane", *es* decir, ha contado Dios los días de tu reinado y le ha fijado término; *"Tecel",* has sido pesado en la balanza, y encontrado falto de peso; *"Fares",* partido ha sido tu reino, y se ha entregado a los medos y persas.

Esto habló Daniel. Y la Sagrada Escritura, con gran sencillez, añade todavía: "*Aquella noche misma fue muerto Baltasar, rey de los Caldeos. Y le sucedió en el reino Darío el Medo* (Daniel 5, 30,31).

La historia de Baltasar se sigue repitiendo y se repetirá hasta el fin del mundo. Siempre habrá naciones y pueblos que retan a Dios, que se rebelan contra el Reino de Dios, y no quieren aprender las lecciones de la Historia, a saber: que sólo una cultura puede resistir al tiempo si descansa sobre la fe en el Dios eterno, que está por encima del tiempo.

Viene a ser lo mismo que escribió AMPÉRE, el científico de fama mundial: "Pasa el aspecto de este mundo, y el que se nutre de sus vanidades, también pasará con él. En cambio, la verdad de Dios es eterna, y el que se nutre de esa verdad, tal como ella, permanecerá eternamente."

Cuando en el mar alborotado un buque corre peligro de naufragar y empieza a sumergirse, los hombres se precipitan sobre las lanchas de salvamento. Pero no pueden llevar consigo bagaje alguno; sólo pueden llevar lo más valioso: la propia vida. Lo demás hay que abandonarlo con el buque.

Si en el mar de la Historia se sumerge nuestro mundo, ¿qué es lo primero que debemos salvar? ¿Qué es lo único que merece la pena? Dios. Porque fuente sin agua, cuerpo sin alma, rebaño sin pastor, flor sin perfume, primavera sin rayo de sol, noche sin estrella... es el hombre sin Dios.

CAPÍTULO XIV

CUANDO NOS ALEJAMOS DEL REINO DE DIOS

San Juan 15,47

Hace unos años el mundo estuvo durante unos días en gran riesgo de que se declarase otra guerra mundial. Menos mal, que al final la guerra no estalló.

Fue entonces cuando un pensador escribió:

Gracias al esfuerzo inaudito de algunos estadistas el mundo puede disfrutar de la paz y de la esperanza. Bajo la amenaza de los grandes desastres, muchos se han acercado a Dios; pero en cuanto pasa el momento de peligro, otra vez se olvidan de Él. ¿Qué es lo que deberíamos aprender para que el mundo se libre de la destrucción final?

La fuerza del pueblo depende de la vitalidad de los principios. Los choques que se registran entre los partidos, las clases, naciones e ideologías, y que desgarran el mundo, proceden de una raíz más profunda, y ésta es la decadencia moral de los individuos. Esto es lo que divide interiormente a los pueblos, y como resultado tenemos la lucha armamentista. Si queremos evitar la guerra, hemos que ganar antes la paz en nuestro corazón, pues sólo allí se pueden encontrar los fundamentos sobre los que edificar un mundo nuevo...

«Es urgente, por tanto, que nos armemos moral y espiritualmente. Es un deber de todos. Si los medios y las fuerzas que invertimos para la defensa del país, los empleásemos en conseguir ese fin, la paz del mundo estaría asegurada.

«Empieza uno a armarse espiritualmente cuando empieza a transformar radicalmente su corazón, cuando empieza a tratar con justicia y amor a los demás, cuando reconoce sus propias faltas y hace el propósito firme de vivir como Dios quiere.»

No habrá paz y felicidad mientras no venga el Reino de Dios a nosotros.

I

SIN DIOS NO HAY PAZ NI FELICIDAD

Sin Dios no se puede vivir en paz. No se puede, porque el que pierde a Dios, se pierde a sí mismo.

Para ver hasta qué punto es esto verdad, basta citar la nueva locura de algunos millonarios, la "islamanía", como la llaman algunos. ¿Qué rareza es ésta? En algunos periódicos estos ricachones ponen anuncios en los que solicitan información sobre pequeñas islas que estén en venta, situadas en los mares más remotos. Cuánto más solitaria y más apartada sea la isla, tanto mejor. Allí se refugian los que después de una vida de placeres no han encontrado en ninguna parte la tranquilidad de su espíritu.

¡Es comprensible! El hombre que huye de Dios, acaba huyendo de sí mismo. No es de extrañar, pues el que pierde a Dios se pierde a sí mismo, al perder su dignidad personal. Por esto los griegos llamaron al hombre ateo sencillamente *animal,* por considerar que ha llegado a perder lo más propio del hombre.

Con razón escribió SAN AGUSTÍN: "Señor, nos hiciste para Ti, y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Ti."

Sin Dios, la vida del hombre se parece al péndulo inquieto de un reloj. Ahora va a un extremo, ahora al otro; jura, vive, muere por una cosa; después viene la reacción, se lanza hacia el otro extremo, y se entusiasma por otra cosa completamente opuesta. Ahora se dirige a la izquierda, ahora al lado derecho...; lo único que no sabe es dar con el punto medio. ¿Por qué? Porque ha sacado el péndulo del único punto firme en que se sustentaba con seguridad y que le mostraba el camino. ¿Cuál es ese punto firme? El centro de todas las cosas, Dios.

Tampoco los pueblos pueden hallar la paz si se alejan de Dios, si no creen en el destino eterno del hombre.

Desterrada la fe, siempre serán una especie de polvorín los bienes, las riquezas y los poderes terrenos. Mientras no se logre menguar la inmensa fuerza de atracción de esta tierra con el contrapeso del otro mundo, mientras no se restaure en nuestro corazón la recta jerarquía de los bienes espirituales y materiales, la paz en este mundo no será más que una preparación para la guerra.

¿Por qué no hay paz y justicia hoy en el mundo? Porque tampoco hay paz y honradez en los individuos que integran el mundo. Lo dice la SA-

GRADA ESCRITURA: “Si el Señor no edifica la casa, en vano se fatigan los trabajadores. Si el Señor no guarda la ciudad, inútilmente se desvelan los que la guardan” (Salmo 126,1).

Uno de los primeros misioneros que fueron a tierra de esquimales, Ducharms Hudson, Vicario Apostólico de Bai, se llevó en cierta ocasión a un esquimal a la ciudad de Churchill, el único punto civilizado de todo el Vicariato. El esquimal admiró en silencio las maravillas que veía, los lujosos escaparates, los vestidos elegantes, los trenes y rascacielos. Más tarde dejó escrito: “Estos blancos son muy listos. Saben edificar casas tan grandes, que a uno le entra vértigo sólo de pensar que ha de subir al último piso. Construyen otras casas que no son tan altas; pero son muy largas y corren sobre raíles. Tienen cucharas con que sacar la tierra. Hacen fuego que no se puede ver y que corre por los cables y que se puede encerrar en unas pequeñas ampollitas que despiden luz. Pero no se los ve rezar en ninguna parte. Nosotros, en Iglulik, no sabemos tanto como los blancos; pero rezamos más y somos más felices.”

Esta última frase nos tendría que hacer meditar. Los hombres corren desbocados, se pisotean unos a otros; intentan acallar con el ruido y las cosas su sed de felicidad, el ansia de su alma que siente por Dios, y con ello logran, no tanto acallar su sed, sino más bien matar su felicidad.

Fue DOSTOIEWSKY quien escribió: “El Occidente ha perdido a Cristo, y por esto ha de perecer.” Sí; ha de perecer. Y, ha de derrumbarse. Como se derrumbó en la avenida de Rákoczy de Budapest la gran casa “de los muchos pisos”.

En julio de 1936 se derrumbó en la Gran Vía Rákoczy un rascacielos. Por fuera parecía que el edificio se hallaba en muy buen estado. En la planta baja había lujosas tiendas con hermosos escaparates... Para construir estos flamantes escaparates se había ido quitando poco a poco algunas pilastras que sostenían la casa, hasta que llegó el día en que se desplomó.

Toda la cultura humana y la misma dignidad del hombre descansan en una sola pilastra: la fe en Dios. Cuando el hombre trata por cualquier medio de eliminar esta pilastra, todo se viene abajo. Los hombres dejan de amarse. ¿Cómo se van a amar, si no aman a Dios?

Jesucristo dijo que no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. El hombre orgulloso dice: “No necesitamos la palabra de Dios; podemos vivir muy bien sin ella..., con tal de que haya pan.” No necesita de Cristo, no quiere alimentar su espíritu, tan sólo

se alimenta de pan; pero el pan a secas, sin espíritu, es duro y seco. Y donde no hay espíritu, allí no hay paz ni felicidad.



Los hombres no se aman.
¿Cómo se van a amar, si no aman a Dios?

II

SIN DIOS TAMPOCO PUEDE HABER UNA AUTÉNTICA Y VERDADERA ÉTICA

¿Qué se necesita además para que los hombres puedan gozar de una vida digna, tranquila y pacífica? Algo muy sencillo, que cumplan lo que prometen, que digan la verdad cuando afirmen algo, que cumplan con su deber, que estén dispuestos a pagar lo que deben. Todo esto se necesita.

Y para que los hombres obren así, ¿qué se requiere? Lo más importante: que aunque nadie les vea, que obren siempre limpiamente y con honradez.

Pero te pregunto: ¿Dónde puede encontrar motivos poderosos el hombre para obrar de esta manera? Únicamente de su fe en Dios.

En una obra del famoso escritor Bernard Shaw —caracterizado entre otras cosas por su cinismo y la burla que hace de los ideales— un padre incrédulo dice a su hijo: “Hijo, ve y corrómpete en la degradación, ni tu padre ni nadie puede indicarte un motivo razonable por el cual debas de comportarte como un caballero.”

Lógicamente, sin fundamento religioso no puede haber ley moral que pueda obligar a hacer el bien en todas las situaciones.

La vida humana puede compararse a un mar alborotado. Estamos siempre zarandeados por muchos intereses y cosas. Sin embargo, el marino experto no se deja llevar por las olas, porque éstas van y vienen, son inestables e inciertas, sino que levanta la vista a las alturas, hacia las estrellas, y gracias a ellas se orienta.

Lo mismo ocurre con la vida humana, ésta se degrada cuando el hombre se olvida del Reino de Dios y solamente edifica el reino del hombre. Es natural, la fe en Dios comunica dicha; la incredulidad infelicidad. La fe en Dios nos hace hermanos, la incredulidad enemigos. De la fe en Dios brotan el derecho y la moral; de la incredulidad proceden la tiranía y la inmoralidad. Se cumplen así las palabras de la SAGRADA ESCRITURA: *"No puede haber paz para los impíos"* (Isaías 48, 22).

Pilatos colocó al pueblo judío ante una disyuntiva: "¿A quién queréis que os suelte, a Cristo o a Barrabás?"

Nosotros también tenemos que escoger entre Cristo y Barrabás, entre Dios y Belial. ¿Qué escoges?

El Reino de Dios es el reino de la verdad, del amor y de la justicia. El Reino de Dios es el reino del perdón, de la virtud y de la paz.

El reino de Belial es el reino del engaño y del robo, el reino de la mentira y del odio.

Escoge, pues. Porque estamos obligados a escoger. Tú y yo y todos.

Yo quiero suponer que todos sabemos escoger y que por eso rezamos con el corazón: *"Venga a nosotros tu Reino."* Sí, Padre nuestro, venga a nosotros tu Reino.

CAPÍTULO XV

¡HÁGASE TU VOLUNTAD!

San Lucas 1, 38

"Hágase tu voluntad". Jesucristo exige de nosotros en el Padrenuestro la entrega total de nuestra voluntad a Dios. Lo que da valor a la vida no son las grandes hazañas, sino el cumplimiento de la voluntad de Dios.

No sospechamos la humilde confesión de fe que encierran estas palabras. Quien dice con todo el alma, dirigiéndose a *Dios, "Hágase tu voluntad",* es como si dijera: "¡Señor mío! Tú eres infinitamente bueno; por tanto, puedo abandonarme sin temor en tus manos. Tú eres infinitamente poderoso; por esto puedo confiar en Ti. Tú eres mi Padre; por esto puedo depositar con toda tranquilidad mi salud, mi futuro, todo mi ser en tus manos."

"Hágase tu voluntad."

Esta es la virtud cristiana más importante: conformar nuestra voluntad con la de Dios. Aunque resulta más fácil decirlo que hacerlo. ¡Cuántas luchas, cuántos sacrificios se requieren para que Dios reine por completo en nosotros! "Quiero lo que Él quiere."
"Hago lo que Él manda." "No hago lo que El prohíbe."

"Hágase tu voluntad." ¡Cuántas enseñanzas hay encerradas en esta breve frase!

I

EL FIN DE LA VIDA: CUMPLIR LA VOLUNTAD DE DIOS

El Universo entero existe para cumplir la santa voluntad de Dios. Ella reina en toda la creación. A ella está sujeto el inmenso Universo, y dentro de éste, la Tierra diminuta, y en ésta todo, absolutamente todo: minerales, plantas, animales, hombres.

El mundo de la materia—animada o inanimada— cumple la voluntad de Dios, aunque lo haga inconscientemente, sin darse cuenta. También el

hombre, dotado de alma, de razón, ha de cumplirla, pero de una manera consciente y voluntaria.

En ello consiste precisamente la superior categoría que nos ha concedido Dios frente a la naturaleza; nosotros seguimos y cumplimos la voluntad de Dios, no obligados por las leyes férreas de la naturaleza, sino diciendo voluntariamente un "sí" generoso a la voluntad divina.

Si quisiéramos expresar en un solo concepto todo el plan según el cual se orienta el mundo creado, toda la fuerza que lo mueve, tendríamos que decir: la voluntad de Dios. Ella es el alfa y la omega de todo, el principio y el fin. ¡La voluntad de Dios!

La voluntad de Dios se cumple en el cielo —sin la menor deficiencia—, y ha de cumplirse también en la tierra. Precisamente por esto rezamos en la tercera petición del Padrenuestro: "Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo."

¿Quién como Dios? *"¿Quién fue su consejero?"* (Romanos 11,35). ¿Quién puede retarle, quién puede rebelarse contra su voluntad? De todos modos, pronto o tarde, su querer se impone; tanto si lo secundamos como si nos oponemos a él. Por tanto, el deber más sublime, el único de la vida humana, es cumplir la voluntad de Dios.

Por tanto, esta expresión: "Hágase tu voluntad", significa que Dios ha de ser la medida, la guía y el centro de toda la vida humana, en todas sus manifestaciones religiosas, morales, sociales y políticas. No vislumbramos lo felices que podríamos llegar a ser si lo llevásemos a cabo.

"Hágase tu voluntad." En todas las situaciones de la vida he de indagar qué es lo que Dios quiere de mí, en ese momento, en esas circunstancias. "Señor mío, haz que vea cuál es tu voluntad, porque quiero seguirla totalmente."

El que cumple la voluntad de Dios está en el camino de la santidad. El que vive la máxima: "Antes sacrificarlo todo —dinero, posición, goces, comodidad, sangre y vida— por cumplir la voluntad de Dios", ha llegado a la mayor altura espiritual.

Obrar conforme a la voluntad de Dios es el fin de la vida terrena. Es lo que enseña el apóstol SAN PABLO: *"Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación"* (Tesalonicenses 4,3).

Jesucristo nos enseñó que pidamos *se cumpla la voluntad de Dios, así en la tierra como en el cielo.* Pero ¿quién es capaz de tanta perfección? ¿Cuál es el mortal que lo haga? No es nada fácil. ¡Es tan grande la debili-

dad y la inestabilidad caprichosa de nuestra voluntad¡ Inspirados por su gracia nos ofrecemos resueltos hacer algo por Dios; pero al día siguiente, cuando llega el momento de realizarlo, ya no queda ni rastro del entusiasmo del día anterior; ya empezamos a regatear, y negamos la mitad de lo prometido.



¿No has sentido tú también esta debilidad dolorosa de la voluntad humana? ¿No te has sonrojado delante de ti mismo de lo caprichoso que es el corazón humano? ¡Qué bien, qué felicidad, si el hombre pudiese decir: *De hoy en adelante seré santo*! Porque esto es lo que significa el cumplimiento de la voluntad divina. ¡Y no solamente lo pudiese decir, sino que lo realizara! Se confirmaría para siempre en el bien, y no podría obrar sino rectamente. ¡Qué felicidad sería ésta! Pero esto no sería de gran mérito ante Dios. En cambio, tener que declarar nuevamente la guerra cada mañana y tenerla que continuar durante todo el día y en medio de terribles pruebas; declarar la guerra por el cumplimiento de la voluntad de Dios y seguirla siempre y en todo, en medio de recias dificultades, tentaciones, desalientos, y en un ambiente saturado de malos ejemplos, esto sí que es valioso, esto sí que es meritorio.

En el cielo, los ángeles y los santos cumplen de la manera más perfecta la voluntad de Dios; en ello consiste su felicidad. Pero también acá abajo, en la tierra, *nuestra felicidad depende de la armonía que haya entre nuestra vida y la voluntad del Padre celestial*. También lo era para Jesucristo, pues el mismo dijo que su alegría y manjar era cumplir la voluntad del su Padre celestial (Juan 4,34).

Cuando subordinamos del todo nuestra voluntad a la divina, dejamos de ser esclavos, y somos ya libres, pues servir a Dios es reinar. En cuanto sometemos nuestra voluntad a la de Dios, nos adueñamos de los deseos desordenados que hay en nosotros, dominando nuestros instintos rebeldes.

La entrega incondicional y la confianza filial *para con Dios es cumplir lo que pide SN PABLO; "No queráis con formaros con este siglo, antes bien, transformaos con la renovación de vuestro espíritu, a fin de acertar, qué es lo bueno y lo más agradable y lo perfecto que Dios quiere de vosotros"* (Romanos, 12,2).

¡Qué magnífico ejemplo nos dio Jesucristo! Siempre y en todo buscaba y seguía la voluntad del Padre. Por esto pudo decir con todo derecho: "Yo *hago siempre lo que es de su agrado"* (Juan 8,29). Y por esto dijo también: "*Mi comida es hacer la voluntad del que Me ha enviado"* (Juan 8,34).

Nuestro progreso espiritual no puede ser otro; nuestra perfección no ha de consistir más que en esto: *"Hágase tu voluntad."* ¡Qué liberación espiritual! Es El quien envía esto o aquello otro; es El quien lo permite; es El quien lo manda; es El quien lo juzga conveniente.

¡Cómo sería el mundo si cumpliésemos siempre la voluntad del Señor! No habría odio ni ninguna enemistad; no habría robos, asesinatos, ni guerras; porque todas estas cosas... ¡no son la voluntad de Dios!

Cumplir la voluntad de Dios es reconocer la soberanía de Dios. ¡No es el hombre el centro del universo, ni su señor, ni su creador!

"¡Dios lo quiere!". Dios quiere que haya paz entre las naciones... Dios quiere que los pueblos no se maten... Dios quiere que nadie robe lo ajeno..., pero ¿ajustamos nuestra conducta para hacer realidad esta frase? Cuando no se busca hacer la voluntad de Dios, es porque se buscan los propios caprichos, saciar los instintos y los propios deseos:.., pero eso no nos hace felices.

II
¿CÓMO CONOCEMOS LA VOLUNTAD DE DIO5?

Una forma de conocer la voluntad de Dios es escuchar la voz de la conciencia. Todos conocemos el remordimiento o la paz que deja en el alma la conciencia según como hayamos obrado. Es la voz de Dios en nosotros.

Ante Dios no importa lo que soy yo en esta vida, ni el empleo que tengo. Lo que importa es si me doy por completo, si me entrego sin reserva a cumplir su voluntad santa.

El pequeño fragmento de pan, la delgada hostia que usamos en la santa Misa, ¡qué insignificante es y de qué exiguo valor tiene en sí!, pero por medio de la consagración se transubstancia, se sublima, en Cuerpo de Cristo. También mi pequeña a insignificante vida puede transformarse en valor eterno, si la sacrifico, si la santifico por completo, cumpliendo la voluntad divina.

Así se comprende como en una misma familia llegue un hijo al reino eterno de Dios y el otro no; que uno de los esposos entre en el reino eterno y el otro no. Sin embargo, las circunstancias exteriores de su vida fueron idénticas. Mas no fue idéntico el interior; el uno se entregó a la voluntad de Dios, el otro no; el uno le contestaba “sí”, y el otro “no”. *“Dos estarán en un mismo lecho: uno será tomado y el otro dejado; habrá dos mujeres moliendo juntas: una será tomada y la otra dejada.”* (Lucas 17,34).

¿Dónde encontraremos la voluntad de Dios? En los diez Mandamientos. *“Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los Mandamientos*” (Mateo 19,17). *“Quien ha recibido mis Mandamientos y los observa ése me ama”* (Juan 14,21).

Cada uno de los Mandamientos es la voluntad de Dios.

La cosa es bien clara y sencilla. ¿Cuál es la voluntad de Dios? Que guardes los diez Mandamientos; que te alejes de todo pecado y cumplas tus deberes. Aquí se encierra el resumen de lo que Dios quiere.

Por tanto, no esperes una revelación especial de Dios, porque su voluntad se manifiesta en sus mandamientos, en los mandamientos de su Iglesia y en los deberes que te imponen tu estado y tu profesión. Dichoso el hombre que los cumple, porque así hace la voluntad de Dios.

Por desgracia, hay quienes rezan a diario en el Padrenuestro: “Hágase tu voluntad”, y en el fondo de su alma se están diciendo:
“Hágase mi voluntad.”

La voluntad de Dios ha de ser siempre también la nuestra, y así nada nos sucederá que nos pueda abatir; porque si nosotros queremos lo que quiere el Señor, siempre estarán satisfechos nuestros anhelos. La cruz será mucho más pesada si nuestra voluntad difiere de la de Dios.

Encontramos la voluntad de Dios en los deberes cotidianos de nuestra posición y de nuestro cargo. Nuestra posición —distinguida o humilde—,

nuestro cargo, no importa a los ojos de Dios. Lo que importa es la manera de comportarnos nosotros. ¿Trabajamos lo mejor que podemos, con honradez y con diligencia?



Sí; el cumplimiento del deber es el cumplimiento de la voluntad divina, porque fue El quien distribuyó los papeles en el gran drama de la vida; por eso le honro a El si desempeño por obediencia y concienzudamente el papel que me fue designado. .

En una nación cierto día sucedió un repentino eclipse solar; y se cuenta que en cierta oficina los empleados empezaron a correr asustados, dando voces de que había llegado el fin del mundo. Sin embargo, uno de ellos no perdió su presencia de ánimo y continuó cumpliendo con su trabajo, mientras se decía a sí mismo: "Yo seguiré trabajando; porque si realmente ha llegado el fin del mundo, quiero qué me encuentre cumpliendo con mi deber."

El SALMISTA dice al Señor con corazón sincero: *"Enséñame a cumplir tu voluntad"* (Salmo 42,10). ¡Ojalá lo repitiésemos también nosotros con la mayor frecuencia!

El que yo no comprenda ni entienda la voluntad de Dios no puede ser óbice para que no la cumpla y me incline ante ella. Meditemos un poco cómo se construyen los grandes edificios. Un ingeniero traza el plan, después centenares de obreros se ponen al trabajo. La construcción necesita la concurrencia de veinte o de treinta oficios. No es necesario que cada albañil vea con toda claridad y entienda todos los pormenores del plan, y, aún más, ni siquiera es conveniente que él tenga que preocuparse de ellos. Lo único necesario es que ponga bien el ladrillo que ha de colocar; que no se

preocupe de lo demás. De esta manera el edificio será construido a la perfección.

Pues bien; según la expresión de SAN PABLO, nosotros *somos "el edificio que Dios fabrica"* (I Corintios 3,9); no somos más que obreros, no los arquitectos que proyectan el plan. Dios mismo hizo el plan de nuestra vida; pero quiere realizarlo y levantarlo con nuestra ayuda, con nuestra colaboración. Dejemos, pues, que Él nos señale el camino; nosotros no nos preocupemos sino de hacer día tras día el trabajo que nos corresponde.

* * *

"He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lucas 1,38). Nuestra Santa Madre la Iglesia hace repetir tres veces al día, en el Ángelus, las palabras humildes de la Virgen; y lo hace con una santa intención. Porque la aceptación perfecta de la voluntad divina, la entrega sin reserva, la obediencia incondicional que resuenan en estas palabras, son ejemplo perenne para todos los hombres.

El Hijo de la Virgen nos enseñó la oración del Padrenuestro, y en esta oración las palabras de profundo sentido: *"Hágase tu voluntad"***.** Pero más no lo enseñó con su ejemplo:

"Tú no has querido sacrificios ni ofrendas; pero me has dado un cuerpo. Los holocaustos no te satisfacían. Entonces dije: He aquí que vengo para hacer tu voluntad." (Hebreos 10, 5-7)

"Porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado." (Juan 6, 38)

Mas su Madre tomó la delantera a su Hijo, y ya antes del Padrenuestro, expresó con la entrega completa de su vida su homenaje y sumisión a la voluntad divina.



He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.

CAPÍTULO XVI

“ESTA ES LA VOLUNTAD DE DIOS: VUESTRA SANTIFICACIÓN” (I)

I Carta a los Tesalonicenses 4, 3

La voluntad de Dios es que seamos santos... Es lo que nos dice el Apóstol en la cita aducida. Entonces, preocúpate de tu alma. ¡Salva tu alma!

Sin embargo, el hombre generalmente es capaz de trabajar lo indecible por esta vida terrena y efímera...; pero ¡qué poco trabaja por el reino de los cielos!

Trabaja por cosas fugaces. ¡Y cuánto trabaja a veces por nada! *“Toda la noche hemos estado fatigándonos, y nada hemos cogido”* (Lucas 5,5), dijeron desalentados los apóstoles al Señor una madrugada.

Ojala que cuando lleguemos a la vida eterna, que no podamos decir lo mismo, que nuestras redes no están vacías. De poco habrá servido entonces que nos hayamos matado a trabajar en la vida, si a nuestro trabajo no le hemos dado valor de eternidad, un valor que resista el tiempo.

—¿Cómo podré lograrlo? —preguntarán muchos—. ¿Qué puedo hacer si mi trabajo es bien ordinario e insignificante? Me paso medio día estoy cocinando, y después nos lo comemos todo en media hora. Este es mi trabajo. Y hacer limpieza. Y lavar la ropa. Y preocuparme de los niños... O escribir actas... O trabajar en un taller...

No importa. Por muy ordinario que te parezca, podemos llenarlo de valor eterno si lo hacemos en nombre de Dios; si procuramos cumplir en el trabajo la voluntad de Dios, con la misma intención que SAN PEDRO: *“No obstante, porque Tú lo has dicho, echaré la red”* (Lucas 5,5). Sí; trabajo porque lo quiere el Señor.

Hacer la voluntad del Señor; éste es el deber del cristiano y el único camino para ir al cielo. Porque lo dijo el mismo JESUCRISTO: *“No todo aquel que me dice: ¡Señor, Señor!, entrará por eso en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ése es el que entrará en el reino de los cielos”* (Mateo 7,21).

Santificarse, hacerse santo, no es privilegio de unos pocos escogidos. Jesucristo nos llama a todos a ser santos, a cumplir su voluntad. Mas la tragedia de muchos hombres empieza precisamente por no dar la importancia debida a lo que tiene valor eterno, a lo que permanece, y en vez de ello buscan egoístamente su satisfacción inmediata y fugaz.

Venga a nosotros tu Reino, Señor, y antes de *todo, venga a mi propia alma.* Haz, Señor, que sea siempre discípulo tuyo, atento y obediente, que con prontitud escuche tu llamamiento y esté dispuesto a cumplirlo.

Me otorgas constantemente tu gracia; que no la rechace yo nunca, sino que colabore siempre con ella. Que todo cuanto haga y diga sirva para glorificarte. Que arda en amor hacia Ti de noche y de día... Es lo que te pido, Señor, al decir: "Venga a nosotros tu Reino."

Venga tu Reino, Señor, también *al alma de mi prójimo*. No sólo rezo para que se extienda por toda la tierra tu Reino, trabajo también para conseguirlo. Es la ambición que espoleaba a los apóstoles y les empujaba a los misioneros; es la llama que arde en el alma de los santos; por este ideal han dado su sangre los mártires..., por este único deseo santo: "extender en la tierra el Reino de Dios".

II

¿HACEMOS CUANTO ESTÁ A NUESTRO ALCANCE PARA CUMPLIR LA VOLUNTAD DE DIOS?

¿Hacemos cuanto podemos porque prevalezca en nosotros la voluntad de Dios? ¿Nos esforzamos lo suficiente? ¿Hacemos los sacrificios necesarios para que se forme en nosotros la imagen de Dios? ¿Luchamos? ¿Combatimos? ¿Nos ejercitamos en la abnegación?

JESUCRISTO dijo: *"El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y lo arrebatan los que se la hacen"* (Mateo 11,12). Hoy día, en la época de las grandes competiciones deportivas, quizá el Señor lo diría de esta manera: "Hay que entrar en el certamen del Reino de Dios, y solamente los que se entrenen continuamente podrán lograrlo."

Pensemos un poco en esto. ¡Cuántas cosas hacen los hombres por lograr un record en una olimpiada...! ¡Y cómo se niegan a hacer la mitad de estos sacrificios por el Reino de Dios y por la vida eterna!

¡Lo que cuesta lograr en natación hacer los 100 metros, no en 58 segundos, sino en 56; y lo que cuesta en atletismo correr 100 metros, no en 12 segundos, sino en 11! ¡Cuánto cuesta el último segundo! Una vida rigu-

rosamente disciplinada, llena de renuncias y abnegaciones, que se prolonga meses y años. Hay que sujetarse a un horario durante todo el día; reglamentar la vida de hora en hora... Todo por ese último segundo.



Le gustaría al deportista irse de fiesta por las noches, pero no puede, ha de acostarse pronto... Y todo lo hace por ese último segundo. Por la mañana le gustaría quedarse más tiempo en la cama, mas no le está permitido.

Le encantaría de vez en cuando fumarse un cigarrillo, pero no le es lícito, renuncia a todo por amor a este segundo.

Le gustan mucho las pastas y los dulces, pero como engordan, prefiere renunciar a su gusto por amor a ese segundo.

Está algo fatigado, o se encuentra indispuesto cierto día; no importa; ha de continuar con su entrenamiento diario; por tanto, vale más esforzarse, sudar, cansarse... por amor a ese segundo.

Comparemos esta abnegación exigente de los deportistas con la tibieza y negligencia de tantos cristianos. Lo que los deportistas hacen con agrado por amor a un solo segundo, nosotros no queremos hacerlo para alcanzar la vida eterna. Lo que ellos hacen por una corona que se marchita, nosotros no queremos hacerlo por el Reino eterno de Dios.

Los deportistas saben que tendrán muchos competidores en la carrera, y que solamente uno alcanzará el primer premio. Dios, sin embargo, coronará a todos los que perseveran en la lucha por su Reino.

Esfuérzate por tanto por alcanzar la vida eterna, por amor al Reino de Dios. Cuando vigilas tus ojos, tu lengua, tus oídos para no mirar, ni hablar, ni oír nada que ofenda a la pureza de tu alma..., te estás entrenándote no por un segundo, sino por la vida eterna.

Cuando te sientes tan a gusto en la cama una mañana de domingo y oyes la voz de la campana que te invita a misa; cuando quisieras comer hasta hartarte, pero por ser miércoles de Cuaresma, guardas el ayuno...; en

esos trances y otros parecidos, te estás entrenando no por un segundo, sino por la vida eterna.

Cuando mantienes a raya tus deseos carnales, que te empujan a cometer un pecado, cuando consagras todos tus esfuerzos a perseverar en la ley de Dios, en el mandamiento del amor al prójimo..., te estás entrenando, no por un segundo, sino por la vida eterna.

Resuélvete a entrenarte en serio. No lo hagas tibiamente, como los que acogen las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo y cumplen sus mandatos, pero lo hacen tímidamente. Guardan la fe en su interior, no están dispuestos a perderla, pero no la manifiestan abiertamente en sus vidas, no les compromete totalmente.

Los que se entrenan en serio, no llevan su fe a manera de tesoro escondido, sino que ella transforma y modela su vida entera, y como un fuego devorador en sus entrañas les empuja a propagar entre los demás el reino de Dios. A este fuego se refería JESUCRISTO cuando dijo: *"Yo he venido a prender fuego en la tierra"* (Lucas 12,49).

Hagámonos este examen de conciencia. ¿En qué grupo quiero estar? Y trabaja por ello. Esfuérzate para que venga a nosotros el Reino de Dios y se haga su santa voluntad.

Al famoso pintor GUSTAVO DORÉ, durante un viaje que hizo por el extranjero, le aconteció un pequeño percance. En una pequeña ciudad, un policía le pidió que mostrase su documentación. El artista no llevaba en ese momento su pasaporte, por lo que fue conducido a la comisaría.

—¿Quién es usted?—le preguntó el comisario.

—Gustavo Doré, pintor, de París.

—¿Puede probarlo?

—Por desgracia, en este momento no llevo justificante alguno. Pero... déjeme sólo unos momentos y le demuestro quien soy.

Se fue a la ventana, desde la cual se podía ver el mercado y el hermoso templo de la ciudad. Dibujó en un papel durante unos minutos, y después enseñó al policía su lo que había hecho. Éste se quedó pasmado al ver el dibujo y respetuosamente le dijo:

—Caballero, no hay duda respecto de la identidad de su persona.

También Jesús me preguntará un día, y me pregunta muchas veces:

—¿Qué eres tú?

—Soy católico.

—¿Qué pruebas tienes?

Ojalá pudiese contestarle:

—Mira, Señor, mi alma, ¡qué bien he dibujado en ella tu santo rostro! Mira mis palabras, mis actos, toda mi vida..., son mi mejor documento.

¡Qué dichoso sería si pudiese hablar de esta manera!

CAPÍTULO XVII

“ESTA ES LA VOLUNTAD DE DIOS: VUESTRA SANTIFICACIÓN” (II)

I Carta a los Tesalonicenses 4,3

“Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación.”

¿Es posible resumir mejor el fin de la vida humana? ¡Qué perspectivas más ilimitadas se abren a quien persigue esta meta! Abarcan todo lo que es verdaderamente bueno, hermoso y noble.

En el Mar del Norte, en la isla de Fohr, hay una pequeña aldea: Nieblum. Su iglesia es del siglo XI. En una de sus columnas está marcada una medida de braza. Esta era antiguamente la medida oficial de la región, y el que quería saber con exactitud cuánto medía una braza tenía que verificarlo en esta columna. ¿Comprendes, lector, el significado simbólico de este hecho? La voluntad de Dios ha de ser la medida que debe regir tu vida, a la cual debes ajustarte en todo, y la que tiene la última palabra. Esto es lo que importa.

JESUCRTSTO nos dijo cuál era el mandamiento principal: “Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Marcos 12,30).



Sí, Dios quiere posesionarse por completo de nosotros; es el único absoluto. Tal como dice SAN PABLO, nosotros existimos, nos movemos y somos en Dios (Hechos 17,28). Dios está siempre cerca de nosotros, dentro de nosotros, y nosotros en Dios.

Dios está siempre cerca de nosotros, mas por desgracia nosotros no estamos siempre cerca de Él, es decir, no nos hallamos siempre en el estado en que Dios puede mirarnos con agrado.

No se trata de la proximidad física, sino la espiritual. Corporalmente estaban cerca de Jesucristo los verdugos, los que le azotaban y le humillaban, pero ¡cuán lejos estaban sus almas de El! También le tocaron con la mano María Magdalena y Tomás, mas éstos ya estaban más cerca de El espiritualmente. En el Calvario junto a la Cruz de Cristo se erguían otras dos cruces; las dos a la misma distancia, y, no obstante, uno de los ladrones se acercó espiritualmente al Señor, y el otro permaneció espiritualmente alejado de Él.

Preocúpate, por tanto, de tu alma. Tanto más cuanto el hombre de hoy se despreocupa de ella, y tan sólo le importa lo que atañe a su cuerpo y a sus necesidades materiales. Lo alimenta con exquisitos manjares, lo viste con elegantes vestidos; le procura su descanso y deporte; le proporciona una buena atención médica...; no le pesa gastar el tiempo y dinero necesario para tenerlo bien cuidado; tanto se preocupa el hombre de su envoltorio exterior. Pero apenas se preocupa de su espíritu, de su alma que está destinada a la vida eterna. No tiene tiempo para ello. ¿No es un contrasentido?

"Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación."

SAN PABLO tiene otra expresión que parece aún más increíble. Es la que dirigió a los fieles de Éfeso: "Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos muy queridos" (Efesios 5,1).

¿Cómo? ¿Hemos leído bien? ¿Sed imitadores de Dios? Ni siquiera nos atrevemos a imitar a los hombres más excelsos y sobresalientes... y ¿osamos pretender imitar a Dios? Pero ¿es esto posible?

Ciertamente lo es. Ya las primeras páginas de la Sagrada Escritura nos dicen que Dios creó al hombre a imagen y semejanza suya.

¡Pensemos cómo nos iría si realmente viviésemos esta maravillosa verdad: el hombre es imagen de Dios!...

¿Imagen y semejanza de Dios? ¿Este hombre envanecido de su dinero, de sus riquezas; este hombre egoísta y sensual, es realmente imagen y semejanza de Dios? Y sin embargo, Dios nos lo pide: "Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto" (Mateo 5, 48). Y el mismo SAN PABLO nos lo recuerda: "Sed perfectos, exhortaos unos a otros" (II Corintios 13,2). "Así procedáis para adelantar más y más" (I Tesalonicenses 4,1).

Es deber de todos acrecentar el Reino de Dios en la propia alma.

Sí; es un deber del cual no puede eximirse ningún cristiano. SAN JUAN CRISÓSTOMO en el siglo IV escribió: “El cristiano no puede contentarse con el carácter santo que recibió en el bautismo; sino que ha de mostrarse mucho más cristiano por su comportamiento, sus palabras, costumbres y hábitos. Porque de otra manera pertenecería a aquellos que si bien con los labios confiesan a Dios, le niegan con sus obras. Ni la fe ni los milagros tienen verdadero valor, si falta una vida santa que los acompañe.”

Y otro Padre del mismo siglo, SAN GREGORIO DE NISA, dejó escrito: “Todos vosotros, que os alegráis de la gracia de la regeneración, demostrad con la enmienda de vuestra vida y con la pureza de vuestras costumbres hasta qué punto sabéis apreciar la dicha de que fuisteis hechos partícipes.”

La raíz más profunda del sufrimiento humano no es la enfermedad corporal, ni la falta de dinero ni de goces... el mayor mal del hombre es no tener un sentido que oriente su vida, un sentido que le llene por completo y que unifique todas sus energías.

De ahí que pueda considerarse dichoso quien oriente su vida en este sentido: “Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación”. “Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto”.

Ya vamos viendo con claridad el fin de nuestra vida terrena: Sumergirnos cada vez más en el amor de Dios; estrecharnos más y más contra su Corazón paternal.

El que vive una vida meramente humana, terrena, lo cifra todo en sí mismo. El que ya empieza a adentrarse en los caminos del espíritu lo cifra todo en su relación con Dios. Y el que ha escalado ya las cimas de la perfección lo cifra todo en Dios, sin reservarse nada para sí...; sólo le basta Dios.

Sí, ésta es mi aspiración, que Dios reine en mi alma. De poco me vale que el Verbo de Dios se haya encarnado en esta tierra, si no se encarna en mi alma para hacerme hijo de Dios.

¿De qué te sirve que Jesucristo haya pasado por este mundo si tú no le recibes dentro de ti? ¿De qué te sirve que Jesucristo haya instituido los sacramentos, las fuentes de la gracia para las almas sedientas, si tú no te acercas a ellos? Y ¿de qué te sirve que Jesucristo haya subido a los cielos, si tú no vives más que para las cosas de la tierra y no cara a la eternidad?

Cuando se colocó el Arca de la Alianza en el templo pagano de Dagón, la estatua del dios pagano se derrumbó de su trono, y quedó hecha trizas por el suelo (Éxodo 20,3). Dios no permite que tengamos ningún ídolo: ni dinero, ni placer, ni poder, ni egoísmo, ni soberbia... Trabajas por el advenimiento del Reino de Dios cuando eliminas de tu alma todos estos ídolos. Amas realmente a Dios cuando en tu alma yacen todos estos ídolos hechos añicos.

El alma del hombre procede de Dios; no ha de sorprendernos por tanto que anhele volver a Él, a su origen.

“Te rogamos, Señor, nos concedas la gracia de pensar y obrar siempre con rectitud, a fin de que a que ya que sin Ti no podemos subsistir, conformemos nuestra vida con tu voluntad.”

CAPÍTULO XVIII

"ESTA ES LA VOLUNTAD DE DIOS: VUESTRA SANTIFICACIÓN" (III)

I Carta a los Tesalonicenses 4,3

"Venga a nosotros tu Reino." ¿Qué condiciones se precisan para pertenecer a este Reino? Nos las dice SAN PABLO en su carta a los Romanos: "... así como *habéis empleado los miembros de vuestro cuerpo en servir a la impureza..., empleadlos ahora en servir a la justicia para santificaros...*" (6,15-23). Es decir, que procuremos ser santos. Este es nuestro fin último; la gran misión de esta vida. Solamente el hombre que vive de cara a Dios es capaz de concebir integralmente la vida, abarcarla en todos sus detalles y llenarla de sentido. Solamente así logra que el trabajo, los pesares diarios, el cansancio, los goces y tristezas, en una palabra, las preocupaciones y alegrías de esta vida, que no le turben, sino que por encima de todo le sirvan para santificarse. En todas las cosas —en las grandes como en las pequeñas, en la amargura como en la alegría— descubre piedras para edificar el Reino de Dios en su alma.

I
LAS CONDICIONES

Para poder construir este Reino de Dios en nuestra propia alma, hemos de reunir dos condiciones: A) No alejarnos de Dios; B) Volvernos hacia Él.

No alejarnos de Dios. No oponernos a Él. O expresado de un modo más sencillo: hemos de evitar el pecado. El pecado, si es leve, afloja la unión con Dios; si es grave, la destruye.

De Dios procede el mundo entero; de El procede también el hombre. No existe nada en el mundo que no haya salido de las manos del Señor.

Toda la creación sirve al hombre. Y el hombre debe servir a Dios.

No existimos, por tanto, para "vivir a nuestras anchas". No estamos aquí para pasar la vida divirtiéndonos. Tampoco estamos aquí para cumplir

una profesión o hacer un negocio, sino para servir a Dios, para hacer su voluntad.

Existe el día y la noche. Donde no llegan los rayos del sol allí reina la noche. Lo mismo pasa en la vida sobrenatural; si no vivimos de cara a Dios, si Dios no nos ilumina y calienta con su gracia, entonces nos envuelve la noche helada de la muerte espiritual.

El que esté en pecado que haga lo que recomienda el profeta ISAÍAS*: “Preparad los caminos del Señor, enderezad sus sendas; todo valle sea terraplenado, todo monte y cerro allanado...”*

Para que el Reino de Dios pueda llegar a nuestra alma hemos de terraplenar los valles de los pecados que cometimos por omisión; hemos de allanar los montes del orgullo y de la soberbia, los cerros de la mentira, de la malicia y de la hipocresía; hemos de deshacer los fosos de la ingratitud y del egoísmo. ¡Duro trabajo! Y, sin embargo, es tan sólo una parte de lo que hemos de hacer. Esto no es más que retirar los escombros. Todavía falta el trabajo de construcción y ornamentación. El Reino de Dios no quiere almas vacías, sino almas adornadas por la pureza, por la fidelidad, el sacrificio, la paciencia, el amor...

Estas son las condiciones que ha de reunir mi alma para que venga a ella el Reino de Dios. Ahora veamos los medios.

II
LOS MEDIOS

Los medios de que me valgo para construir el Reino de Dios en mi alma son los Sacramentos que Jesucristo instituyó y nos regaló.

Los Sacramentos nos unen estrechamente con Dios.

El hombre unas veces confía demasiado en sí mismo, y otras se desalienta en demasía. Ambos extremos le alejan de Dios. Tenemos momentos en que nos creemos capaces de hacer cuanto haya de bueno, de hermoso y de noble, y nos hacemos la ilusión de que no necesitamos de nadie. Tenemos momentos también de depresión, cuando nos sentimos alicaídos, desesperados y desalentados.

Pues para esto están los Sacramentos. Ellos nos dan el remedio para no caer en los dos extremos. Los Sacramentos nos proporcionan la humildad y la confianza. Nos hacen humildes cuando todo nos va bien, porque sentimos que nada podemos por nosotros mismos y que necesitamos de la

gracia de Dios. Nos infunden confianza en los momentos de crisis, porque nos comunican la fuerza para no desalentarnos en medio de las dificultades y de las luchas de la vida.

Los Sacramentos nos unen con Jesucristo. Nos alimentamos del mismo Cristo en la Santísima Eucaristía. Jesucristo nos perdona los pecados en el Sacramento de la penitencia... Sin Sacramentos no hay vida cristiana. "Jesucristo es la vid." *"Como el sarmiento no puede producir fruto si no está unido con la vid, así tampoco vosotros, si no estáis unidos conmigo"* (Juan 15,4).



Por los Sacramentos entramos en una relación estrecha e íntima con Jesucristo, Nuestro Señor.

Cuando San Pablo —entonces todavía se llamaba Saulo—, se dirigía a Damasco persiguiendo a los cristianos, se le apareció en el camino, en medio de un gran resplandor, Jesucristo. Saulo cayó en tierra y lleno de santo temor preguntó: *"Señor, ¿qué quieres que haga?"* (Hechos 9,6).

La misma prontitud, la misma buena voluntad hemos de tener nosotros. Preguntemos antes de empezar cada nueva actividad a Jesucristo: "Señor; ¿qué quieres que haga?" Sólo así nos uniremos íntimamente con El.

¿Puede haber otro que mejor conozca lo que necesitamos? ¿Y puede haber otro que nos lo otorgue con mayor gusto?

Jesucristo es quien mejor conoce nuestras necesidades. También El pasó por esta vida terrena y sostuvo combates.

Y tiene pronta la voluntad para ayudarnos. De Jesucristo dijo SAN PABLO: *"Me, amó, y se entregó a sí mismo por mí"* (Gálatas 2,20). El hombre más pobre, más enfermo, más desamparado del mundo puede

repetir con confianza: Es imposible que Cristo me abandone, pues le he costado mucho..., le he costado su misma vida.

CAPÍTULO XIX

ABANDÓNATE A LA VOLUNTAD DE DIOS

San Mateo 26, 39

“Hágase tu voluntad.” A veces nos resulta difícil abandonarnos a la voluntad de Dios, aceptar lo que El permite que nos suceda.

No son muchos los que saben acoger el sufrimiento y transformarlo en un verdadero tesoro. Las tres cruces del Calvario nos enseñan que hay tres maneras de sufrir. Se puede sufrir como el mal ladrón, que se reveló contra el sufrimiento. Se puede sufrir como el buen ladrón, que se salvó gracias al sufrimiento. Y se puede sufrir también como Nuestro Señor Jesucristo, que con el sufrimiento propio salvó a los demás.

Podemos aceptar la voluntad de Dios, pero hay una gran diferencia entre hacerlo con desagrado, con conformidad obediente, o con verdadera alegría.

Hemos de evitar lo primero. Por lo menos acatemos la voluntad de Dios de la segunda manera, conformándonos a ella, si es que no somos capaces de levantarnos a la altura de quienes la aceptan con alegría.

Dios nos pide que cumplamos su voluntad, no de una manera forzada, sino voluntaria. Pero la sumisión o entrega a la voluntad de Dios tiene varios grados.

Comencemos por el primero, por el de menos valor. Sufrimos una gran desgracia o una gran pérdida. Al momento se nos escapa un grito desgarrador; acaso nuestra naturaleza forcejea por sacudirse del yugo; pero vemos que al fin no lograremos nada, y por esto *con el alma quebrantada* nos *resignamos a lo irremediable*. “Está bien. Hágase, pues, tu voluntad...”

Pero el auténtico cristiano no se debe quedar en esto. El cristiano, que se considera hijo de Dios, cuando es herido por la desgracia no crispa los puños, no se abandona a una impotente resignación, ni se deja llevar de la amargura ante su suerte inevitable..., no. Él dice “sí” al sufrimiento que le llega, abrazando en todo la voluntad de Dios, la Cruz que nos hace imitadores de Cristo.

“Miremos a Cristo. El vino del Reino de la felicidad y no encontró aquí abajo dicha alguna. Fue objeto de befa; le vituperaron, le apresaron, le

azotaron, le crucificaron y por fin le llegó —¡el fin del Señor!— la muerte. Y tú, simple siervo, ¿por qué buscas la felicidad en un país que el mismo Señor abandonó mediante la muerte?” (SAN AGUSTÍN, *Ep*., 55, 26).

Debo aceptar la voluntad de Dios aunque no comprenda el motivo de sus disposiciones.

¡Cuántas veces nos suceden cosas al parecer inexplicables y sin sentido! Y, sin embargo, todas tienen una única causa: la voluntad de Dios. El conoce sus motivos y no los mantiene ocultos. Cuando lleguemos al cielo, veremos claramente cómo todas sus disposiciones divinas fueron para nuestro bien.

Pero subamos un grado más. Nuestro Señor nos ha dado ejemplo haciéndose “obediente hasta la muerte” (Filipenses 2,8).

Realmente, cualquiera que fuese la dirección que le marcaba la voluntad del Padre celestial, allá iba el Señor, como la brújula sigue al imán. A Egipto, a Caná, al monte de los Olivos, al Calvario. No debe ser otra nuestra guía; ser obedientes a la voluntad de Dios, porque *“la obediencia vale más que el sacrificio”* (I Reyes 15,22).

A algunos les cuesta mucho comprender esto, principalmente cuando la voluntad de Dios choca con los propios planes e ilusiones. ¡Cuántas quejas surgen entonces!

De entre todos los trabajos de esta vida éste el de mayor valor a los ojos de Dios, el de saber llevar la cruz que nos quiera dar.

Es ley de vida que para que surja la espiga tenga que morir antes la semilla; que para poder descansar haya antes que trabajar; que para poder vencer haya antes que luchar y esforzarse, que no hay rosa sin espina, ni galardón sin sudor. Pero a veces decimos: *¡Pero es que no puedo más! No me es posible soportar ya tanto sufrimiento...*

¡Cuántas veces oímos semejantes quejas! ¿Quién no siente compasión por los pobres atribulados? ¿Quién no procura aliviar su terrible situación? Pero, hermano que sufres, no digas que no puedes más. Mira lo que pueden llegar a resistir los hombres.

Fíjate en lo que estuvo dispuesta a sufrir una madre, tal como lo consignó su médico después:

“Una noche me llamaron a un domicilio para ver a una pobre mujer que había enfermado repentinamente, y la encontré en estado de suma gravedad. Tenía seis hijos. Me di cuenta enseguida de que solamente una operación inmediata podía salvarle la vida. Por desgracia, no podía anestesiar-

la, a pesar de que se trataba de una operación muy dolorosa. La enferma no se movió durante todo el tiempo en que duró la operación; no dejó escapar un solo suspiro. Solamente al final de la operación, cuando la alabé por su comportamiento heroico, me dijo, poniendo el dedo sobre los labios: "Señor doctor, le ruego no hable tan alto, no sea que se despierten mis niños."

Una madre pudo sufrir de esta manera por sus hijos..., y nosotros ¿no podríamos hacer otro tanto por Dios aceptando su voluntad divina?

Pero ¿cuándo se acabará este sufrimiento?

Solamente Dios sabe la medida del sufrimiento que ha de sobrellevar cada uno. Solamente Él sabe cuándo llegará el alivio. Es lícito pedir en nuestras oraciones, como lo pidió el SEÑOR, que *"si es posible, que pase de mí este cáliz",* mas no nos es lícito rebelarnos e impacientarnos. Hemos de abandonarnos del todo en las manos de Dios.

En los últimos años de su vida, Murillo, el pintor incomparable de la Virgen, se pasaba muchas horas sentado en uno de los templos de Sevilla, contemplando en silencio un cuadro del maestro de Bruselas Peter van Kempen, que representaba el descendimiento de la Cruz. Se le preguntó qué era lo que tanto le cautivaba de aquel cuadro, y él dio una respuesta, un tanto extraña al parecer: "Espero que esos hombres piadosos bajen de la cruz a Cristo." Unos días más tarde, el 3 de abril de 1682, el Señor le quitaba su cruz y le llevaba a la vida eterna.

Así es la vida. Esperemos confiadamente, aceptando la voluntad de Dios, el momento en que Él quiera permitirnos bajar de nuestra cruz.

La conformidad con la voluntad divina es el yunque en que se fraguan los espíritus fuertes; contra éstos se estrellan todas las desgracias, como se frustra la fuerza del huracán al chocar contra las cimas de los altos montes.

Un padre salió en carromato a dar un paseo con su hijito por el campo. Era una tarde hermosa, despejada y tranquila. El niño se empeñó en guiar los caballos. Tanto fue lo que importunó a su padre, que éste, por fin, consintió y le dejó las riendas. ¡Qué alegría y también qué orgullo! Los caballos trotaban estupendamente por el camino llano. Pero llegó el camino a los bordes de un precipicio, y entonces el niño se volvió a su padre y le dijo: "Papá, ahora conviene que guíes tú."

Cuántas veces nos ocurre esto en la vida. Cuántas veces pasa también nuestro camino bordeando precipicios, en noche sin estrellas, en medio de un desatado huracán. Qué bien si en semejantes trances nos arrodilláramos

ante Jesucristo y le dijéramos: Señor, ahora toma Tú las riendas, porque sino... temo que me voy al precipicio.

El que sabe mirar con los ojos de Jesucristo todas las tribulaciones de la vida, preguntará con las mismas palabras del SALVADOR: *"El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no lo he de beber?"* (Juan 18,11).

Y llegamos al tercer grado de aceptación de la voluntad de Dios, al más sublime, al más admirable; no sufrimos ya la voluntad de Dios con alma quebrantada, ni siquiera con resignación obediente, sino con positiva alegría.

Aun cuando la razón no comprende por qué nos hiere la desgracia, procuramos no ya resignarnos y sujetar nuestra voluntad a la de Dios, sino que hasta sentimos ganas de besar la mano de Dios que nos visita, *aceptando con alegría su santa voluntad*.

Es lo que hizo Santa Isabel de Hungría cuando fue despojada de todos sus bienes y tuvo que huir en el crudo invierno con sus hijos. Al llegar a un convento pidió una sola cosa a los frailes: que cantasen un Te Deum, que entonasen un cántico de gratitud al Señor.

Muchas personas sencillas e ignoradas hacen lo mismo. Llevan el peso de la vida diaria sin proferir ninguna queja y repiten con la sonrisa en los labios las palabras de JESUCRISTO: *"Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado y dar cumplimiento a su obra"* (Juan 4,34).

Son los atribulados. *"Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados"* (Mateo 5,5). Para ellos, los sufrimientos, soportados según la voluntad de Dios, vienen a ser los peldaños que tienen para subir al cielo. Los peldaños están hechos de dura piedra, pero levantan hacia arriba.

Razón tuvo TOMÁS DE KEMPIS al afirmar que si hubiese para nosotros un camino mejor y más seguro hacia la vida eterna que el camino del sufrimiento, Jesucristo nos lo habría enseñado de palabra y con el ejemplo. Pero Él no nos enseñó otro camino que el de la Santa Cruz.

Aceptar la voluntad de Dios con el espíritu pronto y con verdadera alegría, tal es la vida cristiana. Se comprende así que no resulte fácil el ser cristiano. Porque el serlo no consiste tanto en llamarse como en serlo de verdad.

El que se considera cristiano, está afirmando a la vez que orienta su vida de una manera muy distinta a como lo hace el mundo. Tiene criterios

distintos respecto de la vida, de la riqueza y de los valores. Su norte consiste en hacer siempre la voluntad de Dios y acogerla con alegría.



CAPÍTULO XX

¿CÓMO HEMOS DE ACOGER LA VOLUNTAD DE DIOS?

En el capítulo III del primer libro de los Reyes se nos manifiesta de un modo conmovedor el diálogo habido entre Helí, el anciano pontífice de los judíos, y Samuel, que estaba dedicado a servir en el templo.

Los hijos del sumo sacerdote fueron irreverentes con las cosas de Dios, y puesto que su padre no usó con ellos de la debida severidad, el Señor castigó a toda la casa de Helí. El Señor comunicó su designio a Samuel en una visión nocturna, anunciándole la desgracia que iba a caer sobre Helí y su familia.

Tan pronto se hizo de día, Helí interrogó a Samuel para saber lo que le dijo el Señor. Naturalmente Samuel habría preferido evadir la respuesta. Pero accedió a sus ruegos y se lo reveló todo. El anciano, después de oír las grandes humillaciones y desgracias que tendría que sufrir, con el corazón contrito no dijo más que estas palabras: *"Él es el Señor; que se haga lo que es agradable a sus ojos"* (I Reyes 3,18)

"Él es el Señor; que se haga lo que más le agrade" ¡Y si le agradable, que venga la desgracia, el sufrimiento, la miseria! Aun así, *"hágase tu voluntad".*

Echemos una ojeada en torno nuestro: todo hombre lleva su cruz; todos han de llevarla, y todas las cruces son llevaderas con la ayuda de Cristo.

Todos llevan su cruz. Ahí está la pesada cruz de la pobreza material. La falta de trabajo, de empleo, de pan y de lo más necesario... Ahí está la cruz de la enfermedad.

Ahí está la cruz de las querellas familiares...

Todos han de llevar su cruz. Y todas las cruces son llevaderas si *levantamos la mirada al gran portador de Cruz, al primero que se la cargó sobre sus hombros: Cristo Jesús.*

Nos será más fácil llevar la cruz si procuramos indagar la intención que busca Dios al mándanoslas.

A veces son advertencias amorosas de Dios.

Muchas veces nos abate una gran desgracia, enfermamos, hemos de guardar cama, para tener, por fin, un poco de tiempo para dedicar a nuestra alma, para que tenga Dios la oportunidad de hablarnos. La vida, por lo regular, corre tan acelerada, que no tenemos ocasión ni tiempo para escuchar la voz de Dios.

¡Sufrimiento purificador! ¿Lo hay en verdad? Sí, ciertamente. Los que han pasado por este crisol pueden dar testimonio de ello. Y los que hayan visitado las grandes fábricas de acero, lo comprenderán con facilidad. La grúa agarra un gran bloque de hierro que está incandescente y lo coloca debajo del gigantesco martillo. Se aprieta un botón..., y el martillo cae con gran fuerza sobre el bloque de hierro. Brotan chispas por millares, como si el bloque de hierro reventara y se deshiciera en añicos. Pero en realidad lo que se desgaja de él no es más que la miserable escoria. Los golpes siguen uno tras otro, después de cada golpe aparece más puro, más acerado, más dúctil el bloque de hierro.

Nuestra vida a veces también se ve expuesta a los martillazos de la voluntad divina. Ésta no hace sino limpiarnos de toda escoria, comunicar más hermosura y mayor temple a nuestra alma.

Además la tribulación nos sirve de *penitencia*.

Si nos azota la desgracia, no hemos de decir: ¿Por qué precisamente a mí? ¡Yo no he cometido ningún pecado!

Es posible que ahora precisamente no lo hayas cometido. Ojalá sea así. Pero, de verdad, ¿nunca has cometido un pecado?

¿Nunca has ofendido a nadie? ¿Ni siquiera a Dios?

¿Nunca has sido injusto? ¿Ni con Dios? ¿Nadie ha tenido que llorar por causa tuya? ¿Nunca has hecho daño a nadie? ¿Nunca has oscurecido la imagen de Dios en tu alma con el pensamiento, de palabra o por obra?

—¿Te atreves a afirmarlo?

—No me atrevo.

—Pues si no te atreves, se te ofrece ahora una favorable ocasión para expiar, para reparar, para pagar la deuda. Di sencillamente: Señor mío, acepto el sufrimiento, la humillación, la estrechez; hágase tu voluntad, por lo menos ahora, ya que hubo un tiempo en que tan lejos andaba yo de cumplirla.

No todas las cruces son iguales. Hay cruces que nosotros mismos hemos fabricado con nuestros pecados... Bajo el peso de estas cruces nos desplomamos, porque no podemos implorar para sobrellevarlas la fuerza

auxiliadora de Dios. Pero hay cruces que Jesucristo carga sobre nuestros hombros, y después El mismo nos ayuda a llevarlas.

Se comprende que hayamos de desplomarnos más pronto o más tarde bajo las cruces que nosotros mismos nos fabricamos con nuestros pecados. Si no fuese así, nos alejaríamos cada vez más, siguiendo el camino erróneo. En cambio, cuando sufrimos, nos vemos como obligados a volver al camino verdadero, al punto mismo en que nos desviamos.

Unos expedicionarios observan una costumbre muy curiosa en una tribu indígena del África central. El territorio habitado por esa tribu está como cortado en dos por un río, de curso extraordinariamente rápido. El río no es profundo, pero sí de corriente rápida. Cuando los indígenas quieren pasar vadeando el río, se colocan un peso muy grande sobre la cabeza para mantenerse firmes en medio de la corriente y no ser arrastrados por la misma.

Al oír hablar de esta costumbre, ¿no se nos ocurre pensar que acaso Dios carga sobre nuestras almas el gran peso del sufrimiento para que seamos lo bastante fuertes para que no se veamos arrastradas por los goces pecaminosos y por la mentalidad hedonista que nos rodea?

Nos lo demuestra el ejemplo de muchísimos que se vieron arrastrados lejos de Dios por el bienestar, la vida fácil y holgada, y que habrían perecido irremisiblemente de no intervenir un sufrimiento bendito, una tribulación santa.

—No comprendo cómo es posible que Dios quiera atraerme a Sí precisamente por la noche oscura del sufrimiento.

Y con todo es así, y se comprende muy bien. Haz una excursión, con tu hijito, en una mañana resplandeciente del verano. Pasa por una pradera esmaltada de flores. ¿Podrás tener siempre al niño junto a ti? No. Querrá correr y saltar; verá una mariposa de irisados colores, querrá cogerla y se lanzará tras ella...; en vano le gritas, en vano le sermoneas que se hará daño, que tropezará, que se caerá...; vanas serán todas las amonestaciones paternales, y en vano le llamarás.

En cambio, intérnate con él en una noche oscura, sin estrellas, a través de un bosque solitario. No tendrás entonces que llamarle, ni tendrás que detenerle..., su mano temblorosa se agarrará a la tuya; lleno de temor irá junto a ti.

Así nuestro Dios utiliza a veces la noche del sufrimiento, para que retornes a Él y te aprietes contra su corazón de padre.

Hemos de considerar en los sufrimientos lo que vio la poetisa: "Eran el látigo que me perseguía, la ola que me arrojaba ante Ti. El huracán que me empujaba, la lluvia que batía mis mejillas. Eran el espejo en que me veía a mí misma, y por ellos sentí asco de mi misma. Eran las piedras en que tropecé al correr y correr... Eran la noche en que me extravié al buscar el camino. Por ellos, a través de los pecados, por fin, te he hallado, oh Señor, gracias a Ti."

El primer grado es, pues, aceptar con ánimo tranquilo el sufrimiento, y decir con humildad: "Hágase tu voluntad." No hay que murmurar, no hay que rebelarse contra Dios.

Pero entiéndase bien: no *es rebeldía el querer librarse de la enfermedad,* el querer mejorar nuestra suerte. Es lícito rezar con tal fin, Y podemos pedir lo que pidió JESUCRISTO*: "Padre mío, si es posible, no Me hagas beber este cáliz; pero, no obstante, no se haga lo que Yo quiero, sino lo que Tú quieres"* (Mateo 26,39).



Sí, todo esto es lícito.

Pero si el sufrimiento sigue atormentándonos —y siempre lo hay en abundancia—, entonces hemos de tranquilizarnos y aceptar la cruz, repitiendo esta hermosa frase del Papa CLEMENTE XI: "Señor mío, quiero lo que Tú quieres, así como Tú lo quieres; porque Tú lo quieres, y mientras Tú lo quieras."

Por desgracia, el sufrimiento puede servir no solamente de escalera por la cual subir hacia Dios; también puede servir de pendiente por la que bajar al infierno. Todo depende de la manera como lo recibamos: con resignación (con el corazón magnánimo y el alma bien dispuesta), o con rebeldía, con las manos crispadas, con la blasfemia de la desesperación en los labios. El sufrimiento puede ser salvación para uno y condenación para

otro, así como una misma llave nos abre la caja de caudales si rodamos hacia la derecha, y nos la cierra si damos la vuelta hacia la izquierda.

Es lícito mitigar el sufrimiento; es lícito aliviar los dolores del enfermo con medios legítimos...; pero *no es lícito cortarle el hilo de la vida.* Y, sin embargo, eso es lo que la "eutanasia" —el nuevo lema lanzado a la opinión pública— está en nuestros días pregonando y practicando.

Sí, es lícito mitigar el dolor, mas no se puede permitir que se quite la vida al enfermo, ni aprisa ni despacio. Algunos abogan de una manera harto conmovedora a favor de esa nueva práctica. Si un enfermo —dicen—, desahuciado por completo de los médicos, hace semanas que está sufriendo horrores, ¿no es una crueldad mirarle pasivamente y no ayudarle a terminar sus dolores?

Los argumentos son falaces. No eres tú el señor de la vida y de la muerte. Y además...

¿El médico está seguro?...

¡No piensas en el valor de las horas postreras! En 1934 murió un convertido inglés, el príncipe de Malbourough. Antes de morir tuvo unos dolores espantosos, y, no obstante, rechazó aun las inyecciones de morfina, arguyendo que el cristiano ha de esforzarse por comprender a Jesucristo en medio del dolor. ¡Qué modo de pensar más noble y elevado!

El sufrimiento puede llegar a ser espantoso..., pero aun así puede vencerlo la fuerza de la fe. Tal como la escena que un médico consignó entre sus impresiones de la guerra.

"Hay un caso que no olvidaré nunca. En el campo de batalla, allá en Galitzia, me trajeron un prisionero ruso, gravemente herido. Una granada le había destrozado una pierna, y tuve que amputársela. Por medio de un intérprete se lo advertí. No se opuso.

Iba a empezar la operación. Quise anestesiarle. Mas él no lo permitió; no quería dormirse. En vano intentamos convencerlo, arguyendo que íbamos a anestesiarle para que no sintiera los dolores atroces de la operación. El no cedía.

"Cuando todos nuestros esfuerzos resultaron fallidos y quisimos abandonarle a su terrible suerte, él mismo nos instó a que cogiésemos la crucecita que llevaba en su cuello y que le había dado en casa su esposa, antes de partir él para la guerra, y la colgásemos en la pared de enfrente para que él pudiese verla continuamente; así nos prometió que no se le escaparía un solo 'ay' durante toda la operación. Lo hicimos como él quería,

y aquella crucecita mitigó los dolores atroces de aquel cuerpo destrozado. ..”

Hay todavía un grado más elevado de perfección con respecto a saber aceptar la voluntad divina: *Colaborar con el sufrimiento.*

Sí, ésta es la única actitud recta y digna de nosotros. Sea cual fuere mi tribulación, no he de preguntar: ¿Por qué me aflige Dios precisamente a mí? ¿En qué lo he merecido? No hablemos así. Sino que nuestra primera palabra ha de ser ésta: Sí, Señor, a tus órdenes. Indícame qué es lo que quieres. Porque sé que eres mi Padre, y nunca permitirás que sufra con el único fin de verme llorar.

Todo depende de la manera como asimilemos el sufrimiento.

Érase un viñador que cuidaba con esmero sus viñas. Pero un día cayó una granizada espantosa y lo destrozó todo. Mas la desgracia no quebrantó el ánimo de nuestro hombre. Por la noche rezó sus oraciones como si no hubiese pasado nada. Al día siguiente, de madrugada, fue nuevamente a sus viñas a seguir trabajando.

Pero ¿qué pasaba allí? El granizo no se había derretido: allí estaban los pedruscos de hielo por el suelo. Levanta uno: es una perla; levanta otro; es un diamante. ¿Qué había ocurrido? ¿Fue granizada o una lluvia de perlas? Las dos cosas.

Si te has amilanado y quebrantado bajo el peso de la desgracia, si has maldecido la voluntad de Dios, fue granizo; mas si has asimilado la desgracia y has podido decir: “Hágase tu voluntad”, entonces fue una lluvia de perlas, una lluvia de diamantes lo que cayó sobre ti.

Así se comprende lo que muchos quizás ni siquiera querrán creer. No es posible huir del sufrimiento, pero aun en el caso de que lo fuera, sería lástima esquivarlo. A decir la verdad, yo siento compasión por aquel que nunca ha tenido que sufrir una gran desgracia. Porque no es hombre acabado; no ha encontrado aún su verdadero “yo”: aún faltan en su alma los últimos rasgos de ese cincel bendito del sufrimiento.

Hay flores que ostentan vivos colores al tocarlas el sol; pero no tienen perfume. En cambio, al llegar la noche despiden una fragancia sin igual. ¡Cuántas almas hay que se comportan como estas flores! Mientras las alumbra el sol del bienestar todo es opulencia, se divierten, mas no tiene valor su vida; en cambio, al llegar la noche de la tribulación despiden la bella fragancia de la caridad cristiana.

Y llegamos al supremo grado: alegrarnos del sufrimiento. Es privilegio de los santos. No solamente se conforman con el sufrimiento, no solamente lo acogen, sino que se alegran de padecerlo. Se explica por la victoria sublime que ejerce el alma sobre el cuerpo. Solamente quien está unido del todo con Jesucristo paciente es capaz de llegar esta altura.

No es posible huir del sufrimiento. Si huimos de uno, es para echarnos de bruces en las fauces de otro, quizá mucho más terrible.

Hubo Alguien —y sólo El— que hubiera podido huir del sufrimiento, pero no quiso. "El cáliz que Me ha dado mi Padre, ¿no lo he de beber?" (Juan 18,11)... "¿Piensas que no puedo acudir a mi Padre, y pondrá en el momento a mi disposición más de doce legiones de ángeles?" (Mateo 26,53): Mas no las pido porque "... hágase no como quiero Yo, sino como quieres tú, Padre mío."

No quiso Jesucristo huir del sufrimiento; aunque hubiera podido hacerlo; y no quiso para darnos ejemplo a nosotros, que no podemos huir del dolor. "¡Como lo quiere mi Padre!" "¡Hágase tu voluntad!"

Señor, hágase tu voluntad, aunque yo no la comprenda. Señor, hágase tu voluntad, aunque haya de dolerme. Señor, hágase tu voluntad, venga lo que viniere."

Una de las escenas más emocionantes en la historia de la Pasión fue la del Huerto de los Olivos, porque en ella Cristo llegó a sudar sangre. Cuando el Señor iba a ser apresado, y en su omnisciencia veía todo el dolor y suplicios de las horas próximas; y, aún más, cuando contempló en espíritu los pecados de todos los hombres que Él había de cargar sobre sus hombros en aquellos momentos, se desplomó bajo el peso de este dolor inconmensurable y pronunció su emocionante súplica: "Padre mío, si es posible, no me hagas beber este cáliz; pero, no obstante, no se haga lo que Yo quiero, sino lo que Tú quieres" (Mateo 26,39).

El Padre celestial que escucha todas las súplicas, ¿cómo no iba a escuchar la de su Hijo unigénito? La escuchó, ciertamente; pero no como creeríamos nosotros, sino de un modo muy distinto. No quitó el sufrimiento, el cáliz de su Hijo, sino que le envió un ángel para consolarle.

El discípulo no puede ser mayor que su maestro, ni el criado mayor que su señor. En los momentos angustiosos del sufrimiento también nosotros podemos acudir al Padre celestial y pedirle que nos evite tener que beber el cáliz; pero si su sabiduría infinita juzga más conveniente lo contrario

—como en el caso de su Hijo— no nos rebelemos contra El, sino digamos: “Hágase tu voluntad.”

Jesucristo nos enseñó a rezar así en la oración del Padrenuestro, llevándola a la vida, y nos dio ejemplo de ello en el Monte de los Olivos.

CAPÍTULO XXI

EL PROBLEMA DEL SUFRIMIENTO

Hay muchos que se rompen la cabeza tratando de comprender este problema: ¿Por qué Dios no creó un mundo en el que no hubiese ni sombra de sufrimiento, sino únicamente pura felicidad? Tampoco se preguntan por qué el pintor pone en sus cuadros tonos oscuros y no usa exclusivamente los claros y dorados. El pintor más célebre no puede prescindir de los tonos oscuros; sólo con estas tonalidades resaltan con más esplendor los colores claros.

Este mundo ¿es bueno o malo? ¿Quién tiene razón: el pesimista o el optimista?

Porque hay quienes pasan por la vida y todo lo ven de color de rosa, y hay otros que todo lo ven triste y negruzco. Los primeros ven en todo cosas ventajosas, aun en los abruptos precipicios, y en los negros nubarrones. Los segundos todo lo ven oscuro, aun la espléndidas rosas que brotan en los jardines.

¿Quiénes tienen razón?

Según el Cristianismo ni los unos ni los otros. No tienen razón los optimistas, porque, por desgracia, hay mucho pecado y malicia en este mundo. Pero tampoco andan en lo justo los pesimistas, porque también se puede encontrar mucha bondad, virtud y alegría en este mundo.

No de otro modo juzga el Cristianismo el problema del dolor. No intenta suprimirlo a fuerza de mirarlo con gafas color de rosa, ni permite que el hombre se desespere mirándolo con gafas oscuras. Si bien nos dice: "Grande es como el mar tu tribulación. ¿Quién podrá remediarte?" (Lamentaciones 2,13), nos enseña al mismo tiempo que aceptando la voluntad de Dios podemos hacer méritos para el cielo en esta vida llena de luchas.

La petición del Padrenuestro "hágase tu voluntad" nos saca a relucir en toda su extensión el problema del sufrimiento. Llegamos a entender el sufrimiento de los pecadores. Pero ¿qué pensar del sufrimiento de los inocentes?

"Hágase tu voluntad." Fácil es pronunciar estas palabras cuando todo nos sale bien; pero cuánto nos cuesta repetirlas en la desgracia, en las horas de sufrimiento.

I

EL SUFRIMIENTO DE LOS PECADORES

Cuántos tendrían que repetir las palabras del gran matemático PASCAL: “Dios mío, me diste salud para que te sirviera, pero yo la aproveché para fines vanos. Ahora me visitas con una enfermedad para que me enmiende... ¡Ojalá tu misericordia omnipotente me haga saludables tus castigos!”

El sufrimiento es muchas veces el medio de que Dios se sirve para salvar al hombre obstinado por el pecado.

Tengo que sufrir una gran desgracia, una enfermedad, una humillación, una pérdida considerable... ¿qué es lo que busca Dios con ello? Esta debe ser nuestra primera pregunta. ¿No estará intentando acaso lo que buscaba a través de los sufrimientos del hijo pródigo? Mientras tuvo dinero, sólo pensó en vivir holgadamente, todo marchó bien, y nunca pensó en volver a la casa de su padre abandonado. Solamente cuando se encontró en la miseria, cuando todo le faltaba, se le ocurrió volver a su padre.

¿No está lleno el mundo hoy también de hijos pródigos a los cuales Dios intenta salvar? Se entregaron por completo al mundo y a sus goces pecaminosos, y se han vuelto sordos a la voz de su conciencia. Y realmente en muchos casos no consigue Dios salvarlos a no ser que los visite con estas pesadas cruces.

En la desgracia y el sufrimiento hemos de repetir las palabras de la SAGRADA ESCRITURA: “Justo eres, Señor, y justos son todos tus juicios... Porque no obedecimos a tus mandamientos, por eso hemos sido saqueados, conducidos a la esclavitud y a la muerte... Grandes son al presente, Señor, y terribles tus juicios, porque nosotros no ponemos en obra tus preceptos, ni procedemos sinceramente delante de Ti (Tobías 3,2-5).

No echemos al olvido, una vez curados, los buenos propósitos que hicimos en el lecho del dolor.

Se cuenta que el emperador Segismundo preguntó en cierta ocasión a Teodorico, arzobispo de Colonia, cómo podría lograr el hombre la felicidad en esta la tierra. El arzobispo le contestó:

—No cifres grandes esperanzas en poderla lograr en esta vida.

—Y ¿cómo puede alcanzar el hombre la dicha eterna?

—Caminando siempre por el camino recto.

—¿Por el camino recto? ¿Qué significa eso?

—Significa —contestó el arzobispo— que se debe vivir siempre como promete vivir el emperador Segismundo todas las veces que le aqueja la gota u otra dolencia cualquiera.

La desgracia puede ser inequívoca señal del amor de Dios, de su tierna solicitud bondadosa. Cuando una oveja se descarría, el pastor la llama con silbidos, con palabras amorosas. Si ella persiste en hacerse la sorda a sus llamamientos, el pastor lanza a su mastín para que la persiga, y a fuerza de ladridos y mordiscos la hace volver al rebaño. ¿No desempeña el sufrimiento un papel muy parecido en nuestra vida?

II
EL SUFRIMIENTO DE LOS INOCENTES

Problema harto más difícil es el sufrimiento de los inocentes. ¿Por qué sufren los buenos, los justos, los piadosos, los inocentes?

En muchos casos hemos de contestar: no lo sabemos. Tan sólo lo sabe Dios. Es secreto del Señor. También la Virgen Madre preguntó a Jesús, cuando lo encontró en el templo, después de haberlo perdido en Jerusalén: "*¿Hijo, por qué te has portado así con nosotros?*" (Lucas 2,48). No alcanzó a comprenderlo. Tampoco los apóstoles conocían los planes y las intenciones del Señor, y por eso dijeron en cierta ocasión: "No entendemos lo que quiere decirnos" (Juan 26,18).

Tampoco nosotros comprendemos muchas veces qué es lo que Dios busca con nuestros sufrimientos. En esos trances digamos por lo menos lo que solemos decimos a veces: ¡Sabe Dios para qué servirá esto!

Sí; porque realmente puede servir para muchas cosas el sufrimiento inmerecido.

En primer lugar, puede incitar a trabajar más y hacer grandes progresos. Cuando entra un pequeño guijarro en una concha marina, durante años atormenta, excita y punza al pobre animal, y éste, en medio de dolores continuos, se defiende fabricado la perla preciosa que lo envuelve.

Guijarro es también en nuestra vida el sufrimiento; es un llamamiento de Dios para que nos esforcemos; para que envolvamos el guijarro del dolor en esa perla preciosa de la conformidad con la voluntad divina.

Es natural que nos cueste aceptar el sufrimiento; creemos que es siempre malo y amargo, cuando en realidad puede ser —en el orden mate-

rial o espiritual—, un acicate que nos empuje a esforzarnos con generosidad, a progresar y a ejercitar al máximo nuestras capacidades.

Primeramente en el orden material, porque la mayor parte de los inventos, de los progresos técnicos, se deben al esfuerzo que hace el hombre por aligerar las cargas y poner remedio a los males.

También en el orden espiritual, porque una forma de reaccionar contra la humillación, contra la opresión injusta, puede ejercitar y poner de manifiesto nuestra virtud.

Ya los antiguos griegos sabían algo de esto, y lo expresaron con la leyenda de Hércules y de Juno. Siendo todavía Hércules guerrero sobre la tierra, tuvo que sufrir lo indecible a causa de la envidia y de las intrigas de la diosa Juno; siempre que podía le molestaba. Cuando ya más tarde Hércules fue admitido como héroe en el Olimpo entre los inmortales, saludó con una reverencia, antes que a los demás dioses, a la diosa Juno. Todo el Olimpo se quedó atónito, y la misma diosa más todavía.

—¿Cómo es posible —preguntaron los dioses— que saludes de esta manera precisamente a tu peor enemiga?

—Lo hago —contestó Hércules— porque sus intrigas me espolearon y me obligaron a realizar grandes hazañas; a ella le debo el haber llegado hasta aquí.

SAN PABLO lo afirma con más claridad: “La tribulación ejercita la paciencia; la paciencia pone a prueba nuestra fe, y la prueba produce la esperanza, esperanza que no se verá burlada” (Romanos 5,3-4).

El sufrimiento también sirve para poner a prueba a nuestra fe.

La Sagrada Escritura alude con frecuencia a la prueba a la que son sometidos el oro y la plata. Así como los hombres examinan el valor de estos metales en el ardor del fuego, Dios examina también en el crisol del sufrimiento el valor de los justos (Job 23,10; Proverbios 17; Sabiduría 3,6). Jesucristo expuso el mismo pensamiento en la parábola de la vid, que si bien ya rinde y produce fruto, es podada por el viñador para que dé más fruto todavía (Juan 15,2).

El sufrimiento puede ser por tanto una prueba.

Una joven de dieciocho años se cayó patinando, y se rompió una costilla. Aparentemente no parecía algo grave. Sin embargo, transcurrieron varias semanas y aquella fractura no llevaba camino de consolidar. Pasaron meses, y la muchacha, clavada en el lecho, empezó a entristecerse y a desesperarse. Pero un día su alma se abrió a la gracia, y oró de esta forma al

Señor: “Te doy gracias, Señor mío, por haberme visitado con el dolor y no haberme tratado con suavidad. El cumplimiento de tu santísima voluntad es mi único consuelo.”

¿Sabes durante cuánto tiempo rezó de esta manera la enferma? Durante treinta y ocho años. ¡Durante treinta y ocho años clavada en el lecho del dolor! Murió, la enterraron, y hoy la veneramos bajo el nombre de Santa Lichovina. Se hizo santa a través del sufrimiento. ¡Quién sabe si hubiese llegado a tanto sin aquella enfermedad!

“Sí, sí—me objetará quizás alguno—, en las antiguas crónicas o en las leyendas de los santos leemos con frecuencia casos semejantes; se nos cuenta que algunos llevaron con paz y alegría la cruz de atroces sufrimientos. Pero ¿quién sabe si no es más que pura leyenda? Ya ha pasado tanto tiempo...”

Estos casos también se dan hoy. En los hospitales y en los hogares siguen dándose estos casos; y hay muchos más de lo que se cree.

Baste aducir un caso, el ejemplo de un personaje distinguido, que ocupó un alto cargo en Hungría. El mismo describió su caso en una revista. El título de su artículo es más que sugestivo: “El que no se curó en Lourdes”.

Víctima de una repentina y grave enfermedad, viajó a Lourdes con la esperanza de ser curado..., y no se curó. ¿Qué sintió entonces aquella alma atribulada? ¿Se quebrantó? ¿Perdió la fe? Copiaré algunas líneas del artículo.

“Un obispo de Suiza llamado Besson me exhortó a escribir estas notas, al decirme en la dedicatoria de una obra suya, entre otras cosas, lo siguiente: “Usted, señor profesor, ejerció su apostolado desde una cátedra en la Universidad, y ahora su cátedra es la cruz; prosiga ahora su apostolado imitando el ejemplo de Cristo crucificado.”

“¡La cátedra de la Cruz! Sólo se llega a ella después de muchos sufrimientos corporales y espirituales, después de injustas humillaciones. Dichoso el que lo logra, porque tiene la gloria de predicar sobre los tesoros de la Cruz.

“La pequeña molinera de Lourdes, SANTA BERNARDITA, me, enseñó *que la Cruz compensa al hombre de todo, mientras nada puede suplir a la Cruz*.

“Yo, el enfermo no curado, he vuelto a casa con fe: he vuelto enfermo y confiado, lleno de paz. Hubo muchos que se curaron durante mi es-

tancia en Lourdes. Nadie puede ya negar hoy estas curaciones sobrenaturales, pues el médico jefe de las oficinas de comprobación de Lourdes sólo pide a sus colegas, tanto si son creyentes como sino, que vayan allí y comprueben personalmente la curación."

Lourdes también hace milagros con los que no recobran su salud corporal. Estos tales pueden repetir con PASCAL: "Haz, Señor mío, que estando enfermo, te glorifique con el sufrimiento. Sin él no podré alcanzar la gloria; y Tú mismo, Señor, no has podido entrar en ella sino a través del dolor. Por las huellas de tu Pasión te conocieron tus discípulos; y Tú quieres darte a conocer también por los sufrimientos a los que te siguen con fidelidad."

Los antiguos miraban con cierto respeto y emoción el lugar en que había caído un rayo. Así tendríamos que mirar nosotros el alma que ha soportado victoriosamente alguna gran desgracia o dolor.

El sufrimiento puede también hacer madurar al alma. Sólo cuando se estruja la uva en la prensa derrama su excelente licor. También el sufrimiento —cuando el que lo padece se conforma con la voluntad de Dios— puede comunicar una delicadeza admirable al alma, y muchas veces al mismo cuerpo.

Observa, si no, la mirada de los enfermos que sufren por Dios: ¡qué paz, qué espiritualidad, qué tranquilidad irradian! Y ¡qué profunda y auténtica compasión sienten por los males de los demás! Solamente puede consolar y compadecerse de verdad del prójimo el que ha pasado por grandes sufrimientos. Solamente tienen derecho a llamarse hombres los que pasaron por la tempestad.

A través del sufrimiento Dios quiere brindarte una ocasión para aumentar tus méritos. El que sufre los contratiempos de la vida conformándose con la voluntad divina, está ofreciendo un sacrificio al Señor. El dolor causado por el sufrimiento, cuando es aceptado, es un perfumado incienso que sube hasta Dios. No digas, pues, hermano que sufres, que Dios no te quiere. ¿No vemos a cada paso, en la vida de los santos, que a los que el Señor quiso levantar a gran altura espiritual, los condujo por el camino pedregoso y espinoso del sufrimiento?

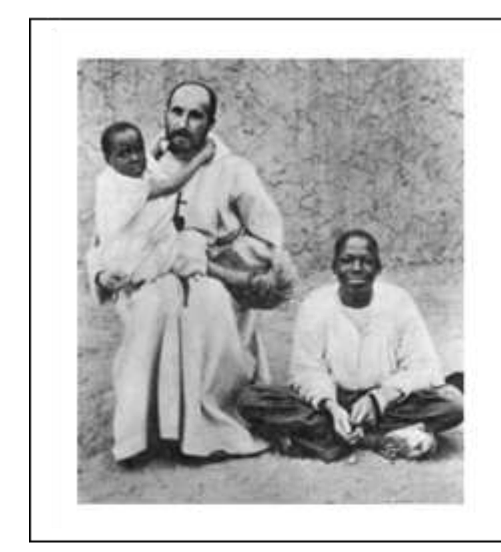
¿Qué dice el Apocalipsis de la gran multitud de bienaventurados? "Estos son los que vienen de la gran tribulación" (Apocalipsis 7,14). Realmente, a ellos les podemos aplicar las palabras del SALMISTA: "Al ir, iban llorando, esparciendo la semilla; al volver, vuelven cantando, trayendo sus gavillas." (Salmo 125,6). Si, serán consolados, porque hubo un

tiempo en que sufrieron. Recibirán el galardón porque se mostraron fieles. Vencieron porque lucharon.

El sufrimiento es también fuente de gracia. Esto sólo se puede entender en el Cristianismo, porque hay que tomar como punto de partida la cima del Calvario, en que está enhiesta la Cruz del más insigne de los que han sufrido.

Muchas gracias extraordinarias, muchos progresos en la vida sobrenatural, provienen por la vía del sufrimiento.

El que sufra no significa que Dios esté enojado conmigo. Hubo un tiempo en que así lo creyeron los hombres. Y los hay todavía que así lo creen. "¡Dios me ha desamparado!...", suelen exclamar abatidos. Si sufro mucho, ¿no he de deducir necesariamente que me encuentre lejos de Dios? Puede ser lo contrario. En la cima del Calvario está la Cruz de Cristo irradiando el sufrimiento que nos salva. Cuando más sufro estoy más cerca de la Cruz de Cristo, y más puedo beneficiarme de ello.



Estos son los que vienen de la gran tribulación

El grado más heroico del sufrimiento es el que se soporta por amor a los demás. Ejemplo perenne en este punto es Nuestro Señor Jesucristo, que sufrió únicamente por los demás, por nuestra salvación. Y sufrió sobreabundantemente, mucho más de lo debido. Esta sobreabundancia constituye el "tesoro de la Iglesia". Este tesoro aumenta continuamente por los méritos de los santos y de todos los inocentes que sufren, y a base de estos tesoros nos concede la Iglesia sus indulgencias.

Nosotros mismos podemos ofrecer nuestros sufrimientos por diferentes motivos y hacer con esta intención una hermosa obra de misericordia. Es conmovedor oír que un enfermo grave ofrece sus dolores por la conversión de un pecador, por el éxito de las misiones, por la juventud... Personas

así son los que siguen el consejo de SAN PABLO: “Sobrellevaos las cargas unos a otros, y así cumpliréis la ley de Cristo.” (Gálatas 6, 2).

De ahí nace la alegría que experimentan las personas que sufren ofreciendo su sufrimiento por los demás. ¡Qué fuerza irradia de estas almas! En la vigilia de Pentecostés del año 1913 murió en Viterbo una monja cisterciense: María Bernarda Frey. A su entierro asistieron cincuenta mil personas. ¿Cincuenta mil hombres en las exequias de una monja desconocida? Sí, porque la monja vivió cincuenta y dos años enferma, y enferma de gravedad, clavada en una cama... ¡Y qué enfermedad! Su cabeza estaba continuamente vendada, y la venda fija a la pared y al techo de la habitación con gruesas correas. Da escalofríos pensar en aquella postura. ¡La sufrió cincuenta y dos años! Quizá algunos digan: ¡Eso ya pasa de exageración! ¿Qué pudo intentar Dios con semejante martirio?

¿Sabes qué es lo que Dios pretendía?

La santa religiosa fue visitada por innumerables personas. Hasta su lecho llegaban constantemente hombres tristes y atribulados, los cuales al ver el rostro siempre sereno, amable y tranquilo de aquella enferma, cobraban ánimo y recuperaban la paz en el alma.

Y si a pesar de todos los esfuerzos posibles, si después de haber visto todas las explicaciones, el misterio sigue envolviendo el problema del dolor, ¿qué hemos de hacer?

“Si alguno quiere venir en pos de Mí, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga.” (San Mateo 16,24) Sí, ésta es la explicación. El que quiera ser discípulo de Cristo ha de tener impresa en su frente la señal de Jesucristo: la Cruz. ¡Qué fácil es rezar un día y otro día: *Hágase tu voluntad*! Pero ¡cuán difícil es aceptar esta voluntad cuando se manifiesta realmente en forma de cruz!

¿Sabes quién es que acaba desesperado, quebrantado y sin comprender nada, al encontrarse con el sufrimiento? El que pretende darle una solución prescindiendo de Dios.

Los antiguos griegos y romanos habían llegado a un grado muy alto de cultura; su espíritu a través del arte se levantaba a las regiones más altas de la hermosura; pero nada sabían de cómo dar solución al problema del sufrimiento. Y, sin embargo, también el griego y el romano sufrían y se afligían.

Poco tiempo antes de Jesucristo, fue esculpido el célebre grupo de Laocoonte. Contemplándolo nos damos cuenta de lo difícil —casi imposi-

ble— que es resolver el problema del dolor sin el Cristianismo. Laocoonte, sacerdote griego, y sus dos hijos estaban ofreciendo un sacrificio a los dioses paganos cuando repentinamente dos serpientes gigantes se abalanzaron contra ellos y se enroscaron en sus cuerpos. ¡Con qué esfuerzo sobrehumano, con qué tensa musculatura, con qué dolor espantoso procuran librarse del abrazo fatal...! Pero en vano. Su mirada se dirige hacia las alturas, hacia los dioses..., pero en vano; ninguno acude en su auxilio. Han de perecer en su impotencia.

Contra la mordedura de la serpiente del dolor no hay otro remedio que Jesucristo. Aquel Cristo hacia el cual nunca levanta en vano su mirada el hombre atribulado; aquel Cristo que se presenta a los que sufren y les dice: “Venid a Mí todos los que andáis cansados y agobiados, que Yo os aliviaré” (Mateo 11, 28). “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Juan 14,6).

Cristo es el Camino, también en el sufrimiento porque Él nos precedió llevando la cruz a cuestas.

Cristo es la Verdad, también en el sufrimiento, porque Él nos enseñó la verdad confortadora, según la cual, a trueque de los breves sufrimientos de esta vida terrenal podemos lograr la felicidad de la vida eterna.

Cristo es la Vida, también en el sufrimiento, porque venció al supremo dolor: la muerte.

CAPÍTULO XXII

¡SÍ, PADRE MÍO!

El día 10 de mayo de 1794 ejecutaron a la hermana de Luis XVI, la princesa Elisabeth, a la edad de treinta años, después de haber sufrido largo tiempo en la cárcel. Su rezo diario mientras estaba prisionera era: "No sé, Dios mío, lo que me sucederá hoy. Mas sé que no puede sucederme sino lo que Tú sabes y tienes decidido desde toda la eternidad, y esto me basta. Adoro tus designios inescrutables, y me someto a ellos con toda el alma. Quiero todo cuanto Tú quieres, acepto todo de tus manos; todo lo sacrifico por Ti, y, hago este sacrificio en comunión con mi Señor y Redentor, Jesucristo. En su nombre y por sus méritos infinitos Te suplico, Dios mío, que me des paciencia en mi sufrimiento y la conformidad completa para todo cuanto has decidido sobre mí."

¡Qué sublime oración elevó a Dios desde una celda sucia y húmeda! Por esto es fácil comprender su fuerza sobrehumana; en la guillotina le precedieron treinta y dos sentenciados, y ella los consoló a todos. Treinta y dos cabezas rodaron por el suelo, antes de subir ella las gradas del cadalso.

I
¿POR QUÉ HEMOS DE DECIR "SÍ"?

Una frase de admirable belleza que leemos en la Sagrada Escritura nos indica que siempre, en todas las circunstancias, hemos de dar nuestro "sí" a Dios. En este pasaje dice el SEÑOR: "¿Podrá acaso una doncella olvidarse de sus aderezos, la novia de su cinta? Pues mi pueblo sí que me ha olvidado por días sin término... Esto no obstante, vuélvete a Mí..., qué yo te recibiré" (Jeremías 2, 32; 3, 1).

Palabras conmovedoras. ¡Ah, si las tomásemos al pie de la letra! Si nos atreviésemos a coger a Dios por su palabra.

Los hombres se sienten muy honrados si les demostramos una confianza absoluta y si tomamos en serio cada una de sus palabras; si las tomamos como dinero contante y sonante.

¿Qué decir entonces de la palabra y de las promesas de Dios? De aquel Dios de quien está escrito: "Fiel es Dios que no permitirá que seáis

tentados por encima de vuestras fuerzas, sino que de la misma tentación os hará sacar provecho para que podáis sosteneros" (I Corintios 10,13). De aquel Dios de quien dice el SALMISTA: "La palabra de Dios es recta y su fidelidad brilla en todas sus obras" (Salmo 32,4).

¿No hemos de confiar plenamente en la palabra de Dios? ¿No debemos apoyarnos en ella? Uno de los honores más hermosos que podemos rendir a Dios es darle nuestro "sí" en todo con los ojos cerrados. Sí, Padre mío, hágase tu santa voluntad; yo no tengo más voluntad que la tuya.

¡Cuánta humildad y conformidad santa con la voluntad divina hay en el hecho de pronunciar en medio de todas las circunstancias y tribulaciones de la vida este "sí, Padre mío"!

Es lo que contestó la Virgen Santísima, al visitarla el ángel con el mensaje celestial y revelarle el altísimo misterio: "He aquí la esclava del Señor." "Sí, Padre mío, hágase según Tú quieres."

¿Quién sabe contestar con un "sí"? ¿Quién es capaz de inclinarse de modo incondicional, sin reservas, ante la voluntad de Dios? Solamente el que cree firmemente en la divina Providencia.

El que cree que no es el destino, la suerte, lo que orienta la vida humana, sino el corazón amante del Padre celestial.

Hemos de creerlo, aunque no lo veamos. Hemos de creerlo, aunque nuestra vista sea incapaz de traspasar el velo de las cosas terrenas y contemplar las sobrenaturales. Creer y seguir a Dios con adhesión incondicional durante el camino, aunque Él no nos descubra su plan del viaje, y aunque nuestros pasos tengan que bordear profundos abismos y nuestros pies tengan que pisar espinas y piedras cortantes.

El lema fundamental de la vida del mahometano creyente consiste en estas dos palabras: "Alá kerihm" (Dios es bueno).

¿No creemos lo mismo nosotros los cristianos? Lo creemos teóricamente, pero ¿lo traducimos también a nuestra vida práctica? Porque hay que decir sin tapujos que está muy lejos de Dios el que se enfrenta con los designios de la Providencia, cuando éstos no concuerdan con los propio afanes. ¡Qué doloroso contraste! Algunos rezan a diario: "Hágase tu voluntad", y toda su vida no es otra cosa que una constante rebeldía contra la voluntad divina.

Cuán neciamente obran los que en vez de decir "sí" contestan con un "no" a Dios. Muchas veces Dios les pide una nadería, y ellos no la cumplen. Dejan de cumplirla, porque no saben que cuando Él nos pide algún

pequeño sacrificio, nos brinda también la gracia para soportarlo, y la gracia es un trozo de cielo. La Virgen María y los santos pudieron escalar tan elevadas alturas en el Reino de Dios porque nunca respondieron a Dios con un “no”. Siempre que respondes con un “si” a Dios, te acercas a Él un grado más.

La cruz del sufrimiento no aplasta sino a quien grita de pura cobardía y pánico nada más que la descubre. En cambio, quien alarga su mano con valor para acogerla —esa cruz que nadie puede evitar—, quien tras la cruz considera la santa voluntad de Dios, jamás cae bajo el peso del dolor, sino que se levanta por la misma cruz. Tal es la intención de Dios al depararnos tribulaciones. Y llegamos al segundo problema.

II
¿CÓMO HEMOS DE PRONUNCIAR EL “SÍ”?

Dejemos al beneplácito de Dios el tipo de cruz que quiera cargar sobre nuestros hombros. Con toda certeza, no será mayor que la que puedan soportar nuestras fuerzas.

Érase un hombre que se quejaba continuamente a causa de sus muchos sufrimientos: “Sé muy bien —decía a Dios en sus oraciones quejumbrosas— que no hay vida sin sufrimiento; pero,
Señor, casualmente me diste a mí la cruz más pesada...”

Al poco tiempo, nuestro hombre soñó estar en una sala muy grande, en que se hallaban reunidos todos los sufrimientos del mundo, representados por sendas cruces.

—Escoge la que quieras —le dijo una voz—, y esa será la que habrás de llevar toda tu vida.

Nuestro hombre se alegró sobremanera, y se puso a escoger. Iba probando y examinando las cruces, pero no encontraba ninguna a su gusto. Probaba una y pesaba demasiado, y eso que le había parecido ligera; probaba otra y le hacía daño en los hombros...; todas las cruces, cuál más, cuál menos, tenían sus inconvenientes. Iba probando, probando..., hasta que, al fin, encontró una. Era una cruz relativamente pequeña, ni demasiado pesada, ni muy incómoda para sus hombros.

—Esta me vendrá bien; me quedaré con ésta —dijo.

Con alegría cogió la Cruz, la examinó más de cerca... era la misma cruz que Dios le había destinado y de la cual se había quejado tantas veces.

Dejemos en manos de Dios, confiemos a su santísima voluntad la suerte que hayamos de correr. El hombre nunca podrá saber qué es lo que más le conviene. Siempre le parece que las cosas estarían mejor de otro modo. Si parece cumplirse su voluntad, nunca sabe con certeza si redundará o no en beneficio suyo, y si, al fin, será o no de su agrado.

Hay una hermosa leyenda respecto de un cristiano que fue hecho prisionero por los turcos. Durante muchos años estuvo atado con una cadena a una columna, en una mazmorra, en que no penetraba ni un rayo de sol. Después de su muerte encontraron en la columna una imagen de Cristo crucificado, gravada por el prisionero durante todos esos largos años; debajo se leían estas palabras: "He hallado el Paraíso." Allí, en la soledad de la inhumana cárcel, en medio de una noche espantosa, el prisionero había encontrado a Cristo, y con Cristo el Paraíso.

¿Podemos desear algo mejor que poder decir después de una vida, quizá dolorosa, quizá llena de tribulaciones, pero fiel a la voluntad de Dios: "He hallado el Paraíso"?

Es justa la brillante frase de LEÓN BLOY: "Pasa la hora del sufrimiento, mas queda para siempre el hecho de haber sufrido."

En un epitafio de las catacumbas del siglo II se lee: "Aquí descansa Ágape, nuestra hija, porque así lo quiso Cristo."

GIDA HODOSSY escribió: "En este mundo terrible, Tú eres nuestra fortaleza. De Ti esperamos aliento. Junto a Ti nos refugiamos cuando el pecado nos abrasa; en Ti nos apoyamos cuando es pesada la carga de la vida. Tú alivias nuestro sufrimiento, y en la hora postrera Tú nos das consuelo. Suba de nuestros labios el himno: Alabado sea para siempre Nuestro Señor Jesucristo."

¿Quién de nosotros puede afirmar que ya vivía hace cien años? ¡Y nos atrevemos a dar consejo a Dios, que existe desde la eternidad y existirá siempre! ¿Quién puede decir lo que va a traerle el día de mañana? ¿Y queremos indicar nosotros a Dios, al Dios omnisciente, lo que ha de hacer y cuándo lo ha de hacer? No pretendamos dar sabios consejos al mismo Dios.

Se le preguntó a un individuó cómo era posible que a pesar de tantos males como había sufrido en la vida, conservase inalterable su buen humor. Él contestó:

—Todas las mañanas, antes de emprender mi trabajo miro tres cosas. En primer lugar miro el cielo, y pienso que mi principal negocio y el fin

último de mi vida están allá arriba. Después miro la tierra, y pienso cuán poca necesitaré para cubrir mi cuerpo. Por fin dirijo una mirada en derredor mío, y contemplo la gran multitud de los que lo pasan peor que yo. De esta manera hallo consuelo para todos mis males y sufrimientos, y vivo en paz con el mundo, con los hombres y con Dios.

Pero no basta con pensar en estos principios. Hemos de ponerlos en práctica. Intentemos durante un día decir en todas las circunstancias: ¡Sí, Padre mío!,.

Por la mañana. Todavía tengo sueño. Pero me llaman el trabajo y el deber; he de levantarme. ¡Sí, Padre mío!

El deber es arduo. ¡Me gusta tan poco! Pero estoy obligado a trabajar. Por tanto: ¡Sí, Padre mío!

Tengo que tratar con un individuo al que no puedo ver. Me resulta terriblemente antipático. Pero es mi prójimo; los dos tenemos un mismo Padre celestial. He de vencer mi antipatía. ¡Sí, Padre mío!

Me acometen grandes tentaciones. Compañeros frívolos en la oficina, conversaciones livianas, una revista ilustrada muy indecente, una película inmoral... ¡cuidado con mi alma, soy hijo de Dios! ¡Sí, padre mío!

Acaso me sobrevenga una desgracia, una enfermedad, alguna pérdida, humillación, alguna intriga contra mí... También en estos trances hay que decir con espíritu amoroso y humilde: ¡Sí, Padre mío!

Rezaré con las palabras de JEREMÍAS: "Tú habitas entre nosotros, oh Señor, y nosotros llevamos tu nombre; no nos abandones" (Jeremías 14, 9). Rezaré con las palabras del SALMISTA: "Aunque camine por sombras de muerte, no temeré ningún desastre, porque Tú estás conmigo" (Salmo 22,4).

También a mí dirige el SEÑOR estas palabras: "Yo, tu Señor, te he llamado en justicia, te he tomado de la mano y te he preservado" (Isaías 42,6).

Yo diré lo que JESUCRISTO dijo de su Padre: "No me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que es de su agrado" (Juan 8, 29).

Llegamos al final de este capítulo. ¿Cuál será el postrer pensamiento que en él brinde a mis lectores? Únicamente recomendarles que de ahora en adelante se esfuercen por decir frecuentemente, en medio de las obligaciones, tribulaciones y renuncias de la vida, alegres y decididos: ¡Si, Padre mío! Aquí está mi mano, condúceme. Cualquier cosa que me exija el día de hoy, cualquier cosa que me traiga el día de mañana, cualquier tribula-

ción, desgracia o sufrimiento que me reserve el porvenir, ya digo de antemano a todo: ¡Sí, Padre mío! Firmo en blanco. Tú escribirás después mi destino, porque confío más en Ti que en mí.

Sé que de todos los puntos de la tierra se puede llegar a Ti, porque a Ti conducen todos los caminos. Pero a mí sólo me has señalado uno —el más adecuado para mí—; por este camino quiero andar, por este camino quiero llegar a la vida eterna.

Nosotros no nos rebelamos contra Dios, no repetimos con los ángeles malos: "Non serviam" (Jeremías 2,20). Sino que decimos: "Padre nuestro qué estás en los cielos." Nosotros reconocemos con humildad tu patria potestad, y con filial prontitud decimos: "Hágase tu voluntad; así en la tierra como en el cielo." Hágase tu voluntad, y no la nuestra.

Tu voluntad, que en un momento llamó a la existencia a este inmenso universo.

Tu voluntad, que desde entonces está vigente como una ley eterna, y mantiene al mundo.

Tu voluntad, que es principio y fin de todo lo creado.

Tu voluntad, que cuida solícita de los pajarillos, y que tiene contado los cabellos de nuestra cabeza.

Tu voluntad santísima, que nos envió para nuestra salvación eterna al Redentor, Nuestro Señor Jesucristo.

Oh, Padre nuestro, cuán fuertes nos volvemos en cuanto decimos con toda el alma: "Hágase tu voluntad. Soy débil por mí mismo; nada soy, pero "todo lo puedo en Aquel que me conforta" (Filipenses 4, 13).

Tú, que lees este libro, es posible que en la vida tengas miseria y pobreza; acaso desamparo y humillación; acaso sufrimiento y enfermedad. Has de abrazarlos no con el alma rota, desesperada, abatida, sino acatando la voluntad de Dios, confortado por su gracia, con el ánimo dispuesto a la lucha, y has de decir en todos los combates de esta vida, con amor humilde y confiado: "¡Si, Padre mío! Hágase tu voluntad."

Andaré por el camino pedregoso de la vida terrena con espíritu valeroso y fuerte, confiado y lleno de esperanza; así andaré hasta oír al final de mi carrera —a manera de galardón— las palabras de JESUCRISTO: "Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo" (Mateo 25,34).

"Y sé que al envolverme la noche y al terminar mi alma frágil su misión, volveré a casa. Sé que he sido muchas veces infiel, y erré, y tropecé.

No obstante, yo no temo a mi Padre bondadoso. Soy tu hijo; Tú me has prometido dicha eterna, y sabes que he luchado en Ti y por Ti; que por Ti me he fatigado y por Ti me he esforzado. Pronto llegaré. Tú me esperas con los brazos abiertos y me estrecharás contra tu corazón. ¡Ah, qué dulce es estar en casa, libre de todas las preocupaciones terrenas! Yo inclino mi cabeza sobre tu pecho, y me siento por fin para toda la eternidad en casa..., junto a Ti.” (MATILDE KREISEL)



CAPÍTULO XXIII

TODO DESCANSA EN LAS MANOS DE DIOS

I Carta de San Pedro 5,7

Un explorador que viajaba por África es atacado por salteadores y despojado de todo. Cubierto de heridas, queda solo y abandonado en el desierto. Una desesperación profunda se va apoderando de él hasta que su mirada cae sobre un poco de musgo, que apenas se nota, oculto entre unas rocas calcinadas.

—Si Dios se preocupa de esta pequeña planta, aunque nadie la vea nunca; si la defiende del sol agostador y del frío de la noche, tampoco me abandonará a mí.

Este pensamiento le infunde confianza y le hace recobrar fuerzas... Arrastrándose se pone nuevamente en marcha, hasta que, por fin, llega a un poblado... se ha salvado.

¡Cuántas veces necesitamos también nosotros en los momentos de crisis de estos pensamientos alentadores! ¡Cuántas veces se apodera también de nosotros el sentimiento del abandono y del fracaso, cuando parece que el cielo está cerrado por completo y todo se nos asemeja a un callejón sin salida!

¡Qué aliento recibiríamos, si en estos momentos desesperados y amargos siguiésemos el consejo consolador de SAN PEDRO: *Confiadle todas vuestras preocupaciones, pues él cuida de vosotros*! (I Pedro 5,7)

Estemos convencidos de que todo descansa en las manos de Dios, en sus manos paternales.

I
TODO DESCANSA EN LA MANO DE DIOS

¿No sucede con frecuencia que al dirigir en la edad madura una mirada hacia atrás, a los acontecimientos de la juventud, a las desgracias, a las tribulaciones de que creímos ser víctimas, que llegamos a comprender en

bastantes ocasiones el fin que Dios se propuso con ello? Sin embargo, en aquellos momentos en que nos sucedió, ¡qué lejos estábamos de comprenderlo!, y hasta incluso nos indignamos.

¿Qué sería si tuviésemos una vida más larga? Siempre andamos aturdidos y con prisas, porque nuestra vida es corta. Pero Dios no tiene prisa. Nosotros nos damos prisa porque vivimos en el tiempo, pero Dios vive en la eternidad. "…un día para Dios es como mil años, y mil años es como un día" (II Pedro, 3,8). ¿Nos puede sorprender que no lleguemos a comprender los planes que El concibe con vistas a la eternidad? El fin último de sus designios siempre está más allá del tiempo y del mundo.

"El Señor, a quien ama, le castiga" (Hebreos 12,6). Nos cuesta comprenderlo. Y, sin embargo, lo comprenderá más fácilmente quien tenga noticia de los antiguos y célebres violines Amzti y del modo de fabricarlos. ¿Cuál era el secreto de estos violines, que daban un sonido tan puro y maravilloso? La madera de que estaban fabricados. El maestro que los fabricaba subía a la montaña y buscaba en ella los pinos que tanto en invierno como en verano, recibían más lluvia y más sol, aquellos que crecían en las duras pendientes del norte, donde el suelo era más ingrato. Tales pinos crecían despacio, mucho más despacio que los otros, y por eso eran de una contextura más densa y más fuerte. Bien sabía el maestro que el árbol que así crece, en medio de circunstancias desfavorables, es más resistente y de más valor, capaz de producir un sonido mucho más hermoso. Pues con las almas pasa una cosa parecida. ¿No acertamos a comprender que el Señor quiere también hacer algo maravilloso en nuestras almas, y por eso nos robustece con el fuego de la tribulación?

Aceptemos animosos las tribulaciones y digamos a Dios con entrega magnánima: "Hágase tu voluntad." Los hay que se desesperan, que se indignan, que se rebelan, y, a pesar de todo, no se libran del sufrimiento. No cabe duda que su sufrimiento resultará más amargo. Les sucede a estos lo que al enfermo a quien el médico le prescribe una píldora amarga, el cual, en vez de tragársela en un momento, empieza a removerla en la boca y a darle vueltas y a deliberar: "¿Me la trago? ¿No me la trago?..." Con lo cual sólo consigue que la medicina deposite en la boca todo su amargor.

II
CONSECUENCIAS PRÁCTICAS DE SENTIRSDE EN LAS MANOS DE DIOS

Piensan superficialmente los que a la primera desgracia se deshacen en quejas: "¿Cómo puede permitir esto Dios? Si Dios es bueno, ¿cómo puede consentir que sufra tanto?

Y, sin embargo, Dios es verdaderamente bueno. Pero no hemos de entender su bondad como la nuestra. El conocimiento que nosotros tenemos de Dios se basa en semejanzas, en analogías; siempre, por tanto, será imperfecto. Dios es bueno, mas esta bondad no significa sensiblería ni blandura azucarada.

La bondad de Dios quiso la Pasión sangrienta de su Hijo Unigénito. ¿Qué hombre es capaz de compaginar estos designios? El concepto de la bondad humana es mucho más limitado, no puede abarcar tales extremos. Sin embargo, es capaz de ello la bondad de Dios.

De ahí se sigue que por mucho que tengamos que padecer en esta vida, Dios no dejará de ser nuestro bondadoso Padre celestial.

¡Cuántas veces sucede que una desgracia o una tribulación se trasforma en fuente de enmienda, o de algún bien mayor! Al sufrirla, no lo comprendemos, no sentimos más que dolor; pero más tarde llegamos a descubrir tras ella los santos designios de Dios, Padre amantísimo.

Unos esposos fueron en trineo a visitar a un familiar que vivía en una granja lejana. Volvieron tarde, ya muy de noche. El trineo se deslizaba tranquilamente por la nieve helada..., cuando en medio de la nieve surgieron de repente dos grandes lobos hambrientos.

El esposo descargó un fuerte latigazo sobre los caballos y comenzó una carrera veloz. Como una flecha se lanzan los perros detrás del trineo. Cuando ya están a punto de alcanzar al trineo, el esposo les arroja su abrigo de pieles. Los dos lobos se lanzaron sobre la presa y se entretienen unos momentos en desgarrarla. Los caballos siguen corriendo..., a lo lejos ya se ve la casita blanca... Otra vez los lobos llegan cerca del trineo, más el trineo, por fin, puede entrar en el patio sin percance alguno.

El matrimonio, medio muerto del susto, recorre toda la casa... ¡Qué espectáculo! Todas las habitaciones se encuentran llenas de humo, la niñera a quien ellos habían confiado sus dos hijitos está en la cama, con sínto-

mas de asfixia; de su boca sale un estertor agónico; los dos niños están en trance de perecer ahogados.

—“¡Aprisa! ¡Abrir todas las ventanas!”

La chispa, que saltó de la chimenea, había pegado fuego al mobiliario, y si los padres hubiesen llegado media hora más tarde no los hubiesen encontrado con vida.

Llegaron media hora antes gracias a los lobos...

No hay quien se vea exento de tribulaciones. Tanto el bien como el mal, la alegría como la desgracia, son patrimonio común de todo el mundo y fruto de este valle de lágrimas.

De la misma manera que el globo terráqueo tiene siempre un lado vuelto hacia el sol y otro siempre en la oscuridad, y nadie hay que se pueda gloriar de que a él siempre le alumbra el sol; también nuestra vida tiene sus días de sol y sus días de sombra, y no es posible que todos gocemos siempre, ni debemos quejarnos cuando nos toca en suerte la parte de sombra. En esos momentos es cuando nos quejamos de que Dios no nos escucha; de que no le importan nuestros sufrimientos. ¡Mas cómo se va a olvidar de nosotros, cuando estamos sufriendo, nuestro Padre celestial!

Fijémonos en la “Piedad” de Miguel Ángel. En el rostro de la Madre Dolorosa, tras los negros nubarrones del sufrimiento, parece atisbarse un rayo de sol, porque se transparenta la conformidad con la voluntad divina. Encontrar el rayo de sol, aun en las profundas simas de la vida, sólo puede lograrlo quien es capaz de orar en las horas del sufrimiento con estas palabras: “Hágase tu voluntad.”

El que sabe rezar de esta manera no sentirá quebrantarse su fuerza de resistencia, ni siquiera bajo los golpes más rudos.

Esta vida terrena es como la siembra del labrador; vamos sembrando semillas que florecerán en la vida eterna. “Al marchar llorando, iban esparciendo sus semillas” (Salmo 125, 6). Recogeremos los frutos en el Reino de Dios. Entonces veremos con alegría que nuestra siembra terrena produjo sus frutos. “Mas al volver, vienen cantando, trayendo sus gavillas.”

Conformidad con la santa voluntad de Dios; ahí está el camino más seguro para progresar sobrenaturalmente. Camino en que nos esperan alegrías y tristezas, como a todo hombre nacido de mujer.

“Queridos, cuando Dios os prueba con la tribulación, no os extrañéis, como si os aconteciese algo extraordinario. Antes bien, alegraos de ser par-

tícipes de la pasión de Jesucristo, para que cuando se descubra su gloria, os gocéis también con El, llenos de júbilo” (I Pedro, 4,3).



PENSAMIENTOS

¡CUMPLE LA VOLUNTAD DE DIOS!

En cierta ocasión, estando Jesucristo hablando a una gran multitud, se presentaron la Virgen María y sus parientes y quisieron hablar con Él. Era tan grande el gentío, que no pudieron acercársele.

Alguien se lo advirtió, diciéndole que sus parientes querían verlo. Y JESUCRISTO, "dirigiéndose a sus discípulos, les dijo: éstos son mi madre y mis hermanos, cualquiera que haga la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre" (Mateo 12, 49-50).

"El mundo pasa, y pasa también con él su concupiscencia. Mas el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre" (I Carta Juan 2,17).

La santificación tiene un camino completamente seguro: conformar la propia voluntad a la del Señor..., pero en todo; en lo que hacemos y en lo que sufrimos.

Esta es la voluntad de Dios: que recibamos a Cristo en nosotros.

No repitamos lo que aconteció el día de Navidad. La Virgen Madre busca con afán un lugar donde cobijarse ella y el Niño Jesús que está para nacer; mas no hay lugar, ni siquiera un rincón. ¡Todo está lleno!

¡Todo está lleno! ¡Cómo entraría Jesucristo en nuestro corazón, cómo se alegraría si le reservásemos un rinconcito! Pero no puede venir, porque ¡todo está lleno! Está lleno de ídolos, de afán de goces, de soberbia, de inmoralidad, de inmundicia..., y no hay lugar dentro para Jesucristo. .

¡Saquemos los trastos inútiles! ¡Limpiemos lo que está sucio! Hagamos sitio para Dios, que está deseando entrar en nuestro corazón.

"No cesamos de orar por vosotros y de pedir a Dios que alcancéis pleno conocimiento de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia, a fin de que sigáis una conducta digna de Dios, agradándole en todo; produciendo frutos con toda clase de obras buenas, y adelantando en la ciencia de Dios" (Colosenses 1, 9-10).

Si Dios es bueno yo también he de serlo. Si Él es perfecto, yo también he de serlo. Si Él es santo, yo también he de ser santo.

¡Qué dichoso el hombre que en el día del juicio pueda decir: "Padre mío, siempre procure en la vida ser tu imagen; me esforcé por ser como un reflejo tuyo"!

Recordemos aquella escena en que los fariseos tendieron una trampa al Señor, proponiéndole la cuestión del tributo. JESUCRISTO pidió una moneda y les preguntó: "¿De quién es esta imagen?" (Mateo 22,20). También nos podría preguntar a nosotros: "¿De quién es imagen tu alma? ¿Es imagen de Dios? Alégrate. ¿Es de otro cualquiera?... ¿Es la imagen de la avaricia..., de la sensualidad..., del odio?..."

Cuanto más fino y limpio es el espejo, con tanta más precisión refleja el rostro que hay delante de él, y cuanto más fina y limpia es el alma humana, más hermosamente refleja el rostro del Padre celestial.

Una persona estaba veraneando en la montaña y todos los días se encontraba con una viejecita que llevaba siempre un pesado fardo, ya monte arriba, ya monte abajo. Sin embargo, el rostro de la viejecita nunca mostraba señales de desaliento; siempre estaba serena y de buen humor.

Un día nuestro veraneante ya no pudo resistir su curiosidad y preguntó a la viejecita que cómo podía conservar su calma y su paz con una vida tan difícil. La buena mujer contestó:

—Tengo una oración breve, y ésta me ayuda a soportar todos los males.

—¿Y cuál es esa oración? —preguntó el turista.

—Pienso en nuestro Señor cuando llevaba la cruz a cuestas, y digo: "Hágase Señor tu voluntad". La digo cuando estoy enferma, cuando tengo mucho trabajo, cuando hace buen tiempo o malo. Y véalo usted, señor, eso me da gran consuelo. Pruébelo usted también.

Y la viejecita, apenas terminó de hablar, prosiguió su camino, llevando su fardo a cuestas.

Un obispo austriaco fue presa de una enfermedad terrible; sus ojos se debilitaron hasta el punto de que llegó a perder por completo la vista. ¡Qué prueba! Pero leed la siguiente oración que compuso antes de perderla completamente:

"Señor mío, si quieres apagar la luz de mis ojos, déjame por lo menos la luz de mi entendimiento. Y si quieres apagar la misma luz de mi entendimiento, déjame por lo menos la luz de mi fe."

Sólo con la luz de la fe podremos soportar la noche de la desgracia.

Estoy enfermo o estoy sano, soy rico o soy pobre, nado en bienestar o me veo desamparado... ¡no importa! Sobre mí están el amor y los cuidados solícitos de mi Padre celestial. Esta la fe del cristiano en la Providencia.

